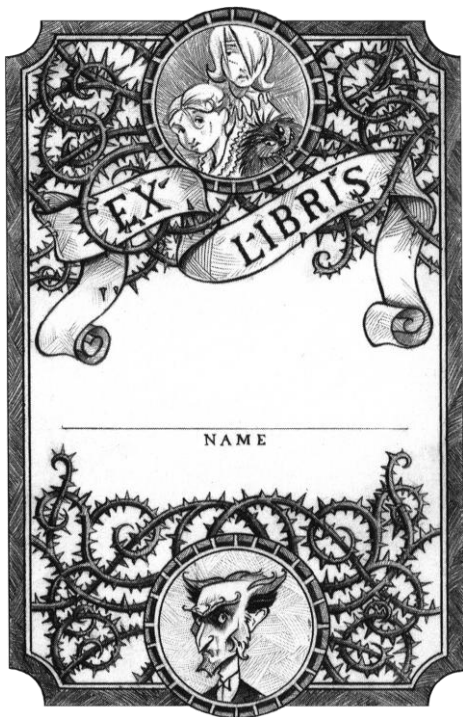


\* EL CARNAVAL CARNÍVORO \*



NAME

✧ Una Serie de Catastróficas Desdichas ✧

*Noveno Libro*



# **EL CARNAVAL CARNÍVORO**

*de* **LEMONY SNICKET**

*Ilustraciones de* **Brett Helquist**

Título Original  
**THE CARNIVOROUS CARNIVAL**  
Traducción de Marco Rossi

ISBN 00-6441-012-9

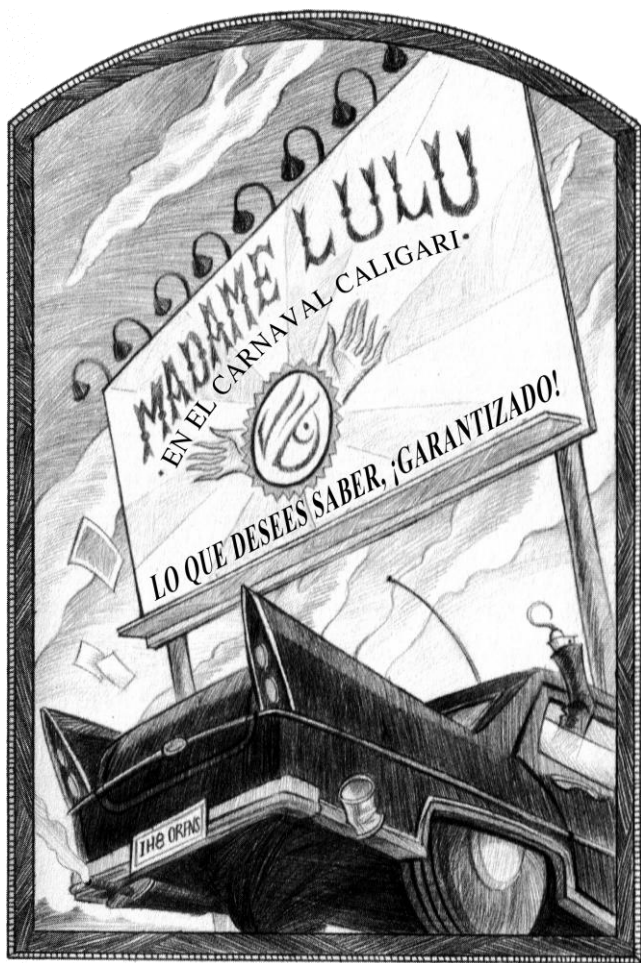
© 2001, Lemony Snicket. Publicado por acuerdo con HarperCollins  
Children's Book, una división de HarperCollins Publishers © de las  
ilustraciones: Brett Helquist

Dibujos de la cubierta: © 2001, Brett Helquist  
Diseño de la cubierta de Alison Donalty  
Cubierta: © 2001, HarperCollins Publishers Inc.

de la traducción: Marco Rossi, 2012  
<http://unaseriedecatastroficasdesdichasls.blogspot.com/>

*Para Beatrice*

*Nuestro amor rompió mi corazón,  
Y detuvo el tuyo.*



## CAPÍTULO

# Uno

*Cuando* mi día de trabajo ha terminado, y he cerrado mi cuaderno de notas, ocultado mi pluma, y he hecho algunos agujeros en mi canoa rentada para que no pueda ser encontrada, a menudo me gusta pasar la tarde conversando con algunos de mis amigos sobrevivientes. A veces hablamos de literatura. A veces hablamos de las personas que están tratando de destruirnos, y si hay alguna esperanza de escapar de ellos. Y a veces hablamos de los aterradores y molestos animales que pueden encontrarse en las cercanías, y este tema siempre conduce a muchos desacuerdos sobre qué parte de las aterradoras y molestas bestias es la más aterradora y molesta. Algunos dicen que los dientes de la bestia, porque sirven para comerse a los niños, y a menudo a sus padres, y para masticar sus huesos. Algunos dicen que

las garras de la bestia, porque son utilizadas para desgarrar y hacer trizas las cosas. Y algunos dicen que el pelo de la bestia, porque puede hacer estornudar a las personas alérgicas.

Pero yo siempre insisto en que la parte más aterradora de la bestia son sus entrañas, por la sencilla razón de que si estás viendo las entrañas de la bestia eso significa que ya has visto los dientes de la bestia y las garras de la bestia e incluso el cabello de la bestia, y ahora estás atrapado y probablemente no hay esperanza para ti. Por esta razón, la frase —en las entrañas de la bestia— se ha convertido en una expresión que significa “en el interior de un terrible lugar con pocas posibilidades de escapar con vida”, y no es una expresión que uno desee utilizar muy a menudo.

Lamento decirte que este libro utilizará la expresión “en las entrañas de la bestia” tres veces antes de que termine, sin contar todas las veces que he utilizado ya “en las entrañas de la bestia” con el fin de advertirte todas las veces que aparecerá “en las entrañas de la bestia”. Tres veces en el transcurso de esta historia, los personajes estarán dentro de algunos terribles lugares con pocas posibilidades de escapar con vida, y por esta razón te recomiendo que arrojes este



libro de inmediato para que puedas escapar con vida, porque esta lamentable historia es tan oscura y tan miserable y tan húmeda que la experiencia de leer esto te hará sentir como si estuvieras en las entrañas de la bestia, y eso no es bueno para nadie.

Los huérfanos Baudelaire se encontraban en las entrañas de la bestia... es decir, en el oscuro y estrecho maletero de un largo y oscuro coche. A menos que seas un pequeño y portátil objeto, probablemente prefieras sentarte en un asiento cuando viajes en coche, para así poder recargarte hacia atrás sobre el respaldo, mirar el paisaje por la ventana, sentirte seguro y protegido con un cinturón de seguridad abrochado que pasa por tu pecho. Sin embargo, los Baudelaire no podían recargarse hacia atrás, y sus cuerpos estaban adoloridos de estar apretándose unos contra otros durante varias horas. No había ninguna ventana por la cual mirar, sólo unos pocos agujeros de bala en el maletero, producto de algún violento encuentro que no he tenido el valor de investigar. Y se sentían de muchas maneras, menos protegidos y seguros, mientras pensaban en los otros pasajeros del coche, y trataban de imaginar a donde iban.

El conductor del automóvil era un hombre llamado Conde Olaf, una perversa persona con una ceja en lugar de dos y un desmedido y ávido deseo de conseguir dinero en lugar de respetar a los demás. Los Baudelaire habían conocido al Conde Olaf después de recibir la noticia de que sus padres habían muerto en un terrible incendio, y pronto descubrieron que él sólo estaba interesado en la enorme fortuna que su madre y su padre les habían heredado. Con incesante determinación —una frase que aquí significa “sin importar a donde fueran los tres niños”— el Conde Olaf los perseguía, utilizando viles técnicas tras otras para poner sus manos sobre la fortuna. Hasta el momento no había tenido éxito, a pesar de que había recibido mucha ayuda de su novia, Esmé Miseria —que era tan perversa como el, aunque con más estilo, una persona que estaba sentada a su lado en el asiento delantero del automóvil— y de una gran variedad de ayudantes, entre ellos un hombre calvo con una enorme nariz, dos mujeres a las que les gustaba usar polvo blanco sobre sus rostros, y un desagradable hombre con ganchos en vez de manos. Todas estas personas estaban sentadas en el asiento trasero del automóvil, donde a veces los niños podían

escucharlos hablar por encima del rugido del motor y de los ruidos de la carretera.

Uno podría pensar, con un malvado grupo de personas como compañeros de viaje, que hubiera sido mejor que los hermanos Baudelaire hubieran elegido otra manera de viajar en lugar de entrar furtivamente en el maletero, pero los tres niños habían tenido que huir de las circunstancias, aún más aterradoras y molestas que Olaf y sus ayudantes, y no tuvieron tiempo para ser exigentes. Pero a medida que su viaje avanzaba, Violet, Klaus y Sunny se preocupaban cada vez más y más por su situación. La luz que entraba a través de los agujeros de bala se desvanecía en la tarde, y la carretera debajo de ellos se tornó rugosa y accidentada, y los huérfanos Baudelaire intentaron imaginar a donde iban y que sucedería cuando llegaran allí.

Violet, quien era la mayor de los Baudelaire, se estiró para colocar su mano sobre el rígido hombro de Klaus, y abrazó a su hermana bebé, Sunny, con más fuerza, como para comunicarse con sus hermanos, sin hablar. Esmé Miseria no paraba de hablar acerca de las cosas que eran o no eran *in* —una palabra que le gustaba usar para “a la moda”— pero el los niños estaban más interesados en oír a

donde los llevaba el coche. El hinterlands era un vasto y vacío lugar muy alejado de las afueras de la ciudad, sin ni siquiera un pequeño pueblo a cientos de kilómetros. Hace mucho tiempo los padres Baudelaire habían prometido que llevarían a sus hijos algún día a ver la famosa puesta de sol del hinterlands. Klaus, quien era un lector voraz, había leído en voz alta las descripciones de las puestas de sol, lo que había hecho que toda la familia estuviera deseosa de ir, y Violet, quien tenía un verdadero talento para inventar cosas, había comenzado a construir un horno solar para que la familia pudiera disfrutar de emparedados de queso a la plancha mientras veían la luz de color azul oscuro propagarse inquietamente sobre el hinterlands, mientras que el sol descendía lentamente detrás de las Montañas Mortmain. Los tres hermanos nunca se imaginaron que visitarían el hinterlands por su cuenta, metidos en el maletero del auto de un villano.

—¿Ya llegamos? —la voz del Hombre con Ganchos en vez de Manos rompió un largo silencio.

—Te dije que no me volvieras a preguntar eso —respondió Olaf con un gruñido—. Llegaremos cuando llegemos ahí, y eso es todo.

—¿Podríamos hacer una breve parada? —le preguntó una de las mujeres empolvadas—. Vi la señal de una estación de servicio a pocos kilómetros.

—No tenemos tiempo para parar en ningún lugar —dijo bruscamente Olaf—. Si necesitas usar el baño, debiste haber ido antes de que nos fuéramos.

—Pero el hospital estaba en llamas —se quejó la mujer.

—Sí, detengámonos aquí —dijo el hombre calvo—. No hemos comido nada desde el almuerzo, y mi estómago está gruñendo.

—No podemos parar —dijo Esmé—. Aquí en el hinterlands no hay restaurantes que sean *in*.

—Jefe, ¿Está seguro de que es seguro ir por este camino? —preguntó el Hombre con Ganchos en vez de Manos—. Si la policía viene a buscarnos, no habrá lugar donde escondernos.

—Siempre podemos disfrazarnos nuevamente —dijo el hombre calvo—. Todo lo que necesitamos está en el maletero del coche.

—No tenemos que ocultarnos —respondió Olaf —, y no tenemos que disfrazarnos. Gracias a esa estúpida

reportera de *El Diario Punctilio*, todo el mundo piensa que estoy muerto, ¿recuerdas?

—Estás muerto —dijo Esmé con una desagradable risa—, y los tres mocosos Baudelaire son asesinos. No tenemos que ocultarnos... ¡Tenemos que celebrar!

—¡Aún no podemos celebrar! —dijo Olaf—. Hay dos últimas cosas que necesitamos hacer. En primer lugar, tenemos que destruir la última prueba que nos puede enviar a la cárcel.

—El expediente Snicket —dijo Esmé, y los Baudelaire se estremecieron en el maletero. Los tres niños habían encontrado una página del expediente Snicket, que ahora estaba a salvo en el bolsillo de Klaus. Era difícil saberlo a partir de una sola página, pero el expediente Snicket parecía contener información acerca de un sobreviviente de un incendio, y los Baudelaire estaban deseosos de encontrar las páginas restantes antes que Olaf.

—Sí, por supuesto —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos—. Tenemos que encontrar el expediente Snicket. Pero, ¿cuál es la segunda cosa?

—Tenemos que encontrar a los Baudelaire, idiota —gruñó Olaf—. Si no los encontramos, entonces no podremos

robar su fortuna, y todos mis planes habrán sido una pérdida de tiempo.

—Yo no creo que sus planes hayan sido una pérdida de tiempo —dijo una de las mujeres empolvadas—. Me he divertido mucho con ellos, incluso si no conseguimos la fortuna.

—¿Cree usted que esos irritantes huérfanos salieron del hospital con vida? —preguntó el hombre calvo.

—Esos niños parecen tener toda la suerte del mundo —dijo el Conde Olaf—, así que probablemente todos estén vivos y bien, pero por supuesto que las cosas serían más fáciles si uno o dos de ellos se han reducido a cenizas. Sólo necesitamos a uno de ellos con vida para conseguir la fortuna.

—Espero que sea Sunny —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos—. Fue divertido ponerla en una jaula, y me gustaría volver a hacerlo.

—Espero que sea Violet —dijo Olaf—. Ella es la más bonita.

—No me importa quién sea —dijo Esmé—. Sólo quiero saber dónde están.

—Bueno, Madame Lulu lo sabrá —dijo Olaf—. Con su bola de cristal será capaz de decirnos en donde están los huérfanos, donde se encuentra el expediente, y cualquier cosa que queramos saber.

—Nunca creí en cosas como las bolas de cristal —dijo una de las mujeres empolvadas—, pero cuando Madame Lulu comenzó decirle como encontrar a los Baudelaire cada vez que escapaban, me di cuenta de que la adivinación es real.

—Sigue conmigo —dijo Olaf—, y aprenderás muchas cosas nuevas. Oh, aquí está la salida hacia el Raro Recorrido por la Ronda (Rarely Ridden Road). Ya casi hemos llegado.

El coche giró a la izquierda, y los Baudelaire giraron con el, rodando por el lado izquierdo del maletero, junto a muchos objetos que Olaf utilizaba para ejecutar sus malvados planes. Violet intentó no toser mientras una de sus falsas barbas le hacia cosquillas en su garganta. Klaus se tapó la cara con las manos para evitar que una caja de herramientas que se deslizaba rompiera sus gafas. Y Sunny cerró su boca para evitar que una de las camisetas sucias de Olaf se enredara en sus afilados dientes. El Raro Recorrido por la Ronda era incluso más accidentado que la carretera



por la que habían estado viajando, y el coche hacía tanto ruido que los niños no pudieron escuchar más de la conversación hasta que Olaf detuvo el automóvil con un crujiente alto.

—¿Ya llegamos? —preguntó el Hombre con Ganchos en vez de Manos.

—Por supuesto que ya llegamos, imbécil —dijo Olaf—. Mira, ahí está la señal que dice Carnaval Caligari.

—¿Dónde está Madame Lulu? —preguntó el hombre calvo.

—¿Dónde crees? —preguntó Esmé, y todos se rieron. Las puertas del automóvil se abrieron con un rasposo sonido, y el coche se tambaleó mientras todos bajaban.

—¿Quiere que saqué el vino del maletero, jefe? —preguntó el hombre calvo.

Los Baudelaire se paralizaron.

—No —respondió el Conde Olaf—. Madame Lulu tendrá muchos refrigerios para nosotros.

Los tres niños se quedaron muy quietos y permanecieron en silencio mientras Olaf y su grupo caminaban alejándose del coche. Los pasos sonaban cada vez más distantes hasta que los hermanos sólo pudieron

escuchar la brisa del atardecer que silbaba a través de los agujeros de bala, y hasta que finalmente les pareció seguro, los huérfanos Baudelaire comenzaron a hablar entre ellos.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Violet, alejando la barba de ella.

—Merrill —dijo Sunny. Al igual que muchas personas de su edad, la Baudelaire más joven a veces utilizaba un lenguaje que resultaba difícil de comprender para algunas personas, pero sus hermanos comprendieron inmediatamente que quería decir algo así como “Será mejor que salgamos del maletero”.

—Tan pronto como sea posible —coincidió Klaus—. No sabemos cuanto tiempo tardaran en volver Olaf y su grupo. Violet, ¿crees que puedas inventar algo para sacarnos de aquí?

—No debería ser demasiado difícil —dijo Violet—, con todo este material en el maletero —ella movió su mano y tentó las cosas a su alrededor hasta que encontró el mecanismo que mantenía el maletero cerrado—. He estudiado este tipo de cerraduras antes —dijo—. Todo lo que necesito para abrirlo es un trozo de cuerda resistente. Tienen a su alrededor, veamos si podemos encontrar algo.

—Hay algo enredado alrededor de mi brazo izquierdo —dijo Klaus, retorciéndose—. Por la textura, podría ser parte del turbante que Olaf llevaba cuando se disfrazó como el entrenador Gengis.

—Eso es demasiado grueso —dijo Violet—. Es necesario deslizarla entre dos partes de la cerradura.

—¡Semja! —dijo Sunny.

—Esa es una agujeta de mi zapato, Sunny —dijo Klaus.

—La usaremos como último recurso —dijo Violet—. Si logramos escapar no podemos dejar que tropieces por todo el lugar. Esperen, creo que he encontrado algo bajo el neumático de repuesto.

—¿Qué es?

—No lo sé —dijo Violet—. Se siente como una cuerda muy delgada sujeta a una cosa redonda y plana en un extremo.

—Apuesto a que es un monóculo —dijo Klaus—. Ya sabes, aquella graciosa cosa que Olaf llevaba en su ojo cuando fingía ser Gunther, el subastador.

—Creo que tienes razón —dijo Violet—. Pues bien, este monóculo ayudó a Olaf con su plan, y ahora nos ayudará

con los nuestros. Sunny, trata de moverte un poco más para que pueda ver si esto funciona.

Sunny se arrastró y se apartó lo más que pudo, y Violet, pasando su brazo por encima de sus hermanos, deslizó la cuerda del monóculo de Olaf alrededor de la cerradura del maletero. Los tres niños permanecieron en silencio mientras Violet movía su invención alrededor del pestillo, y sólo unos pocos segundos después oyeron un ligero *¡click!* y el maletero se abrió balanceándose con un largo y lento *creeeak*. Mientras el aire fresco entraba a toda prisa, los Baudelaire permanecieron absolutamente inmóviles en caso de que el ruido producido por el maletero hubiera llamado la atención de Olaf, pero parecía ser que él y sus ayudantes estaban demasiado lejos como para escucharlo, porque después de unos segundos los niños no podían escuchar nada más que el canto nocturno de los grillos y un tenue ladrido de un perro.

Los Baudelaire se miraron entre sí, entrecerrando los ojos por la tenue luz, y sin otra palabra Violet y Klaus salieron del maletero y luego sacaron a su hermana a la noche. La famosa puesta de sol del hinterlands estaba a punto de finalizar, y todo lo que los niños veían estaba

bañado en un tono azulado, como si el Conde Olaf los hubiera empujado a las profundidades del océano. En un gran letrero de madera estaban escritas, con una tipografía del tipo antigua, las palabras CARNAVAL CALIGARI, junto con una descolorida pintura de un león persiguiendo un asustado niño pequeño. Detrás del letrero había una pequeña boletería, y una cabina telefónica que brillaban con la azulada luz. Detrás de estas dos había una enorme montaña rusa, una frase que aquí significa —una serie de pequeños carros en donde la gente puede sentarse e ir a toda velocidad de arriba hacia abajo por unas aterradoras y empinadas montañas de rieles, sin una entendible razón—, pero era evidente, incluso ante la tenue luz, que la montaña rusa no había sido utilizada desde hace bastante tiempo, porque las rieles y los carros estaban cubiertos de hiedra y de otras sinuosas plantas, lo que daba la impresión de que la atracción del carnaval estuvieran a punto de hundirse en la tierra. Detrás de la montaña rusa, había una fila de enormes carpas, estremeciéndose en la brisa del atardecer como medusas en el mar, y al lado de cada una de las carpas había una caravana, que es un vehículo con ruedas usado como hogar por personas que viajan con frecuencia. Todas las

caravanas y carpas tenían pintados diferentes diseños a ambos lados, pero los Baudelaire supieron inmediatamente cual era la caravana de Madame de Lulu porque estaba decorada con un enorme ojo. El ojo era idéntico al ojo tatuado en el tobillo izquierdo del Conde Olaf, el mismo que los Baudelaire habían visto tantas veces en su vida, y se estremecieron ante la idea de que no podían escapar de él incluso en el hinterlands.

—Ahora que estamos fuera del maletero —dijo Klaus—, vámonos de aquí. Olaf y su grupo podrían volver en cualquier momento.

—¿Pero a dónde vamos a ir? —preguntó Violet—. Estamos en el hinterlands. Olaf y su grupo dijeron que no hay ningún lugar donde esconderse.

—Bueno, vamos a tener que encontrar uno —dijo Klaus—. No es seguro estar en cualquier lugar en donde el Conde Olaf es bienvenido.

—¡Ojo! —dijo Sunny de acuerdo, apuntando a la caravana de Madame Lulu.

—Pero no podemos caminar por el campo otra vez —dijo Violet—. La última vez que lo hicimos terminamos incluso con problemas más graves.

—Quizás podríamos llamar a la policía desde la cabina telefónica —dijo Klaus.

—¡Dragnet! —dijo Sunny, lo que significaba algo así como “¡Pero la policía cree que somos asesinos!”.

—Supongo que podríamos intentar contactar al Sr. Poe —dijo Violet—. No respondió al telegrama que le enviamos pidiendo ayuda, pero tal vez tengamos más suerte con el teléfono.

Los tres hermanos se miraron entre sí con escepticismo. El Sr. Poe era el Vicepresidente de Asuntos de Orfandad de la Corporación Fraudusuaría, un banco de gran tamaño en la ciudad, y parte de su trabajo era supervisar los asuntos de los Baudelaire después del incendio. El Sr. Poe no era una mala persona, pero él erróneamente los había colocado bajo la tutela de tantas personas malvadas que había sido casi tan malvado como una verdadera persona malvada, y los niños no estaban particularmente deseosos de ponerse en contacto con él otra vez, incluso si era en lo único en lo que podían pensar.

—La posibilidad de que pueda ser de alguna ayuda es muy remota —admitió Violet—, pero, ¿Qué podemos perder?

—No pensemos en eso —respondió Klaus, y caminó hacia la cabina telefónica—. Tal vez el Sr. Poe por lo menos nos permita explicarle lo que paso.

—Veriz —dijo Sunny, lo que significa algo así como “Vamos a necesitar dinero para hacer una llamada telefónica”.

—No tengo nada —dijo Klaus, buscando en sus bolsillos—. ¿Tienes dinero, Violet?

Violet negó con la cabeza.

—Podemos llamar al operador y ver si hay alguna manera de que podamos realizar una llamada sin pagar por ello.

Klaus asintió y abrió la puerta de la cabina para que él y sus hermanas pudieran entrar. Violet cogió el teléfono y marcó la O de operador, mientras que Klaus levantaba a Sunny para que así, los tres hermanos, pudieran oír la conversación.

—Operador —dijo el operador.

—Buenas noches —dijo Violet—. Mis hermanos y yo quisiéramos hacer una llamada.

—Por favor introduzca la cantidad adecuada de dinero —señaló el operador.



—No tenemos la cantidad adecuada de dinero —dijo Violet—. De hecho, no tenemos nada de dinero. Pero esto es una emergencia.

Hubo un ligero y sibilante ruido en el teléfono, y los Baudelaire se dieron cuenta de que el operador suspiraba por la línea.

—¿Cuál es la naturaleza exacta de su emergencia?

Violet miró hacia abajo a sus hermanos y vio el último resplandor azulado de la puesta del sol que se reflejaba en las gafas de Klaus y en los dientes de Sunny. Mientras la oscuridad se formaba a su alrededor, la naturaleza de su emergencia parecía tan enorme que le tomaría el resto de la noche explicarle todo al operador telefónico, y la mayor de los Baudelaire trató de averiguar de que manera podría resumirla, una palabra que aquí significa “contar su historia de manera que pudiera convencer al operador de que los dejara hablar con el Sr. Poe sin pagar”.

—Bien —comenzó—, mi nombre es Violet Baudelaire, y estoy aquí con mi hermano, Klaus, y mi hermana, Sunny. Nuestros nombres pueden sonarle un poco familiares, porque *El Diario Punctilio* recientemente publicó un artículo diciendo que somos Verónica, Klyde y Susie Baudelaire, y

que somos los asesinos que mataron al Conde Omar. Pero el Conde Omar es en realidad el Conde Olaf, y él no está muerto. Se hizo pasar por muerto asesinando a otra persona que tenía el mismo mismo tatuaje que el, y nos adjudicó el asesinato. Recientemente destruyó un hospital, mientras intentaba capturarnos, pero nos las arreglamos para escondernos en el maletero de su coche mientras conducía su automóvil con sus compañeros. Ahora hemos salido del maletero, y estamos tratando de comunicarnos con el Sr. Poe ya que él puede ayudarnos a encontrar el expediente Snicket, lo que consideramos podría explicar el significado de las iniciales de V.F.D., y si uno de nuestros padres sobrevivió al incendio después de todo. Ya sé que es una historia muy complicada, y puede parecer increíble, pero estamos solos en el hinterlands y no sabemos qué hacer.

La historia era tan terrible que Violet había llorado un poco mientras la contaba, y se limpió las lágrimas de sus ojos mientras esperaba la respuesta del operador. Pero ninguna voz salió del teléfono. Los tres Baudelaire escucharon atentamente, pero todo lo que pudieron oír fue el distante y vacío sonido de una línea telefónica.

—¿Hola? —dijo Violet finalmente.

El teléfono no dijo nada.

—¿Hola? —dijo Violet nuevamente—. ¿Hola? ¿Hola?

El teléfono no contestó.

—¿*Hola*? —dijo Violet, tan fuerte como se atrevió.

—Creo que es mejor que cuelgues —dijo Klaus en voz baja.

—Pero, ¿por qué nadie responde? —exclamó Violet.

—No lo sé —dijo Klaus—, pero no creo que el operador nos ayude.

Violet colgó el teléfono y abrió la puerta de la cabina. Ahora que el sol se había puesto el aire comenzaba a enfriarse, y se estremeció con la brisa del anochecer.

—¿Quién nos ayudará? —preguntó—. ¿Quién cuidará de nosotros?

—Tendremos que cuidar de nosotros mismos —dijo Klaus.

—Ephrai —dijo Sunny, lo que significaba algo así como “Pero ahora estamos realmente en problemas”.

—Por supuesto —coincidió Violet—. Estamos en medio de la nada, sin un lugar donde escondernos, y todo el mundo piensa que somos criminales ¿Cómo es que los criminales cuidan de sí mismos en el hinterlands?

Los Baudelaire escucharon una risa, como si les hubieran respondido. La risa era muy tenue, pero en el silencio de la noche los sorprendió e hizo saltar a los niños. Sunny señaló con el dedo, y los niños pudieron ver una luz en una de las ventanas de la caravana de Madame Lulu. Varias sombras se movían detrás de la ventana, y los niños se dieron cuenta de que el Conde Olaf y su grupo se encontraban en el interior, charlando y riendo mientras los huérfanos Baudelaire temblaban afuera en la oscuridad.

—Hay que ir a ver —dijo Klaus—. Vayamos a averiguar cómo los criminales cuidan de sí mismos.

## CAPÍTULO

# Dos

*Orejear* —una palabra que aquí significa “escuchar una interesante conversación en la que no has sido invitado a participar”— es algo muy útil de hacer, y a menudo es una actividad muy entretenida de hacer, pero no es algo cortés de hacer, y al igual que la mayoría de las cosas descorteses, corres el riesgo de meterte en problemas si te atrapan haciéndolo. Los huérfanos Baudelaire, por supuesto, tenían un montón de experiencia en no ser atrapados, por lo que los tres niños sabían cómo caminar tan silenciosamente como les era



posible a través del suelo del Carnaval Caligari, y cómo agacharse tan discretamente como les era posible fuera de la ventana de la caravana de Madame Lulu. Si hubieras estado allí en aquella fantasmagórica noche azulada —y nada en mi investigación indica que hayas estado allí— no habrías escuchado ni el más mínimo ruido de los Baudelaire mientras orejeaban a sus enemigos.

El Conde Olaf y su grupo, en cambio, estaban haciendo mucho ruido.

—¡Madame Lulu! —gritó el Conde Olaf, mientras que los niños, que estaban recargados sobre la pared de la caravana, se ocultaban en las sombras—. ¡Madame Lulu, vierte un poco de vino para nosotros! ¡Provocar incendios y escapar de las autoridades siempre hace que me dé mucha sed!

—Yo prefiero un suero de mantequilla, servido en una caja de cartón —dijo Esmé—. Eso es lo *in* más nuevo en bebidas.

—Cinco copas de vino y una caja de suero de mantequilla, por favor —respondió una mujer en un acento que los niños reconocieron. No hace mucho tiempo, cuando Esmé Miseria había sido la tutora de los Baudelaire, Olaf se

había disfrazado como una persona que no hablaba bien el idioma, y, como parte de su disfraz, había hablado en un acento muy similar al que estaban escuchando en ese momento. Los Baudelaire trataron de mirar a través de la ventana y echarle un vistazo a la adivina, pero Madame Lulu había cerrado sus cortinas con mucho cuidado—. Estoy encantada, por favor, de verte, mi Olaf. Bienvenido a la caravana de mí. ¿Cómo es la vida para ti?

—Hemos estado cargados de trabajo —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos, utilizando una frase que aquí significa “perseguir a niños inocentes por bastante tiempo”—. Esos tres huérfanos son muy difíciles de capturar.

—No te preocupes de los niños, por favor —respondió Madame Lulu—. Mi bola de cristal me dice que mi Olaf prevalecerá.

—Si eso significa “asesinar a niños inocentes” —dijo una de las mujeres empolvadas—, entonces, esa es la mejor noticia que hemos escuchado en todo el día.

—“Prevalecer” significa “ganar” —dijo Olaf—, pero en mi caso equivale a matar a los Baudelaire. ¿Exactamente cuándo dice la bola de cristal que prevaleceré, Lulu?

—Muy pronto, por favor —respondió Madame Lulu—. ¿Qué regalos me has traído de tus viajes, mi Olaf?

—Bueno, vamos a ver —respondió Olaf—. Aquí hay un precioso collar de perlas que le robé a una de las enfermeras del Hospital Heimlich.

—Me prometiste que *yo* me quedaría con el —dijo Esmé—. Dale una de esas chisteras-cuervo que robaste de la Villa de la Fabulosa Desbandada.

—Te lo digo, Lulu —dijo Olaf—, tus habilidades adivinatorias son increíbles. Nunca hubiera imaginado que los Baudelaire se escondían en ese estúpido pueblo, pero tu bola de cristal lo supo de inmediato.

—La magia es magia, por favor —respondió Lulu—. ¿Más vino, mi Olaf?

—Gracias —dijo Olaf—. Ahora, Lulu, necesitamos una vez más de tus habilidades adivinatorias.

—Los mocosos Baudelaire escaparon de nosotros otra vez —dijo el hombre calvo—, y el jefe espera que seas capaz de decirnos a donde han ido.

—También —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos—, necesitamos saber dónde está el expediente Snicket.



—Y necesitamos saber si uno de los padres Baudelaire sobrevivió al incendio —dijo Esmé—. Los huérfanos parecen estar convencidos, pero tu bola de cristal nos lo puede decir con seguridad.

—Y me gustaría un poco más de vino —dijo una de las mujeres empolvadas.

—Muchas solicitudes hacer tu —dijo Madame Lulu en su extraño acento—. Madame Lulu recordar, por favor, cuando tu visitar sólo por el placer de mi compañía, mi Olaf.

—No tenemos tiempo para eso —respondió Olaf rápidamente—. ¿No puedes preguntarle a tu bola de cristal en este momento?

—Conoces las reglas de la bola de cristal, mi Olaf —respondió Lulu—. Por la noche la bola de cristal dormir debe en la carpa de adivinación, y a la salida del sol tu poder formular una pregunta.

—Entonces haré mi primera pregunta mañana por la mañana —dijo Olaf—, y nos quedaremos hasta que todas mis preguntas sean contestadas.

—Oh, mi Olaf —dijo Madame Lulu—. Por favor, los tiempos son muy difíciles para Carnaval Caligari. No fue buen negocio poner un carnaval en hinterlands, no mucha

gente venir a ver a Madame Lulu o a la bola de cristal. La caravana de regalos del Carnaval Caligari tiene pésimos suvenires. Y Madame Lulu no tener bastantes fenómenos, por favor, en la Casa de los Fenómenos. Tu visítame, mi Olaf, con tu grupo, y quédate muchos días, bebe mi vino y come todos mis refrigerios.

—El pollo asado está muy delicioso —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos.

—Madame Lulu no tener dinero, por favor —continuó Lulu—. Es duro, mi Olaf, hacer adivinaciones para ti cuando Madame Lulu es tan pobre. La caravana de mi tener goteras en techo, y Madame Lulu necesitar dinero, por favor, para hacer reparaciones.

—Ya te lo he dicho antes —dijo Olaf—, una vez que consigamos la fortuna de los Baudelaire, el carnaval tendrá un montón de dinero.

—Tu hablar acerca de la fortuna Quagmire, mi Olaf —dijo Madame Lulu—, y acerca de la fortuna Snicket. Pero Madame Lulu nunca ver un centavo. Tenemos que pensar, por favor, en algo para hacer al Carnaval Caligari más popular. Madame Lulu tenía la esperanza de que el grupo de

mi Olaf pudiera representar una gran obra como *La boda Maravillosa*. Muchas personas vendrían a verla.

—El jefe no puede subir al escenario —dijo el hombre calvo—. Elaborar planes malévolos es un trabajo de tiempo completo.

—Además —dijo Esmé—, me he retirado del mundo del espectáculo. Todo lo que quiero ahora es ser la novia del Conde Olaf.

Hubo un momento de silencio, y lo único que los Baudelaire pudieron escuchar de la caravana de Lulu fue el crujido de alguien al masticar huesos de pollo. Luego se escuchó un largo suspiro, y Lulú habló en voz baja.

—No me habías dicho, mi Olaf, que Esmé era la novia de ti. Tal vez Madame Lulu no dejar a ti y al grupo permanecer en el carnaval de mí.

—Muy bien, Lulu —dijo el Conde Olaf, y los niños temblaron mientras orejeaban. Olaf había hablado con un tono de voz que los Baudelaire habían oído muchas veces, cuando intentaba engañar a alguien haciéndose pasar por una persona amable y decente. Incluso con las cortinas cerradas, los Baudelaire sabían que le estaba dirigiendo a Madame Lulu una amplia sonrisa dentada, y que sus ojos brillaban

intensamente bajo su única ceja, como si estuviera a punto de contar un chiste—. ¿Alguna vez te he contado cómo inicié mi carrera como actor?

—Es una historia fascinante —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos.

—Ciertamente lo es —coincidió Olaf—. Dame algo más de vino y te la contaré. Ahora bien, desde que era niño siempre fui el más guapo de la escuela, y un día un joven director...

Los Baudelaire habían escuchado suficiente. Los tres niños habían pasado suficiente tiempo con el villano como para saber que una vez que comenzaba a hablar de sí mismo seguiría hablando hasta que las ranas criarán pelo, una frase que aquí significa “hasta que no hubiera más vino”, y con mucho cuidado comenzaron a caminar de puntillas, alejándose de la caravana de Madame de Lulu hacia el coche del Conde Olaf, para así poder hablar sin ser escuchados. En la oscuridad de la noche, el largo y negro automóvil parecía un enorme agujero, y los niños sentían como si estuvieran a punto de caer en él mientras trataban de decidir qué hacer.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Klaus con incertidumbre—. Definitivamente no es seguro quedarnos

aquí, pero no sé a dónde podemos ir en el hinterlands. No hay nada más que desierto a millas y millas de distancia, y podríamos morir de sed, o ser atacados por animales salvajes.

Violet miró a su alrededor rápidamente, como si algo estuviera a punto de atacarlos al instante, pero el único animal salvaje a la vista era el león pintado sobre letrero del carnaval.

—Incluso si nos topáramos con alguien en el camino —dijo—, probablemente piense que somos asesinos y llame a la policía. Además, Madame Lulu prometió que respondería todas las preguntas de Olaf mañana por la mañana.

—No crees que la bola de cristal de Madame Lulu funcione en realidad, ¿verdad? —Klaus le preguntó—. Nunca he leído nada que demuestre que la adivinación es real.

—Pero Madame Lulu le ha dicho con anterioridad al Conde Olaf en donde nos encontrábamos —señaló Violet—. Debe conseguir su información de algún lugar. Si realmente logra descubrir dónde se encuentra el expediente Snicket, o confirmar si uno de nuestros padres está vivo...

Su voz se quebró, pero no había necesidad de terminar la frase. Los tres Baudelaire sabían que valía la pena quedarse y tomar el riesgo si es que lograban averiguar si alguno había sobrevivido al incendio.

—Sandover —dijo Sunny, lo que significaba algo así como “Entonces nos quedaremos”.

—Al menos por esta noche —acordó Klaus—. Pero, ¿dónde podemos escondernos? Si no nos ocultamos es probable que alguien nos reconozca.

—¿Karneez? —preguntó Sunny.

—Las personas de esas caravanas trabajan para Madame Lulu —dijo Klaus—. ¿Cómo podríamos saber si desean ayudarnos o no?

—Tengo una idea —dijo Violet, y caminó hacia la parte trasera del automóvil del Conde Olaf. Con un *creeeak*, abrió el maletero nuevamente y se inclinó hacia adentro.

—¡Chiflada! —dijo Sunny, lo que significaba algo así como “No creo que esa sea una buena idea, Violet”.

—Sunny tiene razón —dijo Klaus—. Olaf y sus secuaces podrían volver en cualquier momento para sacar cosas del maletero. No podemos ocultarnos ahí.

—No nos ocultaremos ahí —dijo Violet—. De hecho no nos ocultaremos. Después de todo, Olaf y su grupo nunca se han ocultado, y siempre se las arreglan para no ser reconocidos. Vamos a disfrazarnos.

—¿Gabrowha? —preguntó Sunny.

—¿Por qué no debería de funcionar? —respondió Violet—. Olaf siempre utiliza disfraces y logra engañar a todos. Si logramos engañar a Madame Lulu haciéndola pensar que somos alguien más, podremos quedarnos aquí y encontrar las respuestas a nuestras preguntas.

—Parece arriesgado —dijo Klaus—, pero supongo que es tan arriesgado como tratar de escondernos en algún lugar. ¿Quién crees que deberíamos pretender ser?

—Hay que darle un vistazo a los disfraces —dijo Violet—, y ver si se nos ocurre alguna idea.

—Tendremos que sentirlos e ir a tientas —dijo Klaus—. Está demasiado oscuro como para darles un vistazo.

Los Baudelaire se pararon frente al maletero abierto y metieron sus manos para comenzar su búsqueda. Como estoy seguro que tú sabes, cada vez que examinas las pertenencias de alguien más, puedes descubrir muchas cosas interesantes acerca de esa persona de las que no eras consiente o no

estabas enterado. Podrías examinar algunas cartas que ha recibido tu hermana recientemente, por ejemplo, y enterarte de ha estado planeando escaparse con un archiduque. Podrías examinar las maletas de otro pasajero en un tren que estás tomando, y darte cuenta de que te ha estado fotografiando en secreto durante los últimos seis meses. Recientemente abrí el refrigerador de uno de mis enemigos y me di cuenta de que ella era vegetariana, o por lo menos que pretendía serlo, o que tuvo a un vegetariano visitándola en su casa por algunos días. Y los huérfanos Baudelaire examinaron algunos de los objetos en el maletero de Olaf, descubriendo y enterándose de muchas cosas desagradables. Violet encontró parte de una lámpara del latón que le recordó al tiempo en el que vivió con Tío Monty, y se dio cuenta de que Olaf se la había robado a su pobre tutor, además de asesinarlo. Klaus encontró una gran bolsa de compras de *Boutique In*, y se dio cuenta de que Esmé Miseria seguía tan obsesionada con la ropa a la moda como siempre lo había estado. Y Sunny encontró un par de medias blancas cubiertas de aserrín, y se dio cuenta de que Olaf no había lavado su disfraz de recepcionista desde que lo había utilizado por última vez. Pero la cosa más desagradable de la que los niños se dieron



cuenta mientras examinaban el maletero del coche de Olaf fue simplemente ver cuántos disfraces tenía a su disposición. Encontraron el sombrero que Olaf había utilizado para disfrazarse como capitán de barcos de vela y la hoja de afeitar que probablemente había utilizado para rasurarse la cabeza y parecer un asistente de laboratorio. Encontraron las costosas zapatillas de deporte que había usado para disfrazarse de un maestro de gimnasia, y también los zapatos de plástico que había utilizado cuando se hizo pasar por un detective. Pero los hermanos también encontraron una gran cantidad de disfraces que nunca habían visto antes, y parecía como si Olaf pudiera continuar disfrazándose eternamente, siguiendo a los Baudelaire de un lugar a otro, siempre apareciendo con una nueva identidad y nunca siendo capturado.

—Podemos disfrazarnos de casi cualquier cosa —dijo Violet—. Mira, aquí hay una peluca que me hace ver como una payasa, y aquí hay otra que me hace parecer una jueza.

—Lo se —dijo Klaus, levantando una gran caja con varias gavetas—. Esto parece ser un kit de maquillaje, con unos bigotes postizos, cejas falsas, e incluso con un par de anteojos.

—¡Twicho! —dijo Sunny, sosteniendo un largo velo blanco.

—No, gracias —dijo Violet—. Ya tuve que ponerme ese velo una vez, cuándo Olaf casi se casa conmigo. Prefiero no usarlo otra vez. Además, ¿Por qué razón estaría una novia vagando por el hinterlands?

—Mira esta larga túnica —dijo Klaus—. Se parece a algo que un rabino llevaría puesto, pero no sé si Madame Lulu vea muy convincente que un rabino la visite en medio de la noche.

—¡Ginawn! dijo Sunny, usando sus dientes para envolverse alrededor de ella un par de pantalones de chándal. La Baudelaire más joven había querido decir algo así como “Todas estas prendas son demasiado grandes para mí” y ella tenía razón.

—Es incluso más grande que el traje de raya diplomática que Esmé te compró —dijo Klaus, ayudando a su hermana a desenrollarse—. Nadie creería que un par de pantalones de chándal andan paseando por su cuenta alrededor de un carnaval.

—Todas estas prendas son demasiado grandes —dijo Violet—. Mira este abrigo beige. Si intentara disfrazarme con el, sólo me vería monstruosa.

—¡Monstruoso! —dijo Klaus—. ¡Eso es!

—¿Essoque? —Sunny preguntó.

—Madame Lulu dijo que no tenía suficientes fenómenos en la Casa de los Fenómenos. Si encontramos disfraces que nos hagan ver monstruosos, y le decimos a Lulu que estamos buscando trabajo, es posible que nos contrate como parte del carnaval.

—Pero, ¿Qué es exactamente lo que hacen los fenómenos? —preguntó Violet.

—Leí un libro una vez acerca de un hombre llamado John Merrick —dijo Klaus—. Tenía horribles defectos de nacimiento que lo hacía verse terriblemente deformado. Un carnaval lo puso en exhibición como parte de una Casa de Fenómenos, y la gente pagaba dinero para ir a su carpa y mirarlo.

—¿Por qué la gente quería mirar a alguien con defectos de nacimiento? —preguntó Violet—. Me parece cruel.

—Fue cruel —dijo Klaus—. La muchedumbre a menudo le arrojaba cosas al Sr. Merrick y lo insultaban. Me

temo que la Casa de los Fenómenos no es una forma muy agradable de entretenimiento.

—Alguien debería detener esa situación —dijo Violet—, pero también es cierto que alguien debería detener al Conde Olaf, y nadie lo ha hecho.

—Radev —dijo Sunny, mirando nerviosamente a su alrededor. Con “Radev” ella quería decir algo así como “Alguien va a detenernos a *nosotros* si no nos disfrazamos pronto”, y sus hermanos asintieron solemnemente en acuerdo.

—Aquí hay un tipo de camisa extravagante —dijo Klaus—. Esta cubierta con holanes y lazos. Y aquí hay un enorme par de pantalones con pelaje en el dobladillo.

—¿Crees que ambos quepamos a la vez? —preguntó Violet.

—¿Ambos? —dijo Klaus—. Supongo que sí, si nos quedamos con nuestra ropa puesta por debajo de la de Olaf lograríamos caber. Podríamos permanecer de pie con una pierna cada uno, y doblar la otra dentro de los pantalones. Para caminar tendremos que apoyarnos uno contra el otro y mover una pierna a la vez, pero pienso que puede funcionar.

—Y podemos hacer lo mismo con la camisa —dijo Violet—. Cada uno tendrá que pasar uno de los brazos a través de una manga y mantener el otro doblado hacia adentro.

—Pero no podemos ocultar una de nuestras cabezas —señaló Klaus—, y con dos de nuestras cabezas emergiendo del cuello de la camisa nos miraríamos como una especie de...

—...persona de dos cabezas —acabó Violet—, y una persona de dos cabezas es exactamente lo que una Casa de los Fenómenos pondría en exhibición.

—Bien pensado —dijo Klaus—. La gente no va a estar al acecho de una persona de dos cabezas. Pero necesitaremos disfrazar nuestros rostros también.

—El kit de maquillaje se hará cargo de eso —dijo Violet—. Madre me enseñó cómo dibujar falsas cicatrices en mí rostro cuando apareció en aquella obra sobre un asesino.

—Y aquí hay un bote de talco en polvo —dijo Klaus—. Podemos usarlo para blanquear nuestro cabello.

—¿No crees que el Conde Olaf se dé cuenta de que le faltan estas cosas en el maletero? —preguntó Violet.

—Lo dudo —dijo Klaus—. El maletero no está muy bien organizado, y no creo que vaya a utilizar alguno de estos disfraces durante mucho tiempo. Creo que podemos tomar lo necesario para convertirnos en una persona de dos cabezas sin que Olaf se percate de que le falta algo.

—¿Beriu? —dijo Sunny, lo que significa “¿Y yo?”.

—Estos disfraces fueron diseñados para adultos —dijo Violet—, pero estoy segura de que encontraremos algo para tí. Quizá podrías meterte dentro de uno de estos zapatos, y ser una persona con sólo una cabeza y un pie. Eso es bastante similar a un fenómeno de circo.

—Chelish —dijo Sunny, lo que significa algo así como “Estoy demasiado grande como para caber dentro de un zapato”.

—Es cierto —dijo Klaus—. Ha pasado algo de tiempo desde que tenías el mismo tamaño que un zapato —metió sus manos dentro del maletero y sacó algo pequeño y peludo como un mapache—. Pero esto podría funcionar —dijo—. Creo que esta es la barba falsa que Olaf usó cuando fingió ser Stephano. Es una barba larga, por lo que podría funcionar como un pequeño disfraz.

—Averigüémoslo —dijo Violet—, y averigüémoslo rápidamente.

Los Baudelaire lo averiguaron rápidamente. En unos minutos, los niños se dieron cuenta de lo fácil que era transformarse en personas totalmente diferentes. Violet, Klaus y Sunny tenían cierta experiencia disfrazándose, por supuesto: Klaus y Sunny habían utilizado batas de médicos en el hospital Heimlich como parte de un plan para rescatar a Violet, e incluso Sunny recordaba aquellos tiempos cuando los tres hermanos solían disfrazarse por diversión, cuando vivían en la mansión Baudelaire con sus padres. Pero en esta ocasión, los huérfanos Baudelaire se sentían más como el Conde Olaf y su grupo, trabajando silenciosa y rápidamente en la noche para borrar cualquier rastro de su verdadera identidad. Violet examinó el kit de maquillaje hasta que encontró varios lápices que se utilizan normalmente para hacer que las cejas destaquen y se vean más dramáticas, y aunque dibujar cicatrices en el rostro de Klaus era una cosa muy simple e indolora, sentía como si hubiera roto la promesa que le hizo a sus padres, hace mucho tiempo, de que ella siempre cuidaría de sus hermanos y de que se aseguraría de mantenerlos alejados del peligro. Klaus ayudó

a Sunny a envolverse en la falsa barba de Olaf, pero cuando vio los ojos y las puntas de los dientes emerger de la áspera masa de pelo, tuvo la sensación de haberle dado a algún pequeño animal famélico a su hermana como alimento. Y mientras Sunny ayudaba a sus hermanos a abotonarse la extravagante camisa y a espolvorear talco sobre sus cabezas para tornar sus cabellos grises, parecía como si se estuvieran fusionando con la ropa de Olaf. Los tres Baudelaire se miraron entre sí con sumo cuidado, pero era como si ahí no hubiera ningún Baudelaire en absoluto, sólo dos desconocidos, uno con dos cabezas y el otro con un cabeza que estaba cubierta de pelo, solos en el hinterlands.

—Creo que nos miramos totalmente irreconocibles —dijo Klaus, volviéndose con dificultad para ver cara a cara a su hermana mayor—. Tal vez sea porque me quité mis anteojos, pero en mi opinión no nos parecemos nada a nosotros mismos.

—¿Podrás ver sin tus anteojos? —preguntó Violet.

—Si, entrecerrando mis ojos —dijo Klaus, entrecerrado los ojos—. De esta manera no puedo leer, pero por lo menos no tropezaré con las cosas. Si me los dejo puestos, el Conde Olaf probablemente me reconocería.



—Entonces mejor no los uses —dijo Violet—, y yo me quitaré la cinta de mi cabello.

—También será mejor cambiar nuestras voces —dijo Klaus—. Trataré de hablar con el tono más agudo que pueda, y ¿Por qué no intentas hablar con el tono más grave que puedas, Violet?

—Buena idea —dijo Violet, hablando con el tono de voz más grave que pudo—. Y Sunny, probablemente es mejor que sólo gruñas.

—Grr —lo intentó Sunny.

—Suenas como un lobo —dijo Violet, siguiendo practicando su cambio de voz—. Digámosle a Madame Lulu que eres mitad lobo y mitad persona.

—Esa si que sería una experiencia miserable —dijo Klaus, con el tono de voz más agudo que pudo hacer—. Pero supongo que haber nacido con dos cabezas no debe ser mucho más fácil.

—Le explicaremos a Lulu que hemos tenido muchas experiencias miserables, pero que ahora tenemos la esperanza de que las cosas mejorarán trabajando en el carnaval —dijo Violet y, a continuación, suspiró—. Para eso no tendremos que fingir. Hemos *tenido* tantas experiencias

miserables, y sólo *tenemos* la esperanza de que las cosas mejoren. Somos casi tan parecidos a los fenómenos que pretendemos ser.

—No digas eso —dijo Klaus, y entonces recordó su nueva voz—. No digas eso —dijo de nuevo, con un tono mucho más agudo—. No somos unos fenómenos. Seguimos siendo los Baudelaire, incluso si llevamos puestos los disfraces de Olaf.

—Lo sé —dijo Violet, con su nueva voz—, pero es un poco confuso pretender ser una persona totalmente diferente.

—Grr —gruñó Sunny de acuerdo, y los tres niños pusieron el resto de las cosas del Conde Olaf de nuevo en el maletero, y caminaron en silencio hacia la caravana de Madame Lulu. Fue incomodo para Violet y Klaus caminar dentro del mismo par de pantalones, y Sunny debía detenerse con frecuencia para quitarse los pelos de la barba de sus ojos. Resultaba *muy* confuso pretender ser una persona totalmente diferente, sobre todo porque había pasado mucho tiempo desde que los Baudelaires eran quienes eran en realidad. Violet, Klaus y Sunny no se veían a si mismos como el tipo de niños que se esconden en el maletero de un automóvil, o de los que se disfrazan para intentar conseguir trabajo en la

Casa de los Fenómenos. Pero los hermanos apenas podían recordar cuando había sido la última vez que habían podido relajarse y hacer las cosas que más les gustaba hacer. Parecía que habían pasado siglos desde que Violet había sido capaz de sentarse y pensar en alguna invención, en lugar de construir frenéticamente algo para sacarlos de apuros. Klaus apenas podía recordar el último libro que había leído por placer, en lugar de investigar para frustrar los planes de Olaf. Y Sunny había utilizado sus dientes muchas, muchas veces para escapar de situaciones difíciles, pero ya había pasado bastante tiempo desde que no mordía algo por pura recreación. Mientras los jóvenes se acercaban a la caravana, parecía como si cada paso que daban los alejara cada vez más y más de sus vidas reales como Baudelaire, y como si los acercara cada vez más y más a sus vidas disfrazadas como fenómenos de carnaval, y en realidad eso fue algo muy confuso.

Cuando Sunny golpeó a la puerta, Madame Lulu gritó.

—¿Quién es? —y por primera vez en sus vidas, esa era una pregunta confusa.

—Somos fenómenos —respondió Violet, con su cambiada voz—. Somos tres... quiero decir, somos dos fenómenos buscando trabajo.

La puerta se abrió con un chirrido y los niños vieron a Madame Lulu por primera vez. Llevaba una larga túnica resplandeciente que parecía cambiar de color cuando se movía, y un turbante que se parecía mucho al que el Conde Olaf había utilizado en la Academia Preparatoria Prufrock. Sus ojos eran oscuros y penetrantes, sobre ellos había dos dramáticas cejas, y examinaron a los niños de arriba a abajo. Detrás de ella, sentados junto a una pequeña mesa redonda, estaban el Conde Olaf, Esmé Miseria y los secuaces de Olaf, quienes miraban fijamente y con curiosidad a los jóvenes. Y como si todos esos ojos curiosos no fueran suficientes, por último, había un ojo más mirando a los Baudelaire... un ojo de cristal, unido a un collar alrededor del cuello de Madame Lulu. El ojo era idéntico al pintado en su caravana y al tatuado en el tobillo del Conde Olaf. Era un ojo que parecía seguir a los Baudelaire a dondequiera que iban, llevándolos cada vez más y más profundo dentro del inquietante misterio de sus vidas.

—Pasen, por favor —dijo Madame Lulu en su extraño acento, y los niños disfrazados obedecieron. Tan monstruosos como pudieron, los huérfanos Baudelaire entraron, dando unos cuantos pasos más cerca de todos esos ojos abiertos y dando unos cuantos pasos más lejos de las vidas que iban dejando atrás.

## CAPÍTULO

### Tres



*Además* de cortarte con hojas papel varias veces en el mismo día o de recibir la noticia de que alguien en tu familia te ha entregado a tus enemigos, una de las experiencias más desagradables en la vida es una entrevista de trabajo. Es algo que crisper los nervios el explicarle a alguien todas las cosas que sabes hacer con la esperanza de que te paguen por hacerlas. Una vez tuve una entrevista de trabajo muy difícil en la que no sólo tuve que explicar como podía asestarle con

un arco y una flecha a una aceituna, memorizar hasta tres páginas de poesía, y determinar si había veneno mezclado con el queso fondue sin probarlo, sino que también tuve que demostrar que podía hacer todas esas cosas poniéndolas en práctica. En la mayoría de los casos, la mejor estrategia para una entrevista de trabajo es ser bastante honesto, porque lo peor que puede pasar es que no consigas el trabajo y pases el resto de tu vida en busca de alimento en el desierto y en busca de refugio bajo un árbol o una marquesina de una bolera que ha quebrado, pero en el caso de la entrevista de trabajo de los huérfanos Baudelaire con Madame Lulu, la situación era mucho más desesperada. No podían ser honestos del todo, porque estaban disfrazados de personas totalmente diferentes, y lo peor que podía pasar era ser descubiertos por el Conde Olaf y su grupo y pasar el resto de sus vidas en circunstancias tan terribles que los niños no podían soportar pensar en ellas.

—Siéntense, por favor, y Lulú los entrevistará para trabajo en carnaval —dijo Madame Lulu, señalando hacia la mesa redonda donde Olaf y su grupo estaban sentados. Violet y Klaus se sentaron en una silla con dificultad, y Sunny gateó hasta otra mientras todos miraban en silencio.

El grupo, con los codos sobre la mesa, comía los refrigerios que Lulu les había proporcionado, mientras que Esmé Miseria bebía su suero de mantequilla, y el Conde Olaf se reclinaba en su silla y observaba a los Baudelaire muy, muy cuidadosamente.

—Ustedes me son muy familiares —dijo.

—Tal vez hayas visto antes a los fenómenos, mi Olaf —dijo Lulu—. ¿Cuáles ser los nombres de los fenómenos?

—Mi nombre es Beverly —dijo Violet, con su grave y disfrazada voz, inventando un nombre con la misma rapidez que con la que hubiera inventado un burro de planchar—. Y esta es mi otra cabeza, Elliot.

Olaf se inclinó sobre la mesa para estrecharles la mano, y Violet y Klaus se quedaron quietos por un momento para averiguar de quien era el brazo que sobresalía de la manga derecha.

—Es un placer conocerlos —dijo—. Debe ser muy difícil tener dos cabezas.

—Oh, sí —dijo Klaus, en un tono de voz tan agudo como pudo—. No puede imaginar lo problemático que resulta encontrar ropa.



—Estaba observando su camisa —dijo Esmé—. Es muy *in*.

—Sólo porque seamos fenómenos —dijo Violet—, no significa que no nos preocupemos por la moda.

—¿Cómo le hacen para comer? —dijo el Conde Olaf, con sus brillantes ojos—. ¿Tienen problemas para comer?

—Bueno, yo... quiero decir, bueno, nosotros... —dijo Klaus, pero antes de que pudiera continuar, Olaf agarró una larga mazorca de maíz de un plato sobre la mesa y se la extendió a los niños.

—Vamos a ver cuantas dificultades tienen —gruñó, mientras sus secuaces comenzaban a reírse—. Come la mazorca de maíz, fenómeno de dos cabezas.

—Sí —coincidió Madame Lulu—. Es la mejor manera de ver si tu poder trabajar en carnaval. ¡Comer maíz! ¡Comer maíz!

Violet y Klaus se miraron entre sí, entonces cada uno extendió una de sus manos para tomar el maíz de las manos de Olaf y mantenerlo con torpeza frente a sus bocas. Violet se inclinó hacia delante para tomar el primer bocado, pero el movimiento hizo resbalar el maíz de la mano de Klaus

haciendo que cayera sobre la mesa, y la habitación estalló en crueles carcajadas.

—¡Mírenlos! —una de las mujeres empolvadas se echo a reír—. ¡Ni siquiera pueden comer una mazorca de maíz! ¡Si que son unos fenómenos!

—Inténtenlo de nuevo —dijo Olaf con una repugnante sonrisa—. Levanten el maíz de la mesa, fenómenos.

Los niños recogieron el maíz y los sostuvieron frente a sus bocas una vez más. Klaus entrecerró los ojos y trató de tomar un bocado, pero cuando Violet intentó mover el maíz para ayudarlo, lo golpeó con el en la cara y todos —excepto Sunny, por supuesto— rieron una vez más.

—Ustedes ser fenómenos graciosos —dijo Madame Lulu. Ella se estaba riendo tan fuerte que tuvo que limpiarse las lágrimas de sus ojos con un pañuelo, y, cuando lo hizo, una de sus dramáticas cejas se corrió un poco, provocando una mancha y haciéndola ver como si tuviera un pequeño moretón sobre un ojo—. Intentarlo de nuevo, fenómenos Beverly y Elliot!

—Esto es lo más gracioso que he visto en mi vida —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos—. Siempre pensé que las personas con defectos de nacimiento eran

desafortunadas, pero ahora me doy cuenta de que son muy graciosos.

Violet y Klaus querían señalar que a un hombre con ganchos en vez de manos le sería, seguramente, igualmente difícil comer una mazorca de maíz, pero sabían que una entrevista de trabajo rara vez es un buen momento para debatir, por lo que los hermanos se tragaron sus palabras y comenzaron a deglutir el maíz. Después de unos mordiscos, los niños comenzaron a orientarse, una frase que aquí significa “averiguar cómo dos personas, utilizando sólo dos manos, pueden comer una mazorca de maíz al mismo tiempo”, pero aun así era una tarea bastante difícil. La mazorca de maíz estaba cubierta de mantequilla que les humedecía los labios y se escurría por su mentón. A veces la mazorca de maíz se encontraba en el ángulo perfecto para que uno de ellos pudiera morderla, pero golpeaba al otro en la cara. Y a menudo la mazorca de maíz simplemente se les caía de las manos, y todos se reían de nuevo.

—¡Esto es más divertido que el secuestro! —dijo el asociado calvo de Olaf, quien se sacudía de la risa—. ¡Lulu, este fenómeno atraerá a muchas personas a millas a la redonda, y lo único que necesitas es una mazorca de maíz!

—Cierto, por favor —coincidió Madame Lulu, mirando a Violet y Klaus—. Multitudes aman ver comer torpemente a los demás —dijo ella—. Están contratados para el show de la Casa de los Fenómenos.

—¿Y ese otro? —preguntó Esmé, riendo y limpiándose restos del suero de mantequilla de su labio superior—. ¿Qué es ese fenómeno? ¿Alguna especie de bufanda viviente?

—¡Chabo! —dijo Sunny a sus hermanos. Ella quería decir algo así como “¡Yo sé que esto es humillante, pero por lo menos nuestros disfraces están funcionando!”, pero Violet se apresuró a disfrazar su traducción.

—Ésta es Chabo la Bebé Lobo —dijo ella, con su voz grave—. Su madre era una cazadora que se enamoró de un atractivo lobo, y ésta es su pobre hija.

—Yo ni siquiera sabía que eso fuera posible —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos.

—Grr —gruñó Sunny.

—Podría ser gracioso verla comer maíz también —dijo el hombre calvo, y tomó otra mazorca de maíz y se la extendió a la Baudelaire más joven—. ¡Aquí Chabo! ¡Toma una mazorca de maíz!

Sunny abrió su boca, pero cuando el hombre calvo vio las puntas de sus dientes asomándose a través de la barba retiró su mano asustado.

—¡Caray! —dijo—. ¡Ese fenómeno es feroz!

—Aún es un poco salvaje —dijo Klaus, en un tono de voz tan agudo como pudo—. De hecho, tenemos todas estas horribles cicatrices de burlarnos de ella.

—Grr —Sunny gruñó de nuevo, y mordió un cubierto de plata para demostrar lo salvaje que era.

—Chabo será excelente atracción de carnaval —comentó Madame Lulu—. A gente siempre gustar violencia, por favor. Estás contratada, también, Chabo.

—Sólo manténganla alejada de mí —dijo Esmé—. Una bebé lobo como esa probablemente arruinaría mi ropa.

—¡Grr! —gruñó Sunny.

—Ahora, anómalas personas —dijo Madame Lulu—. Madame Lulu les mostrará caravana, por favor, donde ustedes dormir.

—Nosotros permaneceremos aquí bebiendo más vino —dijo el Conde Olaf—. Felicitaciones por los nuevos fenómenos, Lulu. Sabía que tendrías buena suerte conmigo alrededor.

—Contigo, todos siempre la tienen —dijo Esmé, y besó a Olaf en la mejilla. Madame Lulu frunció el seño, y sacó a los niños de su caravana hacia la oscuridad de la noche.

—Seguirme, fenómenos, por favor —dijo—. Vivirán, por favor, en caravana de fenómenos. Tendrán que compartirla con otros fenómenos. Estar Hugo, Colette, y Kevin, todos fenómenos. Cada día será show de la Casa de los Fenómenos. Beverly y Elliot, ustedes comerán maíz, por favor. Chabo, tu atacarás a público gruñendo y mostrando dientes, por favor. ¿Tener alguna fenómeno pregunta?

—¿Nos pagarán? —preguntó Klaus. Pensaba que un poco de dinero podría ayudarles, ya encontradas las respuestas a sus preguntas y teniendo la oportunidad de escapar del carnaval.

—No, no, no —dijo Madame Lulu—. Madame Lulu no dará dinero a los fenómenos, por favor. Si eres fenómeno, ser afortunado de que alguien te dé trabajo. Mirar al hombre con ganchos. Él ser agradecido de hacer trabajos para el Conde Olaf, incluso aunque Olaf no le dará nada de fortuna Baudelaire.

—¿Conde Olaf? —preguntó Violet, pretendiendo que su peor enemigo era un completo desconocido—. ¿Es el caballero con una ceja?

—Ese ser Olaf —dijo Lulu—. Un hombre brillante, pero ser mejor nunca decir nada malo de él, por favor. Madame Lulu siempre decir tu siempre deber dar a la gente lo que quiere, por lo tanto siempre decir a Olaf que es un hombre brillante.

—Recordaremos eso —dijo Klaus.

—Bueno, por favor —dijo Madame Lulu—. Ahora, aquí estar caravana de fenómenos. Bienvenidos fenómenos, a su nuevo hogar.

La adivina se detuvo frente a una caravana con la palabra FENÓMENOS pintada sobre ella con grandes letras descuidadas. Las letras estaban manchadas y escurridas en varias partes, como si la pintura estuviera fresca, pero la palabra estaba tan descolorida que los Baudelaire comprendieron que había sido pintada hace muchos años. Junto a la caravana había una gastada carpa con varios agujeros en ella y un cartel que decía BIENVENIDO A LA CASA DE LOS FENÓMENOS, con un pequeño dibujo de

una niña con tres ojos. Madame Lulu pasó por el cartel y tocó la puerta de madera de la caravana.

—¡Fenómenos! —gritó Madame Lulu—. ¡Por favor, despierten, por favor! ¡Nuevos fenómenos estar aquí para que ustedes les digan hola!

—Sólo un minuto, Madame Lulu —contestó una voz detrás de la puerta.

—No sólo un minuto, por favor —dijo Madame Lulu—. ¡Ahora! ¡Yo soy la jefa del carnaval!

La puerta oscilante se abrió para revelar a un somnoliento hombre con una joroba, una palabra que aquí significa “una espalda con un bulto cerca del hombro, dándole a la persona una apariencia algo irregular”. Llevaba puesto un pijama que tenía una rasgadura a la altura del hombro para darle espacio a su joroba, y sostenía una pequeña vela para ayudarle a ver en la oscuridad.

—Sé que usted es la jefa, Madame Lulu —dijo el hombre—, pero estamos en medio de la noche. ¿No desea que sus fenómenos estén bien descansados?

—Madame Lulu particularmente no importar el sueño de fenómenos —dijo Lulu altivamente—. Por favor comunicar a nuevos fenómenos qué hacer para show de



mañana. Fenómeno con dos cabezas comerá maíz, por favor, y pequeña lobo fenómeno atacar a público mostrando dientes.

—Violencia y comer torpemente —dijo él, y suspiró—. Creo que a la multitud le gustará eso.

—Por supuesto que a multitud le gustará —dijo Lulu—, y entonces carnaval conseguirá mucho dinero.

—¿Y entonces usted tal vez nos pague? —preguntó el hombre.

—Gran oportunidad, por favor —respondió Madame Lulu—. Buenas noches, fenómenos.

—Buenas noches, Madame Lulu —contestó Violet, quien hubiera preferido ser llamada por su propio nombre, incluso si se trataba del que había inventado, en lugar de simplemente “fenómeno”, pero la adivina se alejó sin mirar atrás. Los Baudelaire permanecieron de pie frente a la puerta de la caravana por un momento, viendo a Lulu desaparecer en la oscuridad, antes de mirar al hombre y presentarse un poco más cortésmente.

—Mi nombre es Beverly —dijo Violet—. Mi segunda cabeza se llama Elliot, y esta es Chabo la Bebé Lobo.

—¡Grr! —gruñó Sunny.

—Yo soy Hugo —dijo el hombre—. Será muy agradable tener nuevos compañeros de trabajo. Entren a la caravana, les presentaré a los demás.

Aún con dificultades para caminar, Violet y Klaus siguieron a Hugo adentro, y Sunny siguió a sus hermanos, prefiriendo gatear en lugar de caminar, porque le hacía parecer más mitad lobo. La caravana era pequeña, pero a la luz de la vela de Hugo pudieron ver que estaba limpia y ordenada. En el centro había una pequeña mesa de madera, con un grupo de fichas de dominó apiladas en el centro y varias sillas alrededor. En una esquina había un perchero con ropa colgada en el, incluyendo una larga fila de abrigos idénticos, y un gran espejo donde podrías peinarte y asegurarte de que te ves presentable. Había una pequeña estufa para cocinar, con algunas ollas y sartenes apilados junto a ella, y algunas plantas en macetas alineadas en una fila junto a una ventana para poder recibir suficiente luz solar. A Violet le hubiera gustado añadirle una pequeña mesa de trabajo que ella podría utilizar mientras inventaba cosas, a Klaus le hubiera complacido ver, entrecerrando los ojos, alguna biblioteca y Sunny hubiera preferido ver una pila de zanahorias crudas u otros alimentos que son agradables de

morder, pero por lo demás la caravana parecía un lugar acogedor para vivir. La única cosa que parecía faltar era un lugar donde dormir , pero mientras Hugo se adentraba más en la habitación, los niños vieron que había tres hamacas, que son largos y anchos trozos de tela utilizados como camas, colgando de ganchos en las paredes. Una hamaca estaba vacía —los Baudelaire supusieron que esa era donde Hugo dormía— pero en otra pudieron ver a una mujer muy delgada con cabello rizado viéndolos con los ojos entrecerrado, y en la tercera estaba un hombre con un rostro muy arrugado que aún dormía.

—¡Kevin! —gritó Hugo al hombre que aún dormía—. ¡Kevin, levántate! Tenemos nuevos compañeros de trabajo, y necesito tu ayuda para colgar más hamacas.

El hombre frunció el ceño y miró hacia abajo a Hugo lanzándole una mirada sombría.

—Desearía que no me hubieras despertado —dijo Kevin—. Estaba teniendo un sueño maravilloso en el que no había nada extraño en mí, en lugar de ser un fenómeno —los Baudelaire le dieron un buen vistazo a Kevin mientras bajaba de la hamaca y no pudieron ver nada anómalo en él; por otra parte, él miraba a los Baudelaire como si hubiese

visto un fantasma—. Les doy mi palabra —dijo—, de que ustedes dos son tan anómalos como yo.

—Tratar de ser educado, Kevin —dijo Hugo—. Ellos son Beverly y Elliot, y la que está en el suelo es Chabo la Bebé Lobo.

—¿Bebé Lobo? —repitió Kevin, estrechando la mano derecha que compartían Violet y Klaus—. ¿Es peligrosa?

—No le gusta ser molestad —dijo Violet.

—A mi tampoco —dijo Kevin, y bajó la cabeza—. Pero a donde quiera que voy siempre escucho a la gente susurrando: “Ahí va Kevin, el fenómeno ambidiestro”.

—¿Ambidiestro? —preguntó Klaus—. ¿No significa que eres zurdo y diestro al mismo tiempo?

—De modo que has escuchado de mí —dijo Kevin—. ¿Esa es la razón por la que viajaron ustedes hasta el hinterlands, sólo para ver a alguien que puede escribir su nombre tanto con su mano izquierda como con la derecha?

—No —dijo Klaus—. Conozco la palabra “ambidiestro” por un libro que leí.

—Tuve la impresión de que eran inteligentes —dijo Hugo—. Después de todo, tienen dos veces más cerebro que la mayoría de las personas.

—Yo sólo tengo un cerebro —dijo Kevin tristemente—. Un cerebro, dos brazos ambidiestros y dos piernas ambidiestras. ¡Que Fenómeno!

—Es mejor que ser un jorobado —dijo Hugo—, tus manos pueden ser anómalas, pero tienes hombros absolutamente normales.

—¿De que sirve tener hombros normales —dijo Kevin—, si están conectados a unas manos que pueden usar con la misma facilidad un tenedor y un cuchillo?

—Oh, Kevin —dijo la mujer, y bajó de su hamaca para darle una palmadita en la espalda—. Sé que es deprimente ser tan anómalo, pero tratar de ver el lado positivo. Por lo menos eres mejor que yo —ella se volvió a los niños y les dio una tímida sonrisa—. Mi nombre es Colette —dijo—, y si se van a reír de mí, prefiero que lo hagan ahora y que terminen de una vez por todas.

Los Baudelaire miraron a Colette y, a continuación, entre ellos.

—¡Renuf! —dijo Sunny, lo que significa algo así como “Yo no veo nada anómalo en ti, pero incluso si lo viera no me reiría de ti porque no sería educado”.

—Apuesto a que es alguna especie de risa de lobo —dijo Colette—, pero no puedo culpar a Chabo por reírse de una contorsionista.

—¿Contorsionista? —preguntó Violet.

—Sí —Suspiró Colette—. Puedo doblar mi cuerpo en todo tipo de posiciones inusuales. Miren.

Los Baudelaire vieron como Colette suspiró una vez más e inició una rutina de contorsionista. Primero se inclinó hacia abajo hasta poner su cabeza entre sus piernas y se enroscó hasta parecer una diminuta pelota en el suelo. Lugo puso una mano contra el suelo y levantó su cuerpo entero con sólo unos cuantos dedos, trenzando sus piernas en forma de espiral. Por último, se impulsó y dio unas volteretas en el aire, balaceándose por un momento sobre su cabeza, y juntó sus brazos y piernas retorciéndolos como una masa de cordeles antes de ver a los Baudelaire con un triste ceño levantado.

—¿Lo ven? —dijo Colette—. Soy un completo fenómeno.

—¡Wow! —exclamo Sunny.

—Creo que fue increíble —dijo Violet—, y también Chabo lo cree.

—Es muy amable de tu parte decir eso —dijo Colette—, pero estoy avergonzada de ser una contorsionista.

—Pero si estás avergonzada de eso —dijo Klaus—. ¿Por qué simplemente no mueves tu cuerpo con normalidad, en lugar de hacer contorsiones?

—Porque estoy en la Casa de los Fenómenos, Elliot —dijo Colette—. Nadie me pagaría por ver mover mi cuerpo con normalidad.

—Es un dilema interesante —dijo Hugo, utilizando una palabra elegante para “problema” que los Baudelaire habían aprendido de un libro de leyes en la biblioteca de Justicia Strauss—. Nosotros tres preferiríamos ser personas normales en lugar de fenómenos, pero mañana por la mañana las personas estarán esperando en la carpa para ver a Colette contorsionar su cuerpo en las posiciones más extrañas, a Beverly y Elliot comer maíz, a Chabo gruñir y atacar a la multitud, a Kevin que escriba su nombre con ambas manos, y a mi probándome esos abrigo. Madame Lulu dice que siempre debemos darle a la gente lo que quiere, y la gente quiere ver un espectáculo de fenómenos. Ya es muy tarde. Kevin, échame una mano para colgar unas hamacas para los recién llegados, y después intentemos todos dormir un poco.

—Creo que bien podría echarle *dos* manos —dijo Kevin desanimado—. Ambas son idénticamente eficientes. Oh, como me hubiese gustado haber sido diestro o zurdo.

—Intenta animarte —dijo Colette gentilmente—. Tal vez mañana ocurra un milagro y todos obtendremos lo que más deseamos.

Nadie en la caravana dijo nada más, pero mientras Hugo y Kevin preparaban dos hamacas para los tres Baudelaire, los niños pensaban en lo que había dicho Colette. Los milagros son como las albóndigas, porque nadie puede estar exactamente de acuerdo sobre como están hechas, de dónde vienen, o con qué frecuencia deben aparecer. Algunas personas dicen que el amanecer es un milagro, porque es algo misterioso y a menudo muy hermoso, pero otras personas dicen que es simplemente un hecho de la vida, porque ocurre todos los días y muy temprano por la mañana. Algunas personas dicen que el teléfono es un milagro, porque a veces parece maravilloso poder hablar con alguien que está a miles de millas de distancia, y otras personas dicen que es simplemente un dispositivo manufacturado, hecho de piezas metálicas, circuitos electrónicos, y alambres que pueden ser cortados



muy fácilmente. Y algunas personas dicen que salir subrepticamente de un hotel es un milagro, especialmente si el vestíbulo está plagado de policías, y otras personas dicen que es simplemente un hecho de la vida, porque ocurre todos los días y muy temprano por la mañana. Por lo tanto podrías pensar que hay tantos milagros en el mundo que apenas pueden contarse, o que hay tan pocos que apenas vale la pena mencionarlos, dependiendo, claro, de si gastas tus mañanas mirando un hermoso amanecer o bajando hacia un callejón con una cuerda hecha a base de toallas.

Pero había un milagro en el que los Baudelaire estaban pensando mientras yacían en sus hamacas e intentaban dormir, y este era el tipo de milagro que parecía ser más grande que cualquier albóndiga que el mundo haya visto jamás. Las hamacas crujían en la caravana mientras Violet y Klaus intentaban ponerse cómodos en su única prenda de vestir y Sunny trataba de peinar la barba de Olaf para que no picara tanto, y los tres jóvenes pensaron en un milagro tan maravilloso y bello que hizo que sus corazones les dolieran de pensar en él. El milagro, por supuesto, era que uno de sus padres estaba vivo después de todo, que, o bien, su padre o su madre de alguna manera habían sobrevivido al incendio

que había destruido su hogar y que dio comienzo al catastrófico viaje de los niños. Que un Baudelaire más siguiera con vida era un milagro tan enorme y tan poco probable que los niños casi tenían miedo de desearlo, pero lo deseaban igualmente. Los jóvenes pensaron en lo que Colette había dicho —de que tal vez mañana ocurriría un milagro y que todos obtendrían lo que más deseaban— y esperaban a que la mañana llegara, cuando la bola de cristal de Madame Lulu por fin podría anunciarles el milagro que los Baudelaire tanto deseaban escuchar.

Por fin salió el sol, como todos los día y muy temprano por la mañana. Los tres niños habían dormido muy poco y deseado mucho, y ahora observaban como lentamente la caravana se iluminaba, y escucharon a Hugo, Colette, y Kevin bajar de sus hamacas, y se preguntaron si el Conde Olaf ya habría entrado a la carpa de la adivina, obteniendo las respuestas a sus preguntas. Y justo cuando no podían aguantar más, escucharon el sonido de unos pasos apresurados y de un fuerte golpe metálico sobre la puerta.

—¡Despierten! ¡Despierten! —dijo la voz del Hombre con Ganchos en vez de Manos, pero antes de que escriba lo que dijo debo decirles que existe una similitud más entre un

milagro y una albóndiga, y es que ambos parecen ser una cosa pero resultan ser otra. Eso me sucedió una vez en una cafetería, cuando resultó ser que había una pequeña cámara oculta en el almuerzo que recibí. Y eso es lo que les sucedió a Violet, Klaus y Sunny en ese momento, aunque tardaron bastante tiempo en darse cuenta de que lo que el Hombre con Ganchos en vez de Manos les dijo resultó ser algo totalmente diferente de lo que pensaron haberle escuchado decir fuera de la puerta de la caravana de los fenómenos.

—¡Despierten! —dijo una vez más el Hombre con Ganchos en vez de Manos, y tocó a la puerta—. ¡Despierten y dense prisa! Estoy de muy mal humor y no tengo tiempo para sus tonterías. Es un día muy atareado en el carnaval. Madame Lulu y el Conde Olaf están haciendo recados, yo estoy a cargo de la Casa de los Fenómenos, la bola de cristal reveló que uno de los padres de los malditos Baudelaire aún sigue con vida, y la caravana de regalos casi se ha quedado sin figuritas.

## CAPÍTULO

### Cuatro

—¿Qué? —preguntó Hugo, bostezando y frotándose los ojos—. ¿Qué es lo que dijo?

—Dije que la caravana de regalos casi se ha quedado sin figuritas —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos desde detrás de la puerta—. Pero eso no te concierne. Las personas ya están llegando al carnaval, por lo que ustedes fenómenos tendrán que estar listos en 15 minutos.



—¡Espere un momento, señor! —dijo Violet, recordando justo a tiempo disfrazar su voz haciéndola sonar grave, bajando junto a su hermano de su hamaca, compartiendo aún su único par de pantalones. Sunny ya estaba en el piso, demasiado sorprendida para recordar gruñir—. ¿Ha dicho que uno de los padres Baudelaire sigue con vida?

La puerta de la caravana se abrió de un golpe, y los niños pudieron ver la cara del Hombre con Ganchos en vez de Manos observándolos sospechosamente.

—¿Y a ustedes qué les importa, fenómenos? —preguntó.

—Bueno —dijo Klaus, pensando con rapidez—, hemos estado leyendo acerca de los Baudelaire en *El Diario Puntilio*. Estamos muy interesados en el caso de esos tres niños asesinos.

—Bueno —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos—, se suponía que los padres de esos niños estaban muerto, pero Madame Lulu dio un vistazo a su bola de cristal y descubrió que uno de ellos seguía con vida. Es una larga historia, pero significa que todos estaremos muy ocupados. El Conde Olaf y Madame Lulu tuvieron que irse temprano

esta mañana para hacer unos recados muy importantes, así que ahora estoy a cargo de la Casa de los Fenómenos. Eso quiere decir que seré su jefe, ¡Así que dense prisa y prepárense para el espectáculo!

—¡Grr! —gruñó Sunny.

—Chabo ya está lista —dijo Violet—, y el resto de nosotros estaremos listos muy pronto.

—Será mejor que así sea —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos, y comenzó a cerrar la puerta pero se detuvo por un momento—. Es gracioso —dijo—. Parece ser que una de tus cicatrices se nota menos.

—Eso es porque está sanando —dijo Klaus.

—Lastima —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos—. Te hace lucir menos monstruoso —cerró la puerta y los hermanos pudieron oírlo caminar alejándose de la caravana.

—Lo siento por ese hombre —dijo Colette, doblando su cuerpo mientras bajaba de su hamaca, retorciéndose en una contorsión sobre el suelo—. Cada vez que él y el Conde Olaf vienen de visita, me siento mal de sólo mirar sus ganchos.

—Él es mejor que yo —dijo Kevin, bostezando y estirando sus ambidiestros brazos—. Al menos uno de sus

ganchos es más fuerte que el otro. Mis brazos y piernas tienen exactamente la misma fuerza.

—Y los míos son muy flexibles —dijo Colette—. Bueno, será mejor hacer lo que dijo el hombre y prepararnos para el show.

—Eso es cierto —dijo Hugo, tomando un cepillo de dientes de un estante junto a su hamaca—. Madame Lulu dice que siempre debemos darle a la gente lo que quiere, y ese hombre quiere que estemos listos de inmediato.

—Ven, Chabo —dijo Violet, mirando hacia abajo a su hermana—. Te ayudaremos a afilar tus dientes.

—¡Grr! —contestó Sunny, y los dos Baudelaire mayores se inclinaron hacia abajo juntos, levantaron a Sunny y la llevaron hasta una esquina cerca del espejo donde los tres niños podrían hablar en susurros, mientras que Hugo, Colette, y Kevin se preparaban para el escenario, una frase que aquí significa “hacer lo necesario para comenzar su día como fenómenos de carnaval”.

—¿Qué piensas? —preguntó Klaus—. ¿Crees que sea realmente posible que uno de nuestros padres siga con vida?

—No lo sé —dijo Violet—. Por un lado, es difícil de creer que Madame Lulu tenga realmente una bola de cristal

mágica. Por otro lado, ella siempre le decía al Conde Olaf donde nos encontrábamos. No sé qué creer.

—Carpa —susurró Sunny.

—Creo que tienes razón, Sunny —dijo Klaus—. Si pudiésemos escabullirnos en la carpa de adivinación, quizás podríamos averiguar algo por nuestra cuenta.

—Ustedes están susurrando acerca de mi, ¿No es cierto? —dijo Kevin desde el otro extremo de la caravana—. Apuesto que están diciendo “¡Kevin si que es un fenómeno! ¡A veces se afeita con su mano izquierda, y otras veces se afeita con su mano derecha, pero no hay ninguna diferencia porque son *exactamente iguales!*”.

—No estábamos hablando acerca de ti, Kevin —dijo Violet—. Estábamos discutiendo el caso Baudelaire.

—Nunca había escuchado nada de esos Baudelaire —dijo Hugo, peinando su cabello—. ¿Te escuché decir que eran asesinos?

—Eso es lo que dicen en *El Diario Punctilio* —dijo Klaus.

—Oh, nunca leo los periódicos —dijo Kevin—, sostenerlo con mis dos manos igualmente fuertes me hace sentirme como un fenómeno.



—Eso es mejor de lo que me sucede a mí —dijo Colette—. Puedo contorsionarme en una posición con la que soy capaz de recoger un periódico con mi lengua. ¡Hablando de fenómenos!

—Es un dilema interesante —dijo Hugo, agarrando uno de los abrigos idénticos del perchero—, pero creo que todos somos igualmente fenómenos. ¡Ahora, vayamos ahí y ofrezcamos un buen show!

Los Baudelaire siguieron a sus compañeros de trabajo, saliendo de la caravana y entrando en la carpa de la Casa de los Fenómenos, en donde el Hombre con Ganchos en vez de Manos esperaba impaciente, sosteniendo algo largo y húmedo en uno de sus ganchos.

—Entren y ofrezcan un buen espectáculo —les ordenó, señalando el telón de la carpa que servía como puerta de entrada—. Madame Lulu dice que estoy autorizado a utilizar este *tagliatelle grande* si no le dan al público lo que quiere.

—¿Qué es un *tagliatelle grande*? —preguntó Colette.

—*Tagliatelle* es una especie de pasta italiana —explicó el Hombre con Ganchos en vez de Manos, desenrollando el largo y húmedo objeto—, y *grande* significa “gigantesco” en italiano. Este es un gran fideo que un trabajador del carnaval

cocinó para mí esta mañana —el camarada de Olaf restalló el gran fideo por encima de sus cabezas, y los Baudelaire y sus compañeros de trabajo escucharon un débil sonido sibilante como si se moviera lentamente a través del aire, como si una gran lombriz se estuviera arrastrando cerca—. Si no hacen lo que yo digo —continuó el Hombre con Ganchos en vez de Manos—, los golpearé con el *tagliatelle grande*, y he escuchado que es una desagradable, húmeda y pegajosa experiencia.

—No se preocupe, señor —dijo Hugo—. Somos profesionales.

—Me alegra escuchar eso —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos burlándose, y siguió a todos dentro de la Casa de los Fenómenos. Dentro, la carpa parecía aún más grande, sobre todo porque no había mucho que ver en ese gran espacio. Había un escenario de madera con algunas sillas plegables colocadas sobre el, y una pancarta colgada que decía CASA DE LOS FENÓMENOS con grandes y descuidadas letras. También había un pequeño quiosco donde una de las mujeres empolvadas estaba vendiendo bebidas frías. Y había siete u ocho personas que ya esperaban con impaciencia a que comenzara el show.

Madame Lulu había mencionado que el negocio iba mal en el Carnaval Caligari, pero aun así los hermanos habían pensado que habría más gente viendo a los fenómenos del carnaval. Cuando los niños y a sus compañeros de trabajo se acercaron al escenario, el Hombre con Ganchos en vez de Manos comenzó a hablar con el pequeño grupo de personas como si estuviera frente a una gran multitud.

—Damas y caballeros, niños y niñas, adolescentes de ambos géneros —anunció—. ¡Dense prisa y compren sus deliciosas bebidas frías, porque el show de la Casa de los Fenómenos está a punto de comenzar!

—¡Miren a todos esos fenómenos! —dijo riendo uno de los miembros del público, un hombre de mediana edad con varios enormes granos en la barbilla—. ¡Hay un hombre con ganchos en vez de manos!

—¡Yo no soy parte del show! —gruñó el Hombre con Ganchos en vez de Manos—. ¡Yo trabajo aquí en el carnaval!

—Oh, lo siento —dijo el hombre—. Pero si me permite decirlo, si comprara un par de manos realistas nadie lo confundiría.

—No es educado hablar sobre la apariencia de los demás —le reprendió el Hombre con Ganchos en vez de Manos—. ¡Ahora, señoras y señores, miren con horror a Hugo, el jorobado! ¡En lugar de una espalda normal él tiene una gran joroba que lo hace verse muy monstruoso!

—¡Es cierto! —dijo el hombre con granos, quien parecía estar dispuesto a reírse de una persona u otra—. ¡Vaya fenómeno!

El Hombre con Ganchos en vez de Manos restalló su gran fideo en el aire como un humedo y pegajoso recordatorio para los Baudelaire y sus compañeros de trabajo.

—¡Hugo! —gritó—. ¡Ponte tu abrigo!

Mientras el público reía, Hugo caminó al frente del escenario y trató de ponerse el abrigo que llevaba en la mano. Usualmente, si alguien tiene un cuerpo con una forma inusual, contrata a un sastre para adecuar su ropa a su cuerpo, para que sea confortable y atractiva, pero cuando Hugo comenzó a luchar con el abrigo fue evidente que ningún sastre había sido contratado. La joroba de Hugo arrugaba la parte de atrás del abrigo, luego lo estiró, y finalmente lo rasgó, mientras se caían los botones. Unos

momentos más tarde el abrigo no fue más que trozos de tela desgarrada. Avergonzado, Hugo se retiró hacia el fondo del escenario y se sentó en una silla plegable mientras los miembros de la pequeña audiencia bramaban de tanto reír.

—¿No les parece hilarante? —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos—. ¡Ni siquiera puede ponerse un abrigo! ¡Que persona tan monstruosa! ¡Pero esperen, señoras y señores, aún hay más! —el secuas de Olaf restalló el *tagliatelle grande* otra vez, mientras que con su otro gancho, sonriendo perversamente, sacó una mazorca de maíz y la levantó para que el público pudiera verla—. Se trata de una simple mazorca de maíz —anunció—. Es algo que cualquier persona normal puede comer. Pero aquí, en el Carnaval Caligari, no tenemos una Casa de Personas Normales. ¡Tenemos una Casa de los Fenómenos, con un flamante nuevo fenómeno que convertirá esta mazorca de maíz en un hilarante desastre!

Violet y Klaus suspiraron y caminaron hacia el centro del escenario, y no creo que tenga que seguir describiendo este lamentable espectáculo por más tiempo. Sin duda puedes adivinar que los dos mayores Baudelaire se vieron obligados a comer otra mazorca de maíz mientras que un

pequeño grupo de personas se reían de ellos, y que Colette se vio obligada a torcer su cuerpo en formas y posiciones poco comunes, y que Kevin tuvo que escribir su nombre con su mano derecha e izquierda, y que finalmente la pobre de Sunny se vio obligada a gruñirle a la audiencia, aunque ella no era una persona feroz por naturaleza y hubiera preferido saludarlos educadamente. Y puedes imaginar cómo reaccionó la multitud cada vez que el Hombre con Ganchos en vez de Manos anunciaba a cada persona y los obligaba a hacer estas cosas. Las siete u ocho personas se reían y los llamaban con crueles nombres, haciendo bromas de mal gusto, y una mujer incluso le tiró su bebida fría, con el vaso de papel y todo, a Kevin, como si alguien que era capaz de ser diestro y zurdo al mismo tiempo de alguna manera mereciera tener mojadas y pegajosas manchas en su camisa. Pero lo que quizás no puedas ser capaz de imaginar, a menos de que hayas tenido una experiencia similar, es lo humillante que fue participar en semejante espectáculo. Tal vez puedas pensar que ser humillado, al igual que montar en bicicleta o decodificar un mensaje secreto, puede ser mucho más llevadero una vez que ya has pasado por ello un par de veces, pero los Baudelaire habían sido objeto de burlas en

más de una ocasión y eso no hacía que su experiencia en la Casa de los Fenómenos fuera más llevadera en absoluto. Violet recordaba a una chica llamada Carmelita Polainas que se reía de ella y la insultaba, cuando los niños fueron estudiantes en la Academia Preparatoria Prufrock, pero aun así sus sentimientos fueron heridos cuando el Hombre con Ganchos en vez de Manos anunció que ella era algo hilarante. Klaus recordaba cuando Esmé Miseria lo había insultado en el número 667 de la Avenida Oscura, pero aun así se sintió avergonzado cuando la audiencia comenzó a señalarlo con el dedo y a reírse cada vez que la mazorca de maíz se le caía de las manos. Y Sunny recordaba todas las veces que el Conde Olaf se había reído de los tres Baudelaire y de sus desgracias, pero aun así se sentía avergonzada y algo enferma cuando las personas la llamaron “lobo fenómeno” mientras seguía a los demás intérpretes fuera de la carpa cuando terminó el show. Claro que los huérfanos Baudelaire sabían que ellos no eran en realidad una persona con dos cabezas y un bebé lobo, pero cuando se sentaron en la caravana de los fenómenos con sus compañeros de trabajo, se sintieron tan humillados que casi parecía que eran tan monstruosos como todos pensaban.

—No me gusta este lugar —dijo Violet a Kevin y a Colette, compartiendo una silla junto a su hermano en la mesa de la caravana, mientras que Hugo hacía chocolate caliente en la estufa. Estaba tan enojada que casi olvidó hablar en voz grave—. No me gusta que me miren, y no me gusta que se rían de mí. Si la gente piensa que es gracioso cuando a alguien se le cae una mazorca de maíz, deberían quedarse en casa y hacerlas caer por su cuenta.

—¡Kiwoon! —dijo Sunny de acuerdo, olvidando gruñir. Quería decir algo así como “Pensé que iba a llorar cuando todas esas personas me llamaron ‘fenómeno’”, pero por suerte sólo sus hermanos le habían entendido, por lo que no había arruinado su disfraz.

—No se preocupen —dijo Klaus a sus hermanas—. No creo que nos vayamos a quedar aquí por mucho tiempo. La carpa de adivinación está cerrada hoy porque el Conde Olaf y Madame Lulu están haciendo recados importantes —el Baudelaire de en medio no vio necesario añadir que sería un buen momento para infiltrarse en la carpa y averiguar si la bola de cristal de Lulu realmente tenía las respuestas que buscaban.



—¿Por qué te importa si la carpa de Lulu está cerrada?  
—preguntó Colette—. Eres un fenómeno, no un adivino.

—¿Y por qué no se quieren quedar aquí? —preguntó Kevin—. El Carnaval Caligari no ha sido muy popular últimamente, pero no hay ningún otro lugar al que un fenómeno pueda ir.

—Por supuesto que lo hay —dijo Violet—. Muchas personas son ambidiestras, Kevin. Hay floristas ambidiestros, controladores de tráfico aéreo ambidiestros, y todo tipo de cosas.

—¿En realidad crees eso? —Kevin preguntó.

—Claro que si —dijo Violet—. Y lo mismo ocurre con los contorsionistas y los jorobados. Todos nosotros podríamos encontrar algún otro tipo de trabajo en el que la gente no crea que somos monstruosos.

—No estoy seguro de que eso sea verdad —dijo Hugo desde la estufa—. Creo que una persona con dos cabezas sería considerada bastante monstruosa independientemente de a dónde vaya.

—Y probablemente ocurra lo mismo con una persona ambidiestra —dijo Kevin suspirando.

—Intentemos olvidar nuestros problemas y juguemos dominó —propuso Hugo, llevándoles una bandeja con seis humeantes tazas de chocolate caliente—. Pensé que tal vez las dos cabezas preferirían beber por separado —explicó con una sonrisa—, sobre todo porque este chocolate caliente es un poco inusual. Chabo la Bebé Lobo le añadió un poco de canela.

—¿Chabo le añadió? —preguntó Klaus con sorpresa, mientras Sunny gruñía modestamente.

—Sí —dijo Hugo—. Al principio pensé que era una monstruosa receta de lobo, pero en realidad es muy sabroso.

—Es una idea muy inteligente, Chabo —dijo Klaus, y dio a su hermana una brillante sonrisa. Hasta hace muy poco tiempo la Baudelaire más pequeña no podía caminar, y era tan pequeña como para caber dentro de una jaula de pájaros, y ahora estaba desarrollando sus propios intereses, y era lo suficientemente grande como para parecer mitad lobo.

—Deberías estar muy orgullosa de tí misma —dijo Hugo de acuerdo—. Si no fueras un fenómeno, Chabo, podrías crecer hasta llegar a ser un excelente chef.

—Ella podría ser un chef de todas formas —dijo Violet—. ¿Elliot, te importaría si salimos para disfrutar de nuestro chocolate caliente?

—Es una buena idea —dijo Klaus rápidamente—. Siempre he considerado que el chocolate caliente se debe beber al aire libre, y me gustaría echarle un vistazo a la carava de regalos

—Grr —gruñó Sunny, pero sus hermanos sabían que quería decir algo así como “Iré con ustedes” y gateó hasta donde estaban Violet y Klaus tratando de levantarse torpemente de la silla.

—No tarden mucho —dijo Colette—. No nos es permitido vagar por el carnaval.

—Sólo beberemos nuestro chocolate caliente y volveremos —prometió Klaus.

—Espero que no se metan en problemas —dijo Kevin—. No me gustaría ver que el *tagliatelle grande* los golpeará en sus cabezas.

Los Baudelaire estaban a punto de señalar que un golpe con el *tagliatelle grande* probablemente no dolería ni un poco, cuando oyeron un ruido que era mucho más aterrador que un gran fideo restallando en el aire. Incluso desde el

interior de la caravana, los niños pudieron escuchar un fuerte y chirriante sonido que reconocieron debido a su largo viaje hacia el hinterlands.

—Debe ser aquel caballero, amigo de Madame Lulu —dijo Hugo—. Es el sonido de su coche.

—También hay otro sonido —dijo Colette—. Escuchen.

Los niños escucharon y pudieron comprobar que la contorsionista decía la verdad. Acompañando el rugido del motor había otro rugido, uno que sonaba más profundo y encolerizado que cualquier automóvil. Los Baudelaire sabían que no se puede juzgar algo por su sonido, al igual que no se puede juzgar a alguien por su apariencia, pero ese rugido era tan fuerte y feroz que los jóvenes no podían imaginar que aquello fuera una buena noticia.

Aquí me veo obligado a interrumpir la historia que estoy escribiendo, y a contarte otra historia con el fin de demostrarte un punto importante. Esta segunda historia es ficticia, palabra que aquí significa “alguien que la inventó un día”, en contraposición a la historia de los huérfanos Baudelaire, que alguien simplemente se limitó a escribir, usualmente durante la noche. Se llama “La Historia de la Reina Debbie y su Novio Tony” y dice más o menos así:

# La Historia de la Reina Debbie y su Novio Tony.

Érase una vez una reina ficticia llamada Reina Debbie, quien gobernaba sobre la tierra en la que esta historia transcurre, que es inventada. Esta tierra ficticia tenía árboles de piruletas que crecían por todas partes, y ratones cantores que se ocupaban de todas las labores, y había feroces leones ficticios que custodiaban el palacio contra enemigos ficticios. La Reina Debbie tenía un novio llamado Tony, quien vivía en el ficticio reino vecino. Debido a que vivían tan lejos el uno del otro, Debbie y Tony no podían verse muy a menudo, pero de tanto en tanto salían a cenar y al cine, o a hacer otras ficticias cosas juntos.

El cumpleaños de Tony llegó, y la Reina Debbie, a causa de unos asuntos reales, no pudo viajar a verlo,

pero le envió una bonita tarjeta y un ave miná en una brillante jaula. Lo que hay que hacer si recibes un regalo, por supuesto, es escribir una nota de agradecimiento, pero Tony no era particularmente una persona que hiciera lo adecuado, y llamó a Debbie para quejarse.

—Debbie, soy Tony —dijo Tony—. Recibí el regalo de cumpleaños que me enviaste, y no me gustó en absoluto.

—Lamento escuchar eso —dijo la reina Debbie, arrancado una piruleta de un árbol cercano—. Elegí el ave especialmente para tí ¿Qué tipo de regalo prefieres?

—Yo creo que deberías darme un puñado de diamantes valiosos —dijo Tony, quien era tan codicioso como ficticio.

—¿Diamantes? —dijo la Reina Debbie—. Pero el ave miná puede animarte cuando estés triste. Puedes enseñarle a posarse sobre tu mano, y a veces incluso a hablar.

—Quiero diamantes —dijo Tony.

—Pero los diamantes son muy valiosos —dijo la Reina Debbie—. Si yo te enviara los diamantes por correo, probablemente serían robados en el camino, y entonces no tendrías ningún regalo de cumpleaños.

—Quiero diamantes —se quejó Tony, quien ya estaba comenzando a ser aburrido.

—Ya sé que haré —dijo la Reina Debbie con una tenue sonrisa—. Haré que mis leones reales se coman mis diamantes, y entonces enviaré a los leones a tu reino. Nadie osaría atacar a un puñado de feroces leones, por lo que los diamantes llegarán sanos y salvos.

—Date prisa —dijo Tony—. Se supone que este debería ser mi día especial.

Fue fácil para la Reina Debbie darse prisa, porque los ratones cantores que vivían en su palacio se ocupaban de todas las labores, por lo que sólo tardó unos minutos en alimentar a sus leones con un puñado de diamantes, cubriendo primero las joyas con atún para

que los leones accedieran a comérselas. Entonces les ordenó a los leones viajar al reino vecino para entregar el regalo.

Tony pasó el resto del día esperando con impaciencia fuera de su casa, comiéndose todo el helado y el pastel de cumpleaños y burlándose de su ave miná, y por último, justo a la puesta de sol, vio a los leones aproximándose por el horizonte y se fue corriendo a recoger su regalo.

—¡Denme los diamantes, leones estúpidos! —gritó Tony, y no hay necesidad de relatarles el resto de esta historia, que tiene una moraleja bastante obvia “A león regalado nunca le mires los colmillos”.

El punto es que hay ocasiones en que la llegada de un montón de leones es una buena noticia, sobre todo en una historia ficticia donde los leones no son reales y por lo tanto, probablemente no te harán daño. Y hay algunos casos, como en el caso de la Reina Debbie y su novio, Tony, en donde la llegada de leones significa que la historia está a punto de ponerse mucho mejor.



Pero lamento tener que decirte que el caso de los huérfanos Baudelaire no es uno de esos momentos. La historia de los Baudelaire no transcurre en una tierra ficticia donde las piruletas crecen en los árboles y donde ratones cantores se ocupaban de todas las labores. La historia de los Baudelaire transcurre en el mundo real, donde algunas personas se rieron de ellos sólo por tener aspectos poco comunes, y en el que los niños podían encontrarse solos en el mundo, intentando comprender el siniestro misterio que les rodeaba, y en este mundo real la llegada de leones significaba que la historia estaba a punto de ponerse mucho peor, así que si no tienes estómago para esta historia —así como los leones no tienen estómago para diamantes cubiertos de atún— será mejor que des media vuelta en este momento y corras en otra dirección, al igual que los Baudelaire deseaban hacerlo en ese momento mientras salían de la caravana y veían lo que el Conde Olaf había traído con él cuando regresó de sus recados.

El Conde Olaf conducía su negro automóvil entre las filas de caravanas, casi atropellando a varios visitantes del carnaval, deteniéndose justo frente a la carpa de la Casa de los Fenómenos, y apagó el motor, terminando así el

chirriante rugido que los niños habían reconocido. Pero el otro encolerizado rugido continuó mientras Olaf salía del automóvil, seguido de Madame Lulu, y señaló con un gesto teatral el remolque enganchado al automóvil. El remolque era en realidad una jaula metálica sobre ruedas, y a través de las barras de la jaula los Baudelaire pudieron ver lo que el villano estaba señalando.

El remolque estaba llenó de leones, embalados de una manera tan apretada que los niños no podían distinguir exactamente cuántos eran. Los leones estaban irritados por viajar tan apretados, y mostraban su irritación arañando la jaula con sus garras, encajándose unos sobre otros sus dientes, y rugiendo tan fuerte y tan ferozmente como podían. Algunos de los secuaces del Conde Olaf se reunieron alrededor, junto a varios visitantes del carnaval, para ver que sucedía, y Olaf intentó decirles algo, pero nadie pudo escucharlo por el fuerte rugido de los leones. Con el ceño fruncido, el villano sacó un látigo de su bolsillo y les dio unos latigazos a los leones a través de las barras de la jaula. Al igual que las personas, los animales se asustan y es probable que hagan lo que les digas si les das los latigazos

suficientes, y finalmente los leones se quedaron quietos y Olaf pudo dar su anuncio.

—Damas y caballeros —dijo—, niños y niñas, fenómenos y personas normales, el Carnaval Caligari se enorgullece en anunciar la llegada de estos feroces leones, que se utilizarán en un nueva atracción.

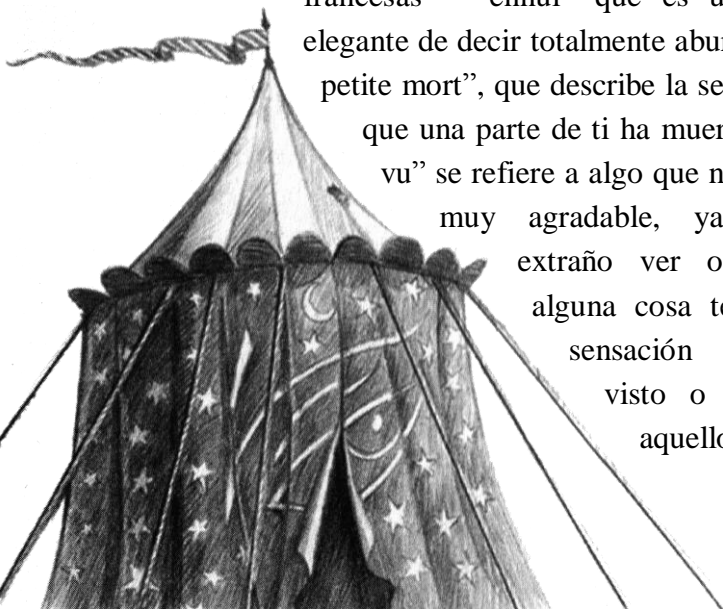
—Esa sí que es una buena noticia —dijo alguien entre la multitud—, porque los suvenires en la caravana de regalos son pésimos.

—Esta *es* una muy buena noticia —dijo el Conde Olaf de acuerdo, con un gruñido, y miró a los Baudelaire. Sus ojos estaban brillando muy intensamente, y los hermanos temblaron en sus disfraces, mientras miraba a los niños y después a la reunida multitud—. Las cosas están a punto de ponerse mucho mejor por aquí —dijo, y los huérfanos Baudelaire sabían que eso era algo tan ficticio como cualquier cosa que pudieran imaginar.

## CAPÍTULO

# Cinco

Si alguna vez has experimentado algo que se siente extrañamente familiar, como si la misma cosa ya te hubiese sucedido antes, entonces estás experimentando lo que los franceses llaman “*déjà vu*”. Como muchas expresiones francesas —“*ennui*” que es un termino elegante de decir totalmente aburrido, o “*la petite mort*”, que describe la sensación de que una parte de ti ha muerto— “*déjà vu*” se refiere a algo que no suele ser muy agradable, ya que es extraño ver o escuchar alguna cosa teniendo la sensación de haber visto o escuchado aquello antes.



## CAPÍTULO

### Cinco

Si alguna vez has experimentado algo que se siente extrañamente familiar, como si la misma cosa ya te hubiese sucedido antes, entonces estás experimentando lo que los franceses llaman “*déjà vu*”. Como muchas expresiones

francesas —“*ennui*” que es un termino elegante de decir totalmente aburrido, o “*la petite mort*”, que describe la sensación de que una parte de ti ha muerto”— “*déjà vu*” se refiere a algo que no suele ser

muy agradable, y no fue muy

agradable para los

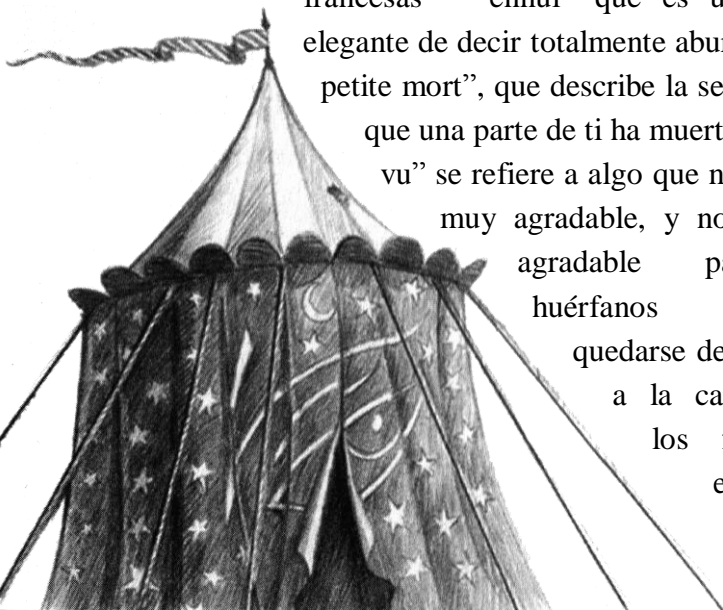
huérfanos Baudelaire

quedarse de pie frente

a la caravana de

los fenómenos

escuchando



al Conde Olaf y experimentando la nauseabunda sensación de un déjà vu.

—¡Los leones serán la atracción más emocionante del Carnaval Caligari! —anunció Olaf, mientras más y más gente se acercaba a ver a que se debía tanto alboroto—. Como todos ustedes saben, a menos que sean increíblemente estúpidos, una mula tozuda se moverá en la dirección deseada si tiene una zanahoria delante y un palo detrás. La mula se moverá hacia la zanahoria porque quiere la recompensa de la comida, y se alejará del palo porque no quiere el castigo del dolor. Asimismo estos leones harán lo mismo.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Hugo a los niños, al salir de la caravana con Colette y Kevin detrás.

—Déjà —dijo Sunny amargamente. Incluso la Baudelaire más joven reconoció el cruel discurso del Conde Olaf acerca de la mula tozuda de cuando los tres niños habían estado viviendo en casa de Olaf. En ese entonces, el villano había hablado de una mula tozuda para convencer a Violet de casarse con él, un plan que afortunadamente se frustró en el último minuto, pero ahora estaba utilizando las mismas palabras para cocinar otro plan, y eso hizo que los

hermanos se sintieran un poco mareados al observar lo que estaba pasando.

—¡Estos leones —dijo el Conde Olaf—, harán lo que yo digo, porque quieren evitar el castigo de este látigo! — con un gesto dramático restalló su látigo ante los leones nuevamente, quienes temblaban detrás de los barrotes, y algunos de los visitantes del carnaval aplaudieron.

—Pero si el látigo representa el palo —preguntó el hombre calvo—. ¿Qué representa a la zanahoria?

—¿La zanahoria? —repitió Olaf, y se rio desagradablemente—. La recompensa para los leones que me obedezcan será una deliciosa comida. Los leones son carnívoros, lo que significa que comen carne, y aquí en el Carnaval Caligari tendrán la mejor carne que se les pueda ofrecer —se volteó y apuntó con su látigo a la entrada de la caravana de los fenómenos, donde los Baudelaires estaban parados con sus compañeros de trabajo—. Los fenómenos que ven aquí no son personas normales, y por lo tanto llevan vidas deprimentes —anunció—. Se sentirán felices de ser útiles en nombre del entretenimiento.

—Por supuesto que lo estaremos —dijo Colette—. Lo hacemos todos los días.

—Entonces no te importará ser la parte más importante del show de los leones —respondió Olaf—. No alimentaremos regularmente a estos leones, por lo tanto estarán muy, muy hambrientos cuando el show comience. Cada día, en lugar de un show de la Casa de los Fenómenos, seleccionaremos a un fenómeno al azar y veremos como lo devoran los leones.

Todos aplaudieron una vez más, con la excepción de Hugo, Colette, Kevin, y los tres hermanos, los cuales se quedaron horrorizados en silencio.

—¡Eso si que será emocionante! —dijo el hombre con granos en la cara—. ¡Sólo piénsenlo, violencia y comer torpemente combinados en un sólo show!

—¡No podría estar más de acuerdo! —dijo una mujer que estaba cerca—. ¡Fue muy hilarante ver al fenómeno de dos cabezas comer, pero va a ser aún más hilarante ver como el fenómeno de dos cabezas es devorado!

—Preferiría ver como devoran al jorobado —dijo alguien más en la multitud—. ¡Él es tan divertido! ¡Ni siquiera tiene una espalda normal!

—¡La diversión comenzará mañana por la tarde! —gritó el Conde Olaf—. ¡Hasta entonces!



—No puedo esperar —dijo la mujer, mientras la multitud comenzaba a dispersarse, una palabra que aquí significa “salir de la caravana de regalos o dejar el carnaval”—. Les diré a todos mis amigos.

—Le llamaré a la reportera de *El Diario Punctilio* —dijo el hombre con granos, dirigiéndose hacia la cabina telefónica—. El carnaval está a punto de volverse muy popular, y quizás pueda escribir un artículo sobre él.

—Tiene razón, jefe —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos—. Las cosas van a ponerse mucho mejor aquí.

—Por supuesto que él tener razón, por favor —dijo Madame Lulu—. Él ser hombre brillante, y hombre valiente y hombre generoso. Ser brillante por pensar en show de leones, por favor. Él ser hombre valiente por golpear leones con látigo, por favor. Y ser hombre generoso por dar leones a Lulu.

—¿Él te dio los leones? —preguntó una siniestra voz—. ¿Son un regalo?

Ahora que la mayoría de los visitantes del carnaval se habían marchado, los Baudelaire pudieron ver a Esmé Miseria salir por la puerta de otra caravana y caminar hacia el Conde Olaf y Madame Lulu. Al pasar junto al remolque

de los leones, pasó sus enormes y largas uñas por los barrotes y los leones gimieron de miedo—. Entonces le diste a Madame Lulu algunos leones —dijo—. ¿Qué me vas a dar a mí?

El Conde Olaf se rascó la cabeza con una desaliñada mano, y se veía un poco avergonzado.

—Nada —admitió—. Pero si quieres podemos compartir mi látigo.

Madame Lulu se inclinó y le dio la Olaf un beso en la mejilla.

—El regalarme leones a mí, por favor, porque yo hacer maravillosa adivinación.

—Deberías haberlo visto, Esmé —dijo Olaf—. Lulu y yo entramos a la carpa de adivinación y apagamos todas las luces, luego la bola de cristal comenzó a zumbear con un mágico zumbido. Entonces, un relámpago mágico destelló por encima de nuestras cabezas, y Madame Lulu me dijo que cerrara los ojos para que ella pudiera concentrarse. Mientras tenía cerrados mis ojos, ella le dio un vistazo a su bola de cristal y me dijo que uno de los padres Baudelaire seguía con vida, escondido en las Montañas Mortmain. Como recompensa, le he dado estos leones.

—¿De modo que Madame Lulu también necesita una zanahoria, eh? —dijo riendo el Hombre con Ganchos en vez de Manos.

—Mañana por la mañana —continuó Olaf—, Madame Lulu, consultará a su bola de cristal de nuevo, y me dirá donde se encuentran los Baudelaire.

Esmé miró ferozmente a Lulu.

—¿Y qué tipo de regalo le darás después, Olaf?

—Se razonable, querida —le dijo el Conde Olaf a su novia—. Los leones harán al Carnaval Caligari mucho más popular, de modo que Madame Lulu podrá dedicarse por completo a la adivinación y proporcionarnos la información que necesitamos para finalmente robar la fortuna Baudelaire.

—No me gusta criticar —dijo Hugo vacilante—, pero, ¿Hay alguna manera de que podamos hacer el carnaval más popular sin ser devorados por los leones? Debo confesar que estoy un poco nervioso por esa parte.

—Escuchaste a la multitud cuando les conté acerca de la nueva atracción —dijo el Conde Olaf—. No pueden esperar para ver que los leones te devoren, y todos tenemos que dar de nuestra parte para darle a la gente lo que quiere. Tu parte consiste en volver y permanecer en la caravana de

los fenómenos hasta mañana. Y el resto de nosotros daremos nuestra parte comenzando a cavar una fosa.

—¿Una fosa? —preguntó una de las mujeres empolvadas—. ¿Para qué necesitamos cavar una fosa?

—Para meter a los leones ahí —respondió Olaf—, de manera que sólo coman fenómenos que salten en el. Cavaremos cerca de la montaña rusa.

—Buena idea, jefe —dijo el hombre calvo.

—Haber palas en caravana de herramientas —dijo Lulu—. Yo mostrarte, por favor.

—Yo no voy a cavar ninguna fosa —anunció Esmé mientras los demás se alejaban—. Podría romperme una uña. Además, necesito hablar con el Conde Olaf *a solas*.

—Oh, está bien —dijo el Conde Olaf—. Vamos a la caravana de huéspedes para que nadie nos moleste.

Olaf y Esmé caminaron en una dirección, y Madame Lulu llevó a los secuaces por otra, dejando a los tres niños solos con sus compañeros de trabajo.

—Bien, será mejor que entremos —dijo Colette—. Quizá podamos pensar en una manera de no ser devorados.

—Oh, no pensemos en esas aterradoras criaturas —dijo Hugo dijo estremeciéndose—, en su lugar juguemos otro juego de dominó.

—Chabo, mi otro cabeza, y yo nos quedaremos aquí un momento —dijo Violet—. Queremos terminarnos nuestros chocolates calientes.

—Creo que será mejor que lo disfruten —dijo Kevin abatidamente, siguiendo a Hugo y Colette de regreso a la caravana de los fenómenos—. Podría convertirse en la última taza de chocolate caliente que beban en sus vidas.

Kevin cerró la puerta con ambas manos, y los Baudelaire se distanciaron un poco de la caravana para poder hablar sin ser escuchados.

—Agregarle canela al chocolate caliente fue una estupenda idea, Sunny —dijo Violet—, pero tengo problemas para disfrutarlo.

—Ificat —dijo Sunny, y quería decir algo así como “Yo también”.

—El último plan del Conde Olaf me dejó un mal sabor de boca —dijo Klaus—, y no creo la canela ayude.

—Tenemos que entrar a la carpa de adivinación —dijo Violet—, y esta puede ser nuestra única oportunidad.

—¿En realidad crees que sea verdad? —preguntó Klaus—. ¿Piensas que Madame Lulu realmente vio algo en su bola de cristal?

—No lo sé —dijo Violet—, pero gracias a mis estudios sobre la electricidad sé que un relámpago no puede aparecer dentro de una carpa. Algo misterioso está sucediendo, y necesitamos averiguar de qué se trata.

—¡Chow! —dijo Sunny, lo que significaba algo así como “¡Antes de que seamos arrojados a los leones!”.

—¿Pero crees que sea verdad? —preguntó Klaus.

—No lo sé —dijo Violet exasperada, una palabra que aquí significa “con su voz normal, olvidando su disfraz porque cada vez estaba más frustrada e irritada”—. No sé si Madame Lulu es una adivina. No sé cómo el Conde Olaf siempre sabe dónde estamos. No sé donde está el expediente Snicket, o por qué alguien llevaría un tatuaje idéntico al de Olaf, o lo que significa V.F.D., o por qué hay un pasadizo secreto que conduce a nuestra casa, o...

—¿Nuestros padres están vivos? —interrumpió Klaus—. ¿Sabrá en realidad si uno de nuestros padres sigue con vida?

Las voz del Baudelaire de en medio se quebró y sus hermanas se volvieron hacia el —una proeza que fue difícil para Violet, quien aún seguía compartiendo su camisa— y vieron que estaba llorando. Violet se inclinó todo lo que pudo hasta que su cabeza tocó la de él, Sunny colocó su taza en el suelo y gateó hasta llegar a sus rodillas y abrazarlas, y los Baudelaire se quedaron en silencio juntos por unos momentos.

Pena, un tipo de tristeza que ocurre más a menudo cuando has perdido a un ser querido, es algo escurridizo, porque puede desaparecer por un tiempo y de repente aparecer inmediatamente cuando menos te lo esperas. Cada vez que puedo, salgo a caminar a Playa Salada, muy temprano por la mañana, que es el mejor momento para recolectar información importante sobre el caso Baudelaire, y el océano es tan tranquilo que me siento lleno de paz, demasiado, como si ya no estuviera llorando la muerte de la mujer que amé y que jamás volveré a ver. Pero luego, cuando tengo frío y me refugio en un salón de té donde el propietario me espera, vasta con tomar el Azucarero para que mi pena regrese, y me encuentre llorando tan fuerte que otros clientes me preguntan si ni podría llorar más bajo. En el caso

de los huérfanos Baudelaire, su pena era como un objeto muy pesado que cada uno cargaba por turnos para evitar llorar, pero a veces el objeto se volvía tan pesado para uno solo que no podían moverlo sin ponerse a llorar, así que Violet y Sunny se acercaron a Klaus, recordándole que ese era un objeto que podían cargar todos juntos hasta que al final pudieran encontrar un lugar seguro donde ponerlo.

—Lo siento, estaba exasperada, Klaus —dijo Violet—. Hay tantas cosas que no sabemos que es difícil pensar en todas a la vez.

—Chithvee —dijo Sunny, y quería decir “Pero no puedo dejar de pensar en nuestros padres”.

—Yo tampoco —admitió Violet—. Sigo preguntándome si uno de ellos sobrevivió al incendio.

—Pero si lo hubieran hecho —dijo Klaus—. ¿Por qué se esconde en un lugar tan lejano? ¿Por qué no han intentado encontrarnos?

—Quizás lo han hecho —dijo Violet tranquilamente—. Tal vez están buscándonos por todas partes, pero no nos pueden encontrar porque nos hemos estado ocultando y disfrazando durante tanto tiempo.



—Pero, ¿Por qué no nuestra madre o padre no se han contactado con el Sr. Poe? —preguntó Klaus.

—Nosotros hemos intentado contactarnos con el — señaló Violet—, pero no respondió a nuestro telegrama, y no pudimos llamarlo por teléfono. Si uno de nuestros padres sobrevivió al incendio, tal vez esté teniendo la misma mísera suerte.

—Galfuskin —señaló Sunny. Por “Galfuskin” quería decir algo así como “Todas estas cosas son puras conjeturas... vayamos a la carpa de adivinación para ver si podemos averiguar algo con certeza, y más nos vale hacerlo pronto antes de que regresen los demás”.

—Tienes razón, Sunny —dijo Violet, y puso su taza junto a la de Sunny. Klaus también puso su taza en el suelo, y los tres Baudelaire se alejaron, con disfrazados pasos, de su chocolate caliente. Violet y Klaus caminaban torpemente en sus pantalones compartidos, apoyándose uno sobre el otro con cada paso, y Sunny iba al lado de ellos, aun gateando para seguir pareciendo mitad lobo por si alguien los veía en su camino hacia la carpa de adivinación. Pero nadie estaba viendo a los huérfanos Baudelaire. Los visitantes del carnaval ya se habían ido a sus casas a contarles a sus

amigos acerca del show de leones que sucedería el día siguiente. Los compañeros de trabajo de los niños estaban en la caravana de los fenómenos entregándose a su suerte, una palabra que aquí significa “jugando dominó, en vez de intentar pensar en una forma de salir de sus problemas”. Madame Lulu y los secuaces de Olaf se encontraban cavando una fosa, junto a la montaña rusa aun cubierta de hiedra. El Conde Olaf y Esmé Miseria estaban peleando en la caravana de huéspedes, que se encontraba al otro extremo del carnaval, donde una vez me quedé con mi hermano hace mucho tiempo, y los demás empleados de Madame de Lulu se ocupaban de cerrar el carnaval con la esperanza de algún día poder trabajar en un lugar menos miserable. Así que nadie estaba viendo a los niños cuando se acercaron a la carpa que estaba junto a la caravana de Lulu, y se detuvieron un minuto delante del telón que servía como puerta de entrada y que daba al interior.

La carpa de adivinación ya no se encuentra en el Carnaval Caligari, ni en cualquier otro lugar. Cualquier persona que pasara el día de hoy a través del ennegrecido y desolado hinterlands, difícilmente sería capaz de imaginar que alguna vez hubo alguna carpa en ese lugar. Pero incluso

aunque todas las carpas siguieran exactamente en el mismo lugar en el que estaban cuando los huérfanos Baudelaire estuvieron ahí, es poco probable que un viajero pudiera entender que es lo que significaban las decoraciones en las carpas, ya que en la actualidad hay pocos expertos especializados en la materia que siguen con vida, y los expertos que quedan se encuentran todos en terribles circunstancias, o bien, como en mi caso, al borde de unas terribles circunstancias con la esperanza de que se vuelvan menos terribles. Pero los huérfanos Baudelaire —que, como recordaras, habían llegado al carnaval la noche anterior, y que, por lo tanto, nunca habían visto la carpa de adivinación durante el día hasta ese momento— pudieron ver cómo estaba decorada la carpa, motivo por el cual se detuvieron para observarla.

A primera vista, la pintura sobre la carpa de adivinación parecía representar un ojo, como el ojo decorativo sobre la caravana de Madame de Lulu y como el tatuaje en el tobillo del Conde Olaf. Los tres niños siempre miraban ojos similares a donde quiera que iban, desde un edificio con forma de ojo cuando trabajaron en un aserradero, hasta un bolso con forma de ojo, de Esmé Miseria, cuando estaban

escondidos en un hospital, incluso hasta un enorme enjambre de ojos que los rodeaban en sus peores pesadillas; y aunque los hermanos nunca habían entendió exactamente lo que esos ojos significaban, estaban tan cansados de contemplarlos que nunca se habían detenido a mirarlos detalladamente. Pero hay muchas cosas en la vida que se convierten en otras si las observas detenidamente durante mucho tiempo, y cuando los niños se detuvieron frente a la carpa de adivinación, la pintura pareció cambiar ante sus ojos, hasta que no se asemejó a una pintura en absoluto, sino a una insignia.

Una insignia es una especie de marca que normalmente representa a una organización o un negocio, y puede tener diversas formas. A veces una insignia puede tener una forma simple, como una línea ondulada para indicar que se trata de una organización que está relacionada con los ríos u océanos, o un cuadrado para indicar que se trata de una organización relacionada con la geometría o los cubos de azúcar. A veces una insignia puede ser una pequeña imagen de algo, como una antorcha, para indicar que una organización es inflamable, o como la niña con tres ojos fuera de la Casa de los Fenómeno, que indica que en su interior se exhiben personas con características muy inusuales. Y a veces una

insignia puede ser parte del nombre de una organización, tales como sus primeras letras o sus iniciales. Los Baudelaire, por supuesto, no estaban vinculados a ningún tipo de negocio, además de estar disfrazados como fenómenos de carnaval, y por lo que sabían no eran miembros de ninguna organización de ningún tipo, y nunca antes habían ido al hinterlands hasta que el coche de Olaf los llevó por el Raro Recorrido por la Ronda, pero aun así los tres niños le dieron una larga mirada a la insignia que se encontraba en la carpa de Madame Lulu, porque sabían que era importante para ellos de alguna manera, como si la persona que había pintado la insignia supiera que ellos irían ahí, esperando conducirlos al interior de la carpa.

—Piensas que... —dijo Klaus, su voz se desvaneció mientras contemplaba la carpa.

—No lo había notado a primera vista —dijo Violet—, pero después de haberlo visto mejor...

—Volu... —dijo Sunny, y sin otra palabra los tres niños le echaron un vistazo a la entrada y al ver que no había ninguna señal de que hubiera alguien dentro, dieron unos pasos hacia adelante. Si alguien hubiese visto a los jóvenes, los habría mirado dar unos pasos vacilantes mientras

entraban a la carpa de adivinación tan silenciosamente como les era posible. Pero nadie los estaba viendo. No había nadie viendo como el telón se cerraba tranquilamente detrás de ellos, con lo cual la carpa se sacudió un poco, y nadie se dio cuenta de que la pintura sobre la carpa se había sacudido también. No había nadie viendo a los huérfanos Baudelaire mientras se acercaban para encontrar las respuestas a sus preguntas, o para resolver los misterios de sus vidas. Y tampoco había nadie que observara durante un tiempo la pintura sobre la carpa para darse cuenta de que esa no era la imagen de un ojo, como parecía ser a primera vista, sino una insignia que representaba a una organización que los niños sólo conocían como V.F.D.



## CAPÍTULO

# Seis

Hay muchas cosas difíciles de ocultar en este mundo, pero un secreto no es una de ellas. Es difícil ocultar un avión, por ejemplo, porque por lo general necesitas encontrar un agujero muy profundo o un enorme pajar, y poner el avión muy sigilosamente en su interior en medio de la noche, pero es fácil ocultar un secreto acerca de un avión, porque puedes simplemente escribirlo en un pequeño trozo

de papel y pegarlo con cinta adhesiva debajo de tu colchón cuando te encuentres en casa. Es difícil ocultar una orquesta sinfónica, porque normalmente necesitas alquilar una habitación insonorizada y conseguir tantos sacos de dormir como te sea posible, pero es fácil ocultar un secreto acerca de una orquesta sinfónica, porque puedes simplemente murmurarlo al oído de algún amigo confiable o de un crítico musical. Y es difícil ocultarte a ti mismo, porque a veces necesitas meterte en el maletero de un automóvil, o confeccionar un disfraz con cualquier cosa que tengas a la mano, pero es fácil ocultar un secreto acerca de ti mismo, porque simplemente puedes escribirlo en un libro y esperar a que caiga en las manos adecuadas. Mí querida hermana, si estás leyendo esto, aún sigo con vida, y dirigiéndome hacia el norte con la esperanza de encontrarte.

Si los huérfanos Baudelaire hubieran estado buscando un avión mientras entraban dentro de la carpa de adivinación de Madame de Lulu, habrían intentado buscar la punta de un ala, que saliera por debajo de un enorme mantel negro decorado con brillantes estrellas plateadas que colgaba por encima de una mesa en el centro de la carpa. Si hubieran estado buscando una orquesta sinfónica, hubieran intentado



escuchar el sonido de alguien tosiendo o tocando un oboe mientras se escondía en algunas de las esquinas de la carpa, las cuales estaban cubiertas con pesadas cortinas. Pero los niños no buscaban aviones o músicos profesionales. Estaban buscando secretos, y la carpa era tan grande que apenas sabían dónde empezar a buscar. ¿Quizás alguna noticia sobre los padres Baudelaire estaba oculta en el armario que se encontraba cerca de la entrada? ¿Podría existir información acerca del expediente Snicket metida en algunos de los maleteros que estaban en las esquinas de la carpa? ¿Y sería posible que los niños pudieran descubrir el significado de V.F.D. mirando la bola de cristal colocada en el centro de la mesa? Violet, Klaus y Sunny miraron alrededor de la carpa, y después los unos a los otros, y parecía que los secretos acerca de ellos podían estar ocultos dondequiera.

—¿Dónde crees que deberíamos buscar? —preguntó Violet.

—No lo sé —respondió Klaus, entrecerrando los ojos a su alrededor—. Ni siquiera estoy seguro de que debemos buscar.

—Bueno, tal vez deberíamos buscar las respuestas de la misma manera en la que el Conde Olaf lo hizo —dijo

Violet—. Contó toda la historia acerca de su experiencia adivinatoria.

—Lo recuerdo —dijo Klaus—. Primero entró a la carpa de Madame Lulu. Ya hicimos eso. Luego, dijo que apagaron todas las luces.

Los Baudelaire miraron hacia arriba, y notaron por primera vez que el techo de la carpa estaba decorado con pequeñas luces en forma de estrellas, iguales a las del mantel.

—¡Interruptor! —dijo Sunny, apuntando a un par de interruptores sobre uno de los palos de la carpa.

—Buen trabajo, Sunny —dijo Violet—. Klaus, ven conmigo y démosle un vistazo a esos interruptores.

Los dos Baudelaire mayores caminaron monstruosamente hacia el palo, pero cuando llegaron a los interruptores Violet frunció el ceño y movió la cabeza.

—¿Qué sucede? —preguntó Klaus.

—Me gustaría tener una cinta —dijo Violet—, para atar mi cabello. Es difícil pensar seriamente con mi polvoriento cabello sobre mis ojos. Pero mi cinta está en algún lugar del Hospital...

Su voz se desvaneció, y Klaus vio como ella metía una mano en el bolsillo del pantalón del Conde Olaf y sacaba una cinta parecida a las que generalmente usaba.

—Tuy —dijo Sunny.

—*Es* mía —dijo Violet, mirándola de cerca—. El Conde Olaf debió habérmela quitado cuando me estaban preparando para la cirugía, y la dejó en su bolsillo.

—Me alegra que la hayas recuperado —dijo Klaus, con un ligero estremecimiento—. No me gusta imaginar a Olaf poniendo sus sucias manos sobre nuestras cosas. ¿Necesitas ayuda para atar tu cabello? Puede ser difícil hacerlo con una sola mano, y no creo que debas sacar la otra por debajo de la camisa. No debemos arruinar nuestro disfraz.

—Creo que puedo hacerlo con una sola mano —dijo Violet—. Ah, eso es. Me siento menos como fenómeno y más como Violet Baudelaire con mi cabello atado. Ahora, veamos. Ambos interruptores están conectados a los cables que van hasta la parte superior de la carpa. Uno de ellos, obviamente debe controlar las luces, pero, ¿Qué hará el otro?

Los Baudelaire miraron una vez más hacia arriba, y vieron algo más pegado al techo de la carpa. Entre las estrellas, había un pequeño espejo, colgado de una pieza de

metal, que estaba colocado en un ángulo extraño. Junto a la pieza de metal había una larga tira de caucho, que conducía a un largo nudo de alambres y engranajes, y que a su vez conducía a otros espejos acomodados en una especie de círculo.

—¿Qué? —preguntó Sunny.

—No lo sé —dijo Klaus—. No se parece a nada que haya leído antes.

—Es un invento de algún tipo —dijo Violet, estudiándolo cuidadosamente, y comenzó a apuntar hacia distintas partes del extraño dispositivo, pero era más como si estuviera hablando para ella misma que con sus hermanos—. Ese pedazo de caucho se parece a una correa de ventilador, la cual transmite torsión del motor de un automóvil con el fin de enfriar el radiador. ¿Pero porqué alguien querría...? Oh, ya veo. Mueve los demás espejos en círculo, y... pero como puede... espera un minuto. Klaus, ¿Puedes ver ese pequeño orificio en la esquina superior de la carpa?

—No sin mis anteojos —dijo Klaus.

—Bueno, allí hay una pequeña rasgadura —dijo Violet—. ¿Hacia que dirección nos encontraríamos, si estuviéramos frente al pequeño agujero?

—Déjame pensar por un momento —dijo Klaus—. Ayer por la noche, se estaba poniendo el sol cuando salimos del automóvil.

—Yirat —dijo Sunny, lo que significaba algo así como “Recuerdo... la famosa puesta de sol del hinterlands”.

—Y el coche estaba por ahí —dijo Klaus, volteándose y arrastrando a su hermana mayor junto el—. Por ese lado está el oeste, por lo que el agujero de la carpa mira hacia el este.

—Hacia el Este —dijo Violet con una sonrisa—, por donde amanece.

—Exacto —dijo Klaus—. ¿Pero eso qué tiene que ver?

Violet no dijo nada, se limitó a sonreírle a sus hermanos, y Klaus y Sunny le sonrieron también. Incluso con las falsas cicatrices dibujadas sobre su rostro, Violet estaba sonriendo de una manera que los otros Baudelaire reconocieron al instante. Era el tipo de sonrisa que aparecía cuando Violet descubría la solución a un problema difícil, generalmente relacionado a algún tipo de invención. Sonrió de esa manera cuando los hermanos estuvieron en la cárcel, y descubrió de qué manera una jarra de agua podría ayudarlos a escapar. Sonrió de esa manera cuando descubrió todo tipo de evidencia proveniente de una maleta, con la cual

podrían convencer al Sr. Poe de que su Tío Monty había sido asesinado. Y sonrió de esa manera en ese momento, mientras miraba hacia el extraño dispositivo en el techo, y después a los dos interruptores en la pared.

—Miren esto —dijo, y encendió el primer interruptor. Inmediatamente, el dispositivo comenzó a girar y la larga tira de caucho empezó a moverse, y el círculo de espejos se convirtió en un girante círculo zumbante.

—Pero, ¿Qué es lo que hace? —preguntó Klaus.

—Escuchen —dijo Violet, y los niños pudieron escuchar un bajo y zumbante sonido proveniente de la máquina—. Ese es el zumbido del que el Conde Olaf estaba hablando. Pensaba que provenía de la bola de cristal, pero provenía de esa invención.

—Ya sabía que un zumbido mágico sonaba sospechoso —dijo Klaus.

—¿Legror? —preguntó Sunny, lo que significaba algo así como “Pero, ¿Qué pasa con los relámpagos?”

—¿Ves como está inclinado el espejo más grande? —dijo Violet—. Está puesto de tal manera para que refleje la luz que entra por el pequeño orificio de la carpa.

—Pero no hay luz entrando por el —dijo Klaus.

—No en este momento —dijo Violet—, porque el orificio se encuentra mirando hacia el este, y ya estamos a últimas horas de la tarde. Pero en la mañana, cuando Madame Lulu hace sus adivinaciones, se encuentra amaneciendo, y la luz del amanecer brillaba sobre ese espejo. Y ese espejo refleja la luz en los otros espejos, puesto en marcha por esa correa de transmisión...

—Espera un momento —dijo Klaus—. No entiendo.

—Está bien —dijo Violet—, ni siquiera el Conde Olaf lo entendió. Cuando el entró a la carpa por la mañana, Madame Lulu encendió el invento y la habitación se llenó de luces intermitentes. ¿Recuerdas cuando utilicé la refracción de la luz para hacer una señal en el Lago Lacrimógeno? Es lo mismo, pero Lulu lo llama relámpagos mágicos.

—Pero, ¿No crees que Olaf pudo haberse dado cuenta de que los relámpagos no eran mágicos?

—No si las luces estaban apagadas —dijo Violet, encendiendo otro interruptor, y por encima de ellos las estrellas se apagaron. La tela de la carpa era tan gruesa que ninguna luz se filtraba desde el exterior, y los Baudelaire se encontraron en completa oscuridad. Eso les recordó a los niños cuando fueron arrojados por el hueco del ascensor del

número 667 de la Avenida Oscura, con diferencia de que en esa ocasión todo estaba silencio, y ese momento todo estaba envuelto por el zumbante sonido de la máquina.

—Aterrador —dijo Sunny.

—Esto *es* espeluznante —dijo Klaus de acuerdo—. No es de extrañar que Olaf pensara que era un zumbido mágico.

—Además Imaginen cómo se sentiría con la habitación repleta de destellos luminosos —dijo Violet—. Esas son las clases de artimañas que hace creer a la gente en la adivinación.

—De modo que Madame Lulu es un fraude —dijo Klaus.

Violet bajó los dos interruptores y las luces se encendieron mientras la invención se apagaba.

—Sin duda es un fraude —dijo Violet—. Apuesto a que la bola de cristal es simplemente eso, de cristal. Ella engañó al Conde Olaf haciéndolo pensar que era una adivina, para que así le comprara cosas como leones y nuevos turbantes.

—¿Chesro? —preguntó Sunny, y miró a sus hermanos. Por “¿Chesro?” Sunny quería decir algo así como “Pero si ella es un fraude, ¿cómo sabe que uno de nuestros padres



está con vida?”, pero sus hermanos casi tenían miedo de responderle.

—Ella no lo sabe, Sunny —dijo Violet tranquilamente—. La información de Madame Lulu es tan falsa como su relámpago mágico.

Sunny hizo un pequeño y ligero sonido que sus hermanos difícilmente pudieron escuchar detrás de su barba, y abrazó las piernas de Violet y Klaus mientras su pequeño cuerpo temblaba con tristeza. De repente, fue el turno de Sunny de cargar con la pena Baudelaire, pero no por mucho tiempo, porque Klaus tuvo una idea que hizo que la Baudelaire más joven volviera en sí.

—Esperen un minuto —dijo Klaus—. Madame Lulu puede ser un fraude, pero su información podría ser real. Después de todo, ella siempre le dijo al Conde Olaf donde nos encontrábamos, y siempre tuvo razón acerca de eso.

—Eso es verdad —dijo Violet—. Había olvidado eso.

—Después de todo —dijo Klaus, buscando con dificultad en su bolsillo—, primero pensamos que uno de nuestros padres podría estar vivo después de leer esto —y sacó un pedazo de papel que sus hermanas reconocieron como la página trece del expediente Snicket. Había una

fotografía, grapada a la página, en la que aparecían los padres Baudelaire, de pie junto a un hombre que los Baudelaire conocieron brevemente en la Villa de la Fabulosa Desbandada, y junto a otro hombre que los niños no reconocían, y debajo de la fotografía había una frase a maquina que Klaus había leído tantas veces que no necesitaba ponerse sus anteojos para volver a leerla—. “Dadas las pruebas comentadas en la página nueve, los expertos han llegado a la conclusión de que tal vez hubiera algún superviviente en aquel incendio, aunque se ignora su paradero” —recitó—. Tal vez Madame Lulu sabe acerca de esto.

—Pero, ¿Cómo? —preguntó Violet.

—Bueno, veamos —dijo Klaus—. El Conde Olaf dijo que después de la aparición de los relámpagos mágico, Madame Lulu le dijo que cerrara los ojos para que ella pudiera concentrarse.

—¡Allí! —dijo Sunny, apuntando a la mesa con la bola de cristal.

—No, Sunny —dijo Violet—. La bola de cristal no pudo haberle dicho. No es mágica, ¿Recuerdas?

—¡Allí! —insistió Sunny, y caminó hacia la mesa. Violet y Klaus la siguieron caminando torpemente, y vieron hacia lo que ella estaba apuntando. Asomándose por debajo del mantel había una pequeña cosa blanca. Arrodillándose con sus pantalones compartidos, los Baudelaire mayores pudieron ver que era el borde de un trozo de papel.

—Menos mal que estás más cerca del suelo que nosotros, Sunny —dijo Klaus—. Nunca lo habría notado.

—¿Pero qué es? —preguntó Violet, tirando del papel debajo del mantel.

Klaus buscó en su bolsillo una vez más, sacó sus anteojos y se los puso.

—Ahora me siento menos como un fenómeno y más como yo —dijo con una sonrisa, y empezó a leer en voz alta—. “Mi Querida Duquesa, su baile de disfraces suena a que será una velada inolvidable, y casi no puedo esperar...” —su voz se desvaneció, y revisó el resto de la página—. Es solo una nota acerca de una fiesta —dijo.

—¿Y qué estaba haciendo debajo de un mantel? —preguntó Violet.

—Esto no me parece que sea importante —dijo Klaus—, pero me imagino que es lo suficientemente importante para Lulu como para ocultarlo.

—Veamos que otras cosas oculta ahí —dijo Violet, y levantó un extremo del mantel. Los tres Baudelaire se quedaron sin aliento.

Puede parecer extraño leer que había una biblioteca debajo de la mesa de Madame Lulu, pero como los huérfanos Baudelaire sabían, hay casi tantos tipos de bibliotecas como tipos de lectores. Los niños habían encontrado una biblioteca privada en la casa de Justicia Strauss, que echaban mucho de menos, y una biblioteca científica en la casa del Tío Monty, que nunca volverían a ver de nuevo. Habían visto una biblioteca académica en la Academia Preparatoria Prufrock, y una biblioteca en el Aserradero de la suerte que estaba desabastecida, una palabra que aquí significa “vacía con excepción de tres libros”. Hay bibliotecas públicas y bibliotecas médicas, bibliotecas secretas y bibliotecas olvidadas, bibliotecas de registros y bibliotecas de catálogos de subastas, y hay bibliotecas de archivos, que es una manera elegante de decir una colección de archivos y documentos en lugar de libros.

Las bibliotecas de archivos por lo general se encuentran en las universidades, museos, u otros lugares tranquilos —como debajo de un escritorio— donde las personas pueden ir y examinar cualquier documento que gusten, con el fin de encontrar la información que necesitan. Los huérfanos Baudelaire miraron las enormes pilas de papeles atestadas debajo de la mesa, y se dieron cuenta de que Madame Lulu tenía una biblioteca de archivos que podría contener la información que estaban buscando.

—Miren todo esto —dijo Violet—. Hay artículos de periódicos, revistas, cartas, expedientes, fotografías... de todo tipo de documentos. Madame Lulu le dice a la gente que cierre los ojos y entonces buscando a través de todo este material encuentra las respuestas.

—Y no pueden escucharla ojeando papeles —dijo Klaus—, debido a los zumbidos de su dispositivo de relámpagos.

—Es como hacer un examen —dijo Violet—, con todas las respuestas escondidas en tu pupitre.

—¡Trampa! —dijo Sunny.

—Eso *es* hacer trampa —dijo Klaus—, pero tal vez sus trampas puedan ayudarnos. Miren, aquí hay un artículo de *El Diario Punctilio*.

—LA VILLA DE LA FABULOSA DESBANDADA PARTICIPA EN NUEVO PROGRAMA TUTELAR —dijo Violet, mirando sobre el hombro de Klaus el titular.

—*El Consejo de Ancianos anunció ayer que se encargarán de cuidar a los problemáticos huérfanos Baudelaire* —leyó Klaus—, *como parte del nuevo programa del gobierno de la capital inspirado en el aforismo “Para criar a un niño hace falta todo un pueblo”*.

—¡Así es como el Conde Olaf nos encontró! —dijo Violet—. ¡Madame Lulu fingió que la bola de cristal le dijo dónde estábamos, pero lo acaba de leer en el periódico!

Klaus se volteó y vio, a través de una pila de papeles, su propio nombre en una lista.

—Miren —dijo—. Es una lista de nuevos estudiantes de la Academia Preparatoria Prufrock. De alguna manera Madame Lulu la consiguió y le pasó la información a Olaf.

—¡Nosotros! —dijo Sunny, mostrándoles una fotografía a sus hermanos. Violet y Klaus la observaron y se dieron cuenta de que su hermana estaba en lo correcto. La

Baudelaire más joven había encontrado una pequeña fotografía borrosa de los tres Baudelaires sentados en el borde del Muelle Damocles, a donde habían ido para ir a vivir con Tía Josephine. En el fondo se podía ver al Sr. Poe alzando la mano para detener un taxi, mientras Violet miraba con tristeza una bolsa de papel.

—Esas son las pastillas de menta que el Sr. Poe nos dio —dijo Violet tranquilamente—. Casi había olvidado aquello.

—¿Pero quién la tomó? —preguntó Klaus—. ¿Quién nos estaba observando ese día?

—Atrás —dijo Sunny, y volteó la fotografía. En la parte de atrás, alguien había escrito algo con una escritura tan enmarañada que los niños difícilmente podían leerlo.

—Creo que dice “Esto podría ser esperanzador” —dijo Klaus.

—O “útil” —dijo Violet— “Esto podría ser útil”. Y está firmado con una inicial... Creo que se trata de una R, o tal vez una K. Pero, ¿Quién querría tener una fotografía de nosotros?

—¡La idea de que alguien nos haya fotografiado en secreto me da escalofríos! —dijo Klaus—. Eso podría

significar que posiblemente alguien nos podría estar fotografiando en cualquier momento.

Los Baudelaire miraron rápidamente a su alrededor, pero no vieron a ningún fotógrafo acechando en la carpa.

—Deberíamos calmarnos —dijo Violet—. ¿Recuerdan cuando vimos una película de terror cuando nuestros padres salieron por la noche, y que estuvimos nerviosos el resto de la noche? Cada vez que escuchábamos un ruido pensábamos que los vampiros irrumpirían en la casa para llevarnos.

—Quizás alguien *estaba* tratando de irrumpir en la casa para llevarnos —dijo Klaus, y señaló a la fotografía—. A veces las cosas pueden pasar delante de tus narices, y ni siquiera te das cuenta.

—Heebie-jeebies —dijo Sunny, y quería decir algo así como “Vámonos de aquí. Realmente me están dando escalofríos”.

—A mi también —dijo Violet—, pero vamos a tener que llevarnos todos estos documentos con nosotros. Quizás podamos encontrar algún lugar para mirarlos con calma y encontrar la información que deseamos.

—No podemos llevarnos todos estos documentos con nosotros —dijo Klaus—. Hay pilas y pilas. Sería como si



tomaras prestados todos los libros de una biblioteca sólo para encontrar el que te gustaría leer.

—Podríamos llevarnos lo que nos quepa en los bolsillos —dijo Violet.

—Mis bolsillos ya están llenos —dijo Klaus—. Tengo la página trece del expediente Snicket, y todos los fragmentos de los libros de notas de los Quagmire. No puedo deshacerme de ellos, por lo que no tengo espacio para nada más. Es como si todos los secretos del mundo se encontraran aquí sobre estos papeles, pero, ¿Qué secreto nos llevamos con nosotros?

—Quizás podríamos darles un rápido vistazo aquí —dijo Violet—, y tomar cualquier cosa que lleve nuestros nombres.

—Ese no es el mejor método de investigación —dijo Klaus—, pero supongo que tendremos que hacerlo. Ayúdame a levantar el mantel para que podamos ver mejor las cosas.

Violet y Klaus comenzaron a levantar juntos el mantel, pero era bastante difícil hacerlo en su disfraz. Al igual que comer una mazorca de maíz, levantar un mantel mientras compartían la misma camisa era más complicado de lo que

esperaban, y el mantel se movió de un lado a otro mientras los Baudelaire luchaban con él. Como seguramente sabes, si mueves un mantel de un lado a otro, las cosas que se encuentran sobre el mantel se moverán también, y la bola de cristal de Madame Lulu comenzó a moverse hacia el borde de la mesa.

—Percance —dijo Sunny.

—Sunny tiene razón —dijo Violet—. Debemos tener cuidado.

—Claro —dijo Klaus—. No queremos que... —Klaus no pudo terminar su frase acerca de lo que él y sus hermanas no querían, porque un sordo *thunk* junto a un ruidoso y estrepitoso *¡crash!* terminaron la frase por él. Una de las cosas más problemáticas en la vida es que lo que quieres o no quieres tiene muy poco que ver con lo sucede o no sucede. Es posible que quieras convertirte en una especie de autor que trabaja tranquilamente en su casa, por ejemplo, pero puede suceder algo que te lleve a convertirte en una especie de autor que trabaja frenéticamente en las casas de otras personas, a menudo sin que éstas lo sepan. Es posible que quieras casarte con alguien a quien amas mucho, pero puede suceder algo que haga que los dos jamás se vuelvan a

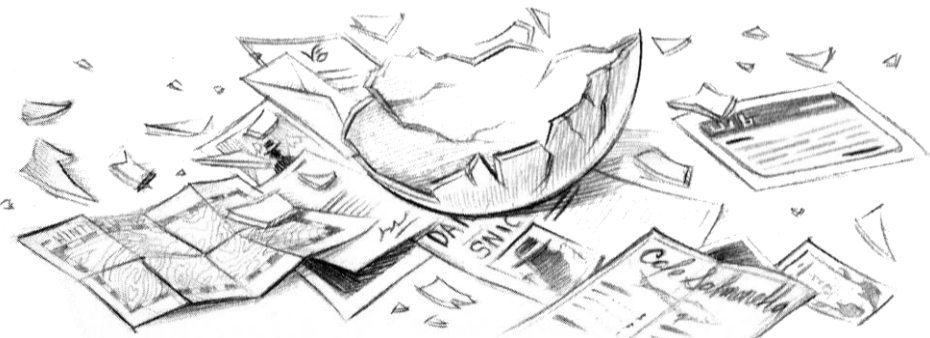
ver. Es posible que quieras averiguar algo importante acerca de tus padres, pero puede suceder algo que impida que lo consigas durante mucho tiempo. Y es posible que quieras, en algún momento en particular, que una bola de cristal no se caiga de una mesa y se rompa en mil pedazos, e incluso si esto sucediera y la bola de cristal se destrozara, quizás quieras que no haga un sonido que atraiga la atención de los demás. Pero la triste verdad es que la verdad es triste, y que lo que tú quieras no importa. Una serie de catastróficas desdichas pueden sucederle a cualquiera, sin importar lo que ellos quieran, y aunque los tres niños no querían que el telón de la carpa de adivinación se abriera, y no querían que Madame Lulu entrara, mientras la tarde se tornaba en la noche en el Carnaval Caligari, todo lo que les sucedió a los huérfanos Baudelaire fue algo que no querían en absoluto.

## CAPÍTULO

# Siete

—¿Qué hacer ustedes aquí, por favor? —gruñó Madame Lulu, dando enormes zancadas con gran velocidad hacia ellos, sus ojos brillaban furiosos al igual que el ojo que llevaba alrededor de su cuello—. ¿Qué hacer fenómenos en carpa?, por favor, ¿Y que hacer fenómenos debajo de mesa?, por favor, ¡Y por favor contestarme en éste instante, por favor, o ustedes sentirlo mucho, mucho, por favor, gracias!

Los huérfanos Baudelaire miraron a la falsa adivina, y algo extraño sucedió. En lugar de temblar de miedo, o gritar horrorizados, o de abrazarse los unos a los otros mientras Lulu les gritaba histéricamente, los tres niños se mantuvieron firmes, una frase que aquí significa “no experimentaron



miedo alguno”. Ahora que sabían que Madame Lulu utilizaba una máquina en su techo y una biblioteca de archivos debajo de su mesa para que su disfraz de personaje mágico y misterioso fuera creíble, era como si todo lo aterrador sobre ella se hubiese desvanecido y sólo fuera una mujer con un extraño acento y un mal genio que tenía información crucial que los Baudelaire necesitaban. Mientras Madame Lulu les seguía gritando, Violet, Klaus y Sunny la miraron sin ningún aterrador pensamiento en sus cabezas. Madame Lulu gritó y gritó, pero los niños se sentían tan enojados con Lulu como Lulu de ellos.

—¡Cómo atreverse ustedes, por favor, entrar a carpa sin permiso de Madame Lulu! —gritó Madame Lulu—. ¡Yo ser jefa de Carnaval Caligari, por favor, y deber obedecerme cada momento de su monstruosa vida! ¡Por favor, nunca he visto, por favor, fenómenos ser tan ingratos con Madame Lulu! ¡Ustedes estar en el peor de los problemas, por favor! —en este punto, Lulu ya había llegado a la mesa, y vio los pedazos de vidrios rotos que brillaban por todo el piso—. ¡Ustedes haber roto bola de cristal! —rugió, apuntándole con una de sus sucias uñas a los Baudelaire—. ¡Ustedes deberían

avergonzarse de sus monstruosas acciones! ¡Bola de cristal ser cosa de gran valor, por favor, y tener poderes mágicos!

—¡Fraude! —gritó Sunny.

—¡La bola de cristal no era mágica! —tradujo Violet furiosa—. ¡Sólo era vidrio! ¡Y usted no es una verdadera adivina! Analizamos su dispositivo de relámpagos, y encontramos su biblioteca de archivos.

—Todo esto es un gran engaño —dijo Klaus, gesticulando alrededor de la tienda—. Usted *es* la que debería avergonzarse de sí misma.

—Por... —dijo Madame Lulu, pero cerró su boca antes de que pudiera terminar la palabra. Miró hacia abajo a los Baudelaire, y sus ojos se abrieron mucho. Luego se sentó en una silla, inclinó su cabeza junto a los pedazos de la bola de cristal, y comenzó a llorar—. Me avergüenzo de mí misma —dijo, en un tono de voz sin acento alguno, y se quitó su turbante. Con un giro de su muñeca, desenredo el turbante, y su larga cabellera rubia cayó alrededor de su llorosa cara—. Estoy profundamente avergonzada —dijo entre lágrimas, y sus hombros temblaron en sollozos.

Los Baudelaire se miraron entre sí y luego a la temblorosa mujer sentada cerca de ellos. Es difícil para las

personas decentes el permanecer enojadas con alguien que ha estallado en lágrimas, por lo que a menudo es una buena idea estallar en lágrimas si una persona decente te está gritando. Los tres niños vieron como Madame Lulu lloraba y lloraba, pausando sólo para secar sus ojos con sus mangas, por lo que no pudieron evitar también sentirse un poco tristes, incluso aunque aun seguían enfadados.

—Madame Lulu —dijo Violet con firmeza, aunque no con la firmeza que le hubiera gustado—. ¿Por qué usted...?

—¡Oh! —gritó Madame Lulu al escuchar su nombre—. ¡No me llames así! —se llevó las manos hasta su cuello y jaló del collar que estaba unido al ojo de cristal, el cual se rompió con un *¡snap!*, y lo dejó caer sobre el suelo, donde estaban los pedazos de cristales rotos, mientras seguía llorando—. Mi nombre es Olivia —dijo finalmente, con un estremecido suspiro—. No soy Madame Lulu y no soy una adivina.

—Pero, ¿por qué pretendía serlo? —preguntó Klaus—. ¿Por qué estaba disfrazada? ¿Por qué estaba ayudando al Conde Olaf?

—Yo intento ayudar a todos —contestó Olivia tristemente—. Mi lema es “dale a la gente lo que quiere”. Es

por eso que estoy aquí en el carnaval. Yo pretendo ser una adivina, y le digo a la gente lo que quiere escuchar. Si el Conde Olaf o uno de sus secuaces entra y me pregunta donde están los Baudelaire, se lo digo. Si Jacques Snicket u otro voluntario entra y me pregunta si su hermano sigue con vida, se lo digo.

Los Baudelaire sintieron que muchas preguntas tropezaban en su interior, por lo que difícilmente podían decidir cuál preguntar.

—Pero, ¿Cómo encontró las respuestas? —preguntó Violet, apuntando a las pilas de papeles debajo de la mesa—. ¿De dónde proviene toda esa información?

—En su mayoría, de las bibliotecas —dijo Olivia, limpiándose los ojos—. Si quieres que las personas piensen que eres una adivina, tienes que responder a sus preguntas, y las respuestas a casi todas las preguntas se encuentran escritas en algún lugar. Puede tomar un tiempo encontrarlas. Me tomó mucho tiempo reunir mi biblioteca de archivos, y aún no tengo todas las respuestas que he estado buscando. Por lo que a veces, cuando alguien me hace una pregunta y no sé la respuesta, invento algo.



—Cuando usted le dijo al Conde Olaf que uno de nuestros padres seguía con vida —preguntó Klaus—. ¿Lo estaba inventado o sabía la respuesta?

Olivia frunció el ceño.

—El Conde Olaf no me preguntó nada acerca de los padres de ningún fenómeno de car... esperen un minuto. Sus voces suenan diferente. Beverly, tienes una cinta en tu cabello, y tu otra cabeza lleva anteojos. ¿Qué está sucediendo?

Los tres niños se miraron entre sí, sorprendidos. Habían estado tan interesados en lo que Olivia estaba diciendo que se habían olvidado totalmente de sus disfraces, pero ahora los disfraces no parecían necesarios. Los hermanos necesitaban que sus preguntas fueran respondidas honestamente, y les pareció que era más probable que Olivia les respondiera honestamente si ellos eran honestos también. Sin hablar, los Baudelaire se quitaron sus disfraces. Violet y Klaus desabrocharon la camisa que compartían, estirando los brazos que habían mantenido ocultos, y luego salieron de sus pantalones con pelaje en el dobladillo, mientras Sunny se quitaba la barba con la que estaba cubierta. En un momento los Baudelaire estuvieron de pie en la carpa con sus ropas

habituales —con excepción de Violet, quien aún llevaba la bata de hospital de su estancia en la Sala de Cirugía— con sus disfraces sobre el suelo en una pila. Los Baudelaire mayores incluso sacudieron sus cabezas vigorosamente, una palabra que aquí significa “con el fin de quitarse el talco de su cabello”, y frotaron sus caras para desvanecer sus disfrazadas cicatrices.

—En realidad no soy Beverly —dijo Violet—, y este es mí hermano, no mi otra cabeza. Y esta no es Chabo la Bebé Lobo. Ella es...

—Yo sé quien es ella —dijo Olivia, mirándolos a todos asombrada—. Yo sé quienes son todos ustedes. ¡Ustedes son los Baudelaire!

—Sí —dijo Klaus, y los tres hermanos sonrieron. Parecía como si hubieran pasado cien años desde que alguien había llamado a los Baudelaire por sus verdaderos nombres, y cuando Olivia los reconoció, era como si finalmente pudieran ser nuevamente ellos mismos, en lugar de fenómenos de carnaval o cualquier otra persona—. Sí —dijo Klaus nuevamente—. Somos los Baudelaire... tres de ellos, por lo menos. No estamos seguros, pero creemos que

podemos ser cuatro. Creemos que uno de nuestros padres puede seguir con vida.

—¿No están seguros? —preguntó Olivia—. ¿No está la respuesta en el expediente Snicket?

—Sólo tenemos la última página del expediente Snicket —dijo Klaus, y sacó la página trece de su bolsillo de nuevo—. Queremos encontrar el resto antes que Olaf. Pero la última página dice que es posible que exista un sobreviviente del incendio ¿Sabe si eso es cierto?

—No tengo idea —admitió Olivia—. He estado buscando el expediente Snicket por mi cuenta. Cada vez que veo un trozo de papel volar por el viento lo sigo para ver si se trata de una de las páginas.

—Pero usted le dijo al Conde Olaf que uno de nuestros padres seguía con vida —dijo Violet—, y que estaba escondido en las Montañas Mortmain.

—Sólo lo estaba suponiendo —dijo Olivia—. Si uno de sus padres sobrevivió, probablemente se encuentra allí. En algún lugar de las Montañas Mortmain se encuentra una de las últimas sedes sobrevivientes de V.F.D. Pero ustedes ya saben eso, por supuesto.

—No lo sabíamos —dijo Klaus—. Ni siquiera sabemos lo que significa V.F.D.

—Entonces ¿Cómo aprendieron a disfrazarse? —preguntó Olivia perpleja—. Han seguido las tres fases del Entrenamiento del Disfraz de V.F.D.—velados faciales disfraces, con sus falsas cicatrices, varios finos disfraces, con la ropa que llevaban, y voces falsificadas disfraces, con las diferentes voces que utilizaron. Ahora que lo pienso, incluso están utilizando disfraces que se parecen a cosas en mi kit de disfraces.

Olivia se levantó y caminó hacia el maletero que se encontraba en una de las esquinas. Sacó una llave de su bolsillo, lo abrió, y comenzó a ver su contenido. Los hermanos la vieron sacar una gran variedad de cosas del maletero, las cuales reconocieron al instante. En primer lugar sacó una peluca que se parecía a la que el Conde Olaf había utilizado cuando estaba fingiendo ser una mujer llamada Shirley, y luego una falsa pata de palo como la que había utilizado como parte de su disfraz de capitán de barcos de vela. Luego ella sacó un par de cazos de metal que el secuaz calvo de Olaf había utilizado cuando los niños vivían en Paltryville y un casco de motorista que parecía idéntico al

que había utilizado Esmé Miseria al hacerse pasar como agente de policía. Por último, Olivia sacó una camisa con elegantes holanes y lazos, exactamente igual a la que estaba a los pies de los Baudelaire.

—Ven —dijo—. Esta es la misma camisa que los dos llevaban.

—Pero nosotros la sacamos del maletero del Conde Olaf —dijo Violet.

—Eso tiene sentido —respondió Olivia—. Todos los voluntarios tienen el mismo kit de disfraces. Hay personas que usan estos disfraces en todo el mundo, tratando de llevar al Conde Olaf ante la justicia.

—¿Qué? —preguntó Sunny.

—También estoy confundido —dijo Klaus—. Todos estamos confundidos, Olivia. ¿Qué es V.F.D.? A veces parece que son buenas personas, y otras veces parece que son malas personas.

—No es tan sencillo como parece —dijo Olivia tristemente. Tomó una máscara de cirugía del maletero y la sostuvo entre sus manos—. Los artículos en el kit de disfraces son sólo cosas, Baudelaires. Pueden utilizar estas cosas para ayudar a las personas o a para hacerles daño, y

muchas personas los usan para hacer ambas cosas. A veces es difícil saber qué disfraz utilizar, o qué hacer una vez disfrazados.

—No entiendo —dijo Violet.

—Algunas personas son como los leones que trajo Olaf —dijo Olivia—. Ellos empiezan siendo buenas personas, pero antes de que se den cuenta se han convertido en algo más. Esos leones eran nobles criaturas. Ellos fueron entrenados por un amigo mío para olfatear humo, lo que fue muy útil para nuestra labor. Pero ahora el Conde Olaf los está privando de alimento, y los golpea con su látigo, y mañana por la tarde probablemente devoren a uno de los fenómenos. El mundo es un lugar harum-scarum.

—¿Harum? —preguntó Sunny.

—Es complicado y confuso —explicó Olivia—. Dicen que hace mucho el mundo era sencillo y tranquilo, pero podría ser sólo una leyenda. Hubo un cisma en V.F.D. —una gran pelea entre muchos de los miembros— y desde entonces ha sido difícil para mí saber qué hacer. Nunca pensé que yo fuera del tipo de personas que ayudaría a los villanos, pero ahora lo hago. ¿Nunca se han encontrado haciendo algo que nunca pensaron que tendrían que hacer?

—Supongo —dijo Klaus, y se volvió a sus hermanas—. ¿Recuerdan cuando robamos las llaves de Hal, en el archivo del hospital? Yo nunca pensé que sería un ladrón.

—Flynn —dijo Sunny, lo que significa algo así como “Y yo nunca pensé que me volvería una persona violenta, pero participé en una pelea de espadas con la Dra. Orwell”.

—Todos hemos hecho cosas que nunca pensamos que tendríamos que hacer —dijo Violet—, pero siempre tuvimos una buena razón.

—Todos creen que tienen una buena razón —dijo Olivia—. El Conde Olaf piensa que adquirir una fortuna es una buena razón para asesinar. Esmé Miseria piensa que ser la novia de Olaf es una buena razón para unirse a su grupo. Y cuando le dije al Conde Olaf donde encontrarlos, tuve una buena razón, porque mi lema es “dale a la gente lo que quiere”.

—Dudoso —dijo Sunny.

—Sunny no está muy segura de que esa sea una muy buena razón —tradujo Violet—, y debo decir que estoy de acuerdo con ella. Usted ha causado mucha pena, Olivia, a mucha gente, sólo por darle al Conde Olaf lo que quería.

Olivia asintió y las lágrimas en sus ojos aparecieron de nuevo.

—Lo sé —dijo rotundamente—. Estoy avergonzada. Pero no sé qué más puedo hacer.

—Podría dejar de ayudar a Olaf —dijo Klaus—, y ayudarnos a nosotros en su lugar. Usted podría decirnos todo lo que sabe acerca de V.F.D. Y podría llevarnos a las Montañas Mortmain para ver si uno de nuestros padres realmente está vivo.

—No lo sé —dijo Olivia—. Me he portado tan mal durante tanto tiempo, pero tal vez podría cambiar —se puso de pie y observo tristemente alrededor de la oscurecida carpa—. Yo solía ser una persona noble —dijo ella—. ¿Creen que podría volver a ser noble otra vez?

—No lo sé —dijo Klaus—, pero descubrámoslo. Podríamos irnos todos en este momento, y dirigirnos hacia el norte.

—Pero, ¿Cómo? —Olivia preguntó—. No tenemos un automóvil, o una furgoneta, o cuatro caballos, o una resortera gigante, o cualquier otra forma de salir del hinterlands.

Violet reató su pelo con la cinta, y miró hacia el techo pensativamente.



—Olivia —dijo por último—. ¿Los carros de la montaña rusa aún funcionan?

—¿Los carros? —repitió Olivia—. Algo parecido. Las ruedas aún se mueven, pero hay un pequeño motor en cada carro, y creo que ya están oxidados.

—Creo que podría reconstruir un motor usando su dispositivo de relámpagos —dijo Violet—. Después de todo, ese pedazo de caucho es un poco parecido a...

—¡Una correa de ventilador! —terminó Olivia—. Esa es una buena idea, Violet.

—Nos escabulliremos hacia la montaña rusa esta noche —dijo Violet—, y nos pondremos a trabajar. Nos iremos en la mañana, antes de que alguien despierte.

—Mejor no lo hagan esta noche —dijo Olivia—. El Conde Olaf o sus secuaces siempre están acechando en la noche. Sería mejor irnos por la tarde, cuando todo el mundo se encuentre en la Casa de los Fenómenos. Puedes construir tu invención mañana por la mañana, cuando Olaf le haya hecho su pregunta a la bola de cristal.

—Entonces, ¿Qué hará usted? —preguntó Klaus.

—Tengo una bola de cristal de repuesto —contestó Olivia—. Esta no es la primera que se rompe.

—Eso no es lo que quería decir —dijo Klaus—. Quiero decir, ¿No le dirá al Conde Olaf que estamos aquí en el carnaval, verdad?

Olivia se detuvo por un momento, y sacudió la cabeza.

—No —dijo, pero no parecía muy segura.

—¿Promesa? —preguntó Sunny.

Olivia miró hacia abajo a la Baudelaire más joven por un largo tiempo sin contestar.

—Sí —dijo finalmente, en un tono de voz muy bajo—. Lo prometo, si ustedes me prometen que me llevarán con ustedes para encontrar V.F.D.

—Lo prometemos —dijo Violet, y sus hermanos asintieron con la cabeza—. Ahora, comencemos por el principio. ¿Qué significa V.F.D.?

—¡Madame Lulu! —la llamó una rasposa voz desde fuera de la carpa. Los Baudelaire se miraron entre sí, con consternación, mientras el Conde Olaf gritaba el falso nombre de la mujer que estaba al lado de ellos—. ¡Madame Lulu! ¿En dónde estás?

—Estoy en carpa de adivinación, mi Olaf —respondió Olivia, deslizándose en su falso acento con la misma facilidad que con la que los Baudelaire pudieron deslizarse

en su camisa con holanes—. Pero no entrar, por favor. Estoy haciendo ritual secreto con bola de cristal de mí.

—Bueno, ¡Date prisa! —dijo Olaf enojado—. La fosa está lista, y estoy muy sediento. Ven y sírvenos a todos un poco de vino.

—Sólo un minuto, mi Olaf —dijo Olivia, inclinándose para recoger su turbante—. ¿Por qué no tomar una ducha, por favor? Tu deber estar sudoroso de cavar fosa, y cuando tu terminar todos tomaremos vino juntos.

—No seas ridícula —respondió el Conde Olaf—. Tomé una ducha hace diez días. Me pondré un poco de colonia extra y nos veremos en tu caravana.

—Sí, mi Olaf —contestó Olivia, y entonces se volvió hacia los niños y les susurró mientras se ponía el turbante alrededor de su cabello—. Será mejor interrumpir nuestra conversación por el momento —dijo—. Los demás los estarán buscando. Cuando nos vayamos mañana de aquí, les diré todo lo que quieran saber.

—¿No podría decirnos sólo algunas cosa en este momento? —preguntó Klaus. Los Baudelaire nunca habían estado tan cerca de las respuestas que buscaban, y posponer aún más las cosas era mucho más de lo que podían soportar.

—No, no —decidió Olivia—. Es mejor que los ayude a volver a sus disfraces o los atraparán.

Los tres niños se miraron mutuamente a regañadientes.

—Supongo que tiene razón —dijo finalmente Violet—. Los demás han de estar buscándonos.

—Proffco —dijo Sunny, lo que significaba algo así como “Supongo lo mismo”, y comenzó a envolverse en la barba. Violet y Klaus se metieron en los pantalones con pelaje en el dobladillo y se abotonaron la camisa, mientras Olivia se ataba el collar de modo que pudiera convertirse una vez más en Madame Lulu.

—Nuestras cicatrices —recordó Klaus, mirando a su hermana a la cara—. Nos las quitamos.

—Y nuestro cabello necesita más talco —dijo Violet.

—Yo tener lápices de maquillaje, por favor —dijo Olivia, buscando en su maletero—, y también tener talco.

—No hay necesidad de que utilice su acento en este momento —dijo Violet, desatando la cinta de su cabello.

—Es bueno para practicar, por favor —respondió Olivia—. Tengo que pensar en mí misma como Madame Lulu, de lo contrario, por favor, podría olvidar el disfraz.

—Pero si recuerda nuestra promesa, ¿Verdad? — preguntó Klaus.

—¿Promesa? —repitió Madame Lulu.

—Usted nos prometió que no le diría al Conde Olaf que estamos aquí —dijo Violet—, y nosotros prometimos llevarla con nosotros a las Montañas Mortmain.

—Por supuesto, Beverly —respondió Madame Lulu—. Yo mantener promesa a fenómenos.

—Yo no soy Beverly —dijo Violet—, y no soy un fenómeno.

Madame Lulu sonrió, y apoyó el lápiz en la cara de la mayor de los Baudelaire para dibujarle una cicatriz.

—Pero ser momento de disfraces, por favor —dijo—. No olviden sus voces disfrazadas, o serán reconocidos.

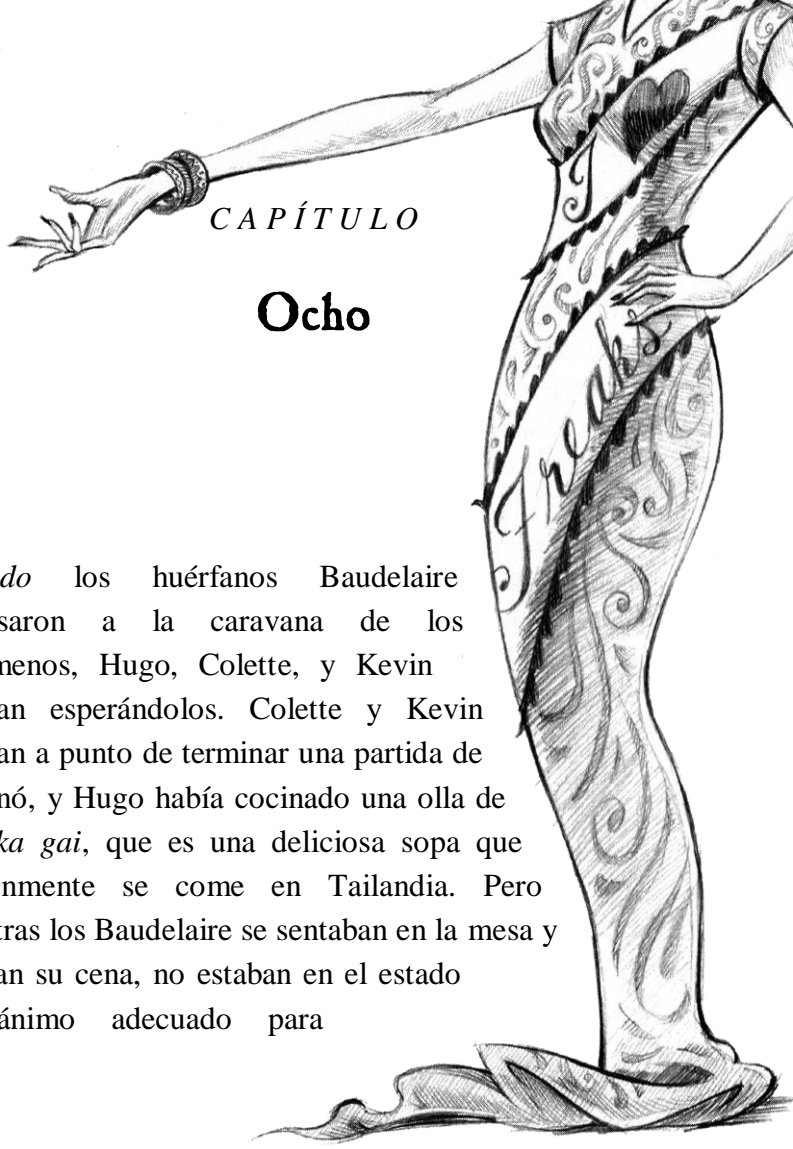
—No olvidaremos nuestros disfraces —dijo Klaus, poniendo sus gafas de vuelta en su bolsillo—, y usted no olvidará su promesa, ¿Verdad?

—Por supuesto, por favor —dijo Madame Lulu, llevando a los niños fuera de la carpa de adivinación—. No deber preocuparse, por favor.

Los hermanos salieron de la carpa con Madame Lulu, y fueron bañados por la luz azul de la famosa puesta de sol del hinterlands.

La luz hizo que cada uno de ellos se viera un poco diferente, como si llevaran algún otro disfraz azul sobre sus disfraces de carnaval. El talco en la cabeza de Violet la hizo verse con un pálido y extraño color, las falsas cicatrices de Klaus parecían ser más oscuras y más siniestras, y Sunny parecía una pequeña nube azul, con pequeños destellos de luz cuando sus dientes reflejaban los últimos rayos de sol. Y Madame Lulu se veía más como una adivina cuando la puesta de sol resplandeció sobre la joya de su turbante, y cubrió su disfraz en una misteriosa luz que parecía casi mágica.

—Buenas noches mis fenómenos —dijo, y los Baudelaire miraron a esa misteriosa mujer y se preguntaron si en realidad había cambiado su lema y si volvería a ser una persona noble una vez más—. Yo mantener promesa —dijo Madame Lulu, pero los huérfanos Baudelaire no sabían si estaba diciendo la verdad, o si simplemente estaba diciéndoles lo que querían escuchar.



## CAPÍTULO

# Ocho

*Cuando* los huérfanos Baudelaire regresaron a la caravana de los fenómenos, Hugo, Colette, y Kevin estaban esperándolos. Colette y Kevin estaban a punto de terminar una partida de dominó, y Hugo había cocinado una olla de *tom ka gai*, que es una deliciosa sopa que comúnmente se come en Tailandia. Pero mientras los Baudelaire se sentaban en la mesa y comían su cena, no estaban en el estado de ánimo adecuado para

digerir la mezcla de pollo, verduras, setas, jengibre fresco, leche de coco y castañas de agua que el jorobado había preparado. Estaban más interesados en digerir información, una frase que aquí significa “pensando en todo lo que Madame Lulu les había dicho”. Violet tomó una cucharada de sopa caliente, pero estaba pensando tan intensamente sobre la librería de archivos de Lulu que apenas notó el inusual sabor dulce. Klaus masticó una castaña de agua, pero se encontraba tan absorto en sus pensamientos acerca de la sede en las Montañas Mortmain que no apreció su encantadora textura crujiente. Y Sunny inclinó su plato para tomar un gran sorbo, pero sentía tanta curiosidad sobre el kit de disfraces que no fue consciente de que su barba se estaba empapando de sopa. Cada uno de los tres niños terminó su sopa hasta la última gota, pero estaban tan ansiosos de escuchar más de Lulu sobre los misterios de V.F.D. que se sentían más hambrientos que cuando se sentaron.

—Todos están muy callados esta noche —dijo Colette, contorsionando su cabeza por debajo de su axila para mirar alrededor de la mesa—. Hugo y Kevin, no han hablado mucho, y no he escuchado ningún gruñido de Chabo, ni una sola palabra de tus dos cabezas.



—Supongo que no tenemos muchas ganas de hablar —dijo Violet, recordando hablar con el tono de voz más grave que pudo—. Tenemos muchas cosas en que pensar.

—Cierto —dijo Hugo—. No estoy muy entusiasmado con la salvaje idea de ser devorado por un león.

—Yo tampoco —dijo Colette—, pero hoy, ciertamente, los visitantes estaban muy entusiasmados con la nueva atracción del carnaval. Parece que a todo el mundo le encanta la violencia.

—Y ver comer torpemente a los demás —dijo Hugo, frotando suavemente su boca con una servilleta—. Ciertamente es un interesante dilema.

—A mi no me parece que sea un interesante dilema —dijo Klaus, entrecerrando los ojos para ver a sus compañeros de trabajo—. Creo que es terrible dilema. Mañana por la tarde, alguien saltará a su muerte —no agregó que los Baudelaire estaban planeando alejarse del Carnaval Caligari para entonces, y dirigirse hacia las Montañas Mortmain en la invención que Violet tenía previsto construir temprano por la mañana.

—No sé qué es lo que podemos hacer al respecto —dijo Kevin—. Por un lado, preferiría seguir trabajando en la Casa

de los Fenómenos en lugar de ser devorado por los leones. Pero por otro lado —y en mi caso, mis dos manos tienen exactamente la misma fuerza— el lema de Madame Lulu es “dale a la gente lo que quiere”, y evidente lo que quieren es que este carnaval se vuelva carnívoro.

—Yo creo que es un lema terrible —dijo Violet y Sunny gruñó de acuerdo—. Hay mejores cosas que hacer con nuestras vidas que hacer algo humillante y peligroso, sólo para hacer felices a personas desconocidas.

—¿Cómo qué? —preguntó Colette.

Los Baudelaire se miraron entre sí. Tenían miedo de contarle su plan a sus compañeros de trabajo, ya que uno de ellos podría decírselo al Conde Olaf y arruinar su fuga. Pero tampoco podía quedarse con los brazos cruzados a sabiendas de que algo terrible sucedería sólo porque Hugo, Colette, y Kevin se sentían obligados a ser fenómenos y estar a la altura del lema de Madame de Lulu.

—Nunca se sabe cuando podrían encontrar algo nuevo por hacer —dijo finalmente Violet—. Podría suceder en cualquier momento.

—¿En verdad lo crees? —preguntó Hugo con esperanza.

—Sí —dijo Klaus—. Nunca se sabe cuando una oportunidad tocará a tu puerta.

Kevin levantó la vista de su sopa y miró a los Baudelaire con esperanza en sus ojos.

—¿Con que mano tocará?

—Una oportunidad puede tocar a tu puerta con cualquier mano, Kevin —dijo Klaus, y en ese momento alguien tocó a la puerta.

—Abran, fenómenos —la impaciente voz, procedente de fuera de la caravana, hizo a los niños saltar. Como seguramente sabes, cuando Klaus utilizó la expresión “una oportunidad tocará a tu puerta”, quería decirle a sus compañeros de trabajo que podían encontrar algo mejor que hacer con su tiempo, en lugar de meterse en una fosa repleta de leones hambrientos simplemente para darle a la gente lo que quería. Él no había querido decirles que la novia de un notorio villano tocaría a la puerta para ofrecerles una idea de que hacer con su tiempo, que incluso era mucho peor, pero lamentó decirles que Esmé Miseria era la que tocaba a la puerta, golpeando la puerta con sus largas uñas—. Abran de una vez. Quiero hablar con ustedes.

—Sólo un momento, Sra. Miseria —respondió Hugo, y caminó hacia la puerta—. Hay que comportarnos lo mejor que podamos —les dijo a sus compañeros de trabajo—. No es frecuente que una persona normal quiera hablar con nosotros, y creo que debemos aprovechar al máximo esta oportunidad.

—Lo haré —prometió Colette—. No contorsionaré mi cuerpo en ninguna posición extraña.

—Y yo sólo usaré mi mano derecha —dijo Kevin—. O quizás sólo mi mano izquierda.

—Buena idea —dijo Hugo, y abrió la puerta. Esmé Miseria estaba recargada sobre la puerta con una perversa sonrisa en su rostro.

—Yo soy Esmé Gigi Geniveve Miseria —dijo del modo con el que a menudo se presentaba a ella misma, aun cuando todos los que estaban presentes sabían quién era. Entró a la caravana de los fenómenos y los Baudelaire pudieron ver que se había vestido para la ocasión, una frase que aquí significa “llevando determinadas prendas de vestir con el propósito de impresionarlos”. Lleva un largo vestido blanco, tan largo que iba más haya de sus pies y se extendía a su alrededor como si estuviera en medio de un gran charco de

leche. Bordado en la parte frontal del vestido, con hilo brillante, estaban inscritas las palabras YO AMO A LOS FENÓMENOS, solo que en lugar de la palabra “amo” había un gran corazón, que es un símbolo a veces utilizado por las personas que tienen problemas para diferenciar las palabras de las formas. En uno de los hombros del vestido, Esmé llevaba cargando un gran costal marrón, y en la cabeza llevaba un extraño sombrero redondo, con mechones de hilo negro que sobresalían de la parte superior, y que tenía un gran y enojado rostro dibujado en la parte frontal del mismo. Sin duda, los niños sabían que esa debía de ser una ropa muy *in*, porque de lo contrario Esmé no la habría usado, pero no podían imaginarse quien en el mundo podría admirar esa vestimenta tan extraña.

—¡Qué atuendo tan hermoso! —dijo Hugo.

—Muchas gracias —dijo Esmé. Tocó a Colette con una de sus largas uñas y la contorsionista se levantó para que Esmé pudieran sentarse en la silla—. Como pueden ver en la parte frontal de mi vestido, yo amo a los fenómenos.

—¿En realidad? —dijo Kevin—. Es muy amable de su parte.

—Sí, lo es —dijo Esmé de acuerdo—. Mandé hacer esta ropa especialmente para mostrarles cuánto los amo. Miren, tiene un colchón en el hombro para parecer una joroba, y mi sombrero me hace ver como si tuviera dos cabezas, como Beverly y Elliot.

—Sin duda usted se ve muy monstruosa —dijo Colette.

Esmé frunció el ceño, como si eso no hubiera sido lo que quería escuchar.

—Por supuesto, no soy realmente un fenómeno —dijo—. Soy una persona normal, pero quería mostrarles a todos ustedes cuánto los admiro. Ahora, por favor tráiganme una caja de suero de mantequilla. Es muy *in*.

—No tenemos —dijo Hugo—, pero creo que tenemos algo de jugo de arándano, o puedo hacerle chocolate caliente. Chabo me enseñó que si se le agrega canela al chocolate caliente, éste obtiene un sabor muy delicioso.

—¡Tom ka gai! —dijo Sunny.

—Y también tenemos sopa —dijo Hugo.

Esmé miró hacia abajo a Sunny y frunció el ceño.

—No, gracias —dijo—, aunque es muy amable de su parte ofrecérmelo. De hecho, usted fenómenos son tan

amables que los considero algo más que empleados de un carnaval a los que estoy visitando por casualidad. Los considero como algunos de mis amigos más cercanos.

Los niños sabían, por supuesto, que esa ridícula declaración era tan falsa como la segunda cabeza de Esmé, pero sus compañeros estaban encantados. Hugo le dio a Esmé una gran sonrisa, y se puso de pie tan derecho que apenas se podía ver su joroba. Kevin se sonrojó y bajo la mirada hacia sus manos. Y Colette estaba tan excitada que no pudo evitar contorsionarse, torciendo su cuerpo hasta que pareció una letra K y una letra S al mismo tiempo.

—Oh, Esmé —dijo Colette—. ¿Lo dice enserio?

—Por supuesto —dijo Esmé, apuntando hacia las palabras en la parte delantera de su vestido—. Prefiero estar aquí con ustedes que con las mejores personas en el mundo.

—¡Cielos! —dijo Kevin—. Jamás ninguna persona normal me había llamado amigo.

—Bueno, eso es lo que eres —dijo Esmé, y se inclinó hacia Kevin para darle un beso en la nariz—. Todos ustedes son mis monstruosos amigos. Y me pone muy triste pensar que uno de ustedes será devorado mañana por los leones —los Baudelaire vieron como sacaba un pañuelo blanco de uno

de sus bolsillos, bordado con la misma frase del vestido, y se limpiaba las lágrimas con la palabra “fenómenos”—. Realmente tengo lágrimas en mis ojos de pensar en ello —explicó.

—Calma, calma, amiga cercana —dijo Kevin, dándole palmaditas a una de las manos de ella—. No esté triste.

—No lo puedo evitar —dijo Esmé, retirando su mano como si tuviera miedo de que ser ambidiestro fuera contagioso—. Pero vengo a ofrecerles una gran oportunidad que hará que todos seamos muy, muy felices.

—¿Una oportunidad? —preguntó Hugo—. ¡Que casualidad!, Beverly y Elliot estaban diciéndonos que una oportunidad podía aparecer en cualquier momento.

—Y estaban en lo correcto —dijo Esmé—. Esta noche vengo a ofrecerles la oportunidad de dejar sus empleos en la Casa de los Fenómenos, y unirse al Conde Olaf y a mí en su grupo.

—¿Qué haríamos exactamente? —preguntó Hugo.

Esmé sonrió, y empezó a acentuar los aspectos positivos de trabajar con el Conde Olaf, una frase que aquí significa “hacer que la oportunidad sonara mejor de lo que



realmente era, enfatizando las partes buenas y apenas mencionando las malas”.

—Es un grupo teatral —dijo ella—, por lo que llevarían disfraces y harían ejercicios dramáticos, y ocasionalmente cometerían crímenes.

—¡Ejercicios dramáticos! —exclamó Kevin, poniendo las manos sobre su corazón—. ¡Siempre he deseado con todo mi corazón actuar en un escenario!

—¡Y yo siempre he querido llevar un disfraz! —dijo Hugo.

—Pero tu siempre actúas en un escenario —dijo Violet—, y tu siempre vistes ropa que no te quedan muy bien todos los días en la Casa de los Fenómenos.

—Si se unen, viajarán con nosotros por fantásticos lugares —continuó Esmé, mirando a Violet—. Los Miembros del grupo del Conde Olaf han visto los árboles del Bosque Finito, y las orillas del Lago Lacrimógeno, y los cuervos de la Villa de la Fabulosa Desbandada, aunque siempre deben sentarse en el asiento trasero. Y lo mejor de todo, es que trabajarán para el Conde Olaf, uno de los hombres más atractivos y brillantes que ha caminado sobre la faz de la tierra.

—¿En realidad cree que un hombre normal como él querría trabajar con fenómenos como nosotros? —preguntó Colette.

—Por supuesto que sí —dijo Esmé—. Al Conde Olaf no le importa si hay algo mal en tí o si no eres normal, siempre que estés dispuesto a obedecer sus órdenes. Si trabajan con el grupo de Olaf nadie pensará que son monstruosos en absoluto. Y ganarán una fortuna... o al menos el Conde Olaf lo hará.

—¡Wow! —dijo Hugo—. ¡Qué oportunidad!

—Tenía una corazonada de que se entusiasmarían con la idea —dijo Esmé—. Ahora, si están interesados en unirse, solo hay una cosa que necesitan hacer.

—¿Una entrevista de trabajo? —preguntó Colette nerviosamente.

—No hay razón alguna para que amigos míos hagan algo tan desagradable como una entrevista de trabajo —dijo Esmé—. Sólo necesitan cumplir con una sencilla tarea. Mañana por la tarde, durante el show de leones, el Conde Olaf anunciará que fenómeno saltará a la fosa de los leones. Pero quiero que cualquiera que sea el elegido arroje a Madame Lulu en su lugar.

La caravana de los fenómenos se quedó en silencio durante un momento mientras todos digerían dicha información.

—¿Quiere decir —dijo Hugo finalmente—, que quiere que asesinemos a Madame Lulu?

—No piensen en ello como un asesinato —dijo Esmé—. Piensen en ello como un ejercicio dramático. Es una sorpresa especial para el Conde Olaf que le demostrará que son lo suficientemente valientes para unirse a su grupo.

—Arrojar a Lulu en una fosa llena de los leones no me parece un acto de gran valentía —dijo Colette—. Simplemente atroz y perverso.

—¿Cómo puede ser atroz y perverso darle a la gente lo que quiere? —preguntó Esmé—. Ustedes quieren unirse al grupo del Conde Olaf, la gente quiere ver a alguien ser devorado por los leones, y yo quiero que Madame Lulu sea arrojada a la fosa. Mañana, uno de ustedes tendrá la gran oportunidad de darle a todo el mundo exactamente lo que quiere.

—Grr —gruñó Sunny, pero sólo sus hermanos entendieron que lo que ella realmente quería decir era algo así como “Todo el mundo excepto Lulu”.

—Cuando lo pone de ese modo —dijo Hugo pensativo—, no suena tan atroz y perverso.

—Por supuesto que no —dijo Esmé, acomodando su falsa cabeza—. Además, Madame Lulu estaba ansiosa de ver como eran todos devorados por los leones, por lo que ustedes deberían estar felices de tener la oportunidad de arrojarla en la fosa.

—Pero, ¿Por qué desea arrojar a Madame Lulu en la fosa? —preguntó Colette.

Esmé frunció el ceño.

—El Conde Olaf piensa que debemos hacer popular a este carnaval para que Madame Lulu nos ayude con su bola de cristal —dijo—, pero no creo que necesitemos su ayuda. Además, estoy cansada de que mi novio le compre regalos.

—Esa no me parece una muy buena razón para que alguien sea devorado por leones —dijo Violet cuidadosamente, con su disfrazada su voz.

—No me sorprende que una persona con dos cabezas como tú esté un poco confundida —dijo Esmé, moviendo sus manos con largas uñas para acariciar las falsas cicatrices en los rostros de Violet y Klaus—. Una vez que te unas al grupo

de Olaf, no tendrás que angustiarte nunca más de tener esos pensamientos tan monstruosos.

—Piénsenlo —dijo Hugo—, mañana dejaremos de ser fenómenos, y seremos los hombres de confianza del Conde Olaf.

—Yo prefiero el término personas de confianza —dijo Colette.

Esmé les dio una enorme sonrisa a todos en la habitación, y luego bajó el costal marrón de su hombro y lo abrió.

—Para celebrar sus nuevos empleos —dijo—, le he traído un regalo a cada uno de ustedes.

—¡Un regalo! —gritó Kevin—. ¡Madame Lulu nunca nos ha dado un regalo!

—Esto es para ti, Hugo —dijo Esmé, y sacó un abrigo demasiado grande que los Baudelaire reconocieron de cuando el Hombre con Ganchos en vez de Manos lo había utilizado para disfrazarse como portero. El abrigo era tan grande que le cubría los ganchos, y mientras Hugo se lo probaba, vieron que también era lo suficientemente grande para que le quedara a Hugo, incluso con su irregular forma.

Hugo se miró en el espejo y luego a sus compañeros de trabajo con alegría.

—¡Cubre mi joroba! —dijo felizmente—. ¡Me veo normal, en lugar de monstruoso!

—¿Lo ves? —dijo Esmé—. El Conde Olaf ya está haciendo tu vida mucho mejor. Y mira lo que tengo para ti, Colette —los Baudelaire vieron a la novia de Olaf buscar en su costal y sacar una larga túnica negra, la que habían visto en el maletero del automóvil—. Es tan holgada —explicó Esmé—, que incluso puedes girar y torcer tu cuerpo en cualquier dirección, y nadie notará que eres una contorsionista.

—¡Es como un sueño hecho realidad! —dijo Colette, tomándola de las manos de Esmé—. Lanzaría a un centenar de personas a la fosa sólo por usar algo como esto.

—Y Kevin —dijo Esmé—, mira este pequeño trozo de cuerda. Date la vuelta, ataré tu mano derecha a tu espalda por lo que no podrás utilizarla.

—¡Y entonces podré ser zurdo, como una persona normal! —dijo Kevin, saltando de su silla y parándose con sus dos pies igualmente fuertes—. ¡Hurra!

La persona ambidiestra se dio la vuelta felizmente para que Esmé pudiera atar su mano derecha a su espalda, y en un momento se convirtió en alguien con un solo brazo útil en lugar de dos.

—No me he olvidado de ustedes dos —continuó Esmé, sonriéndole a los tres niños—. Chabo, aquí tienes una larga hoja de afeitar que el Conde Olaf utilizó una vez para raparse y disfrazarse, pensé que podrías utilizarla para quitarte algunos de esos feos pelos de lobo que tienes. Y para ti, Beverly y Elliot, tengo esto —Esmé tomó el costal y lo abrió triunfalmente delante de los Baudelaire mayores. Violet y Klaus le echaron un vistazo y se percataron de que estaba vacío—. Este costal es perfecto para cubrir una de tus cabezas —explicó—. Te verás como una persona normal de una cabeza, sólo que casualmente estarás balanceando un costal sobre tu hombro. ¿No es rompedor?

—Supongo —dijo Klaus, con su falsa aguda voz.

—¿Qué sucede contigo? —preguntó Hugo—. Te han ofrecido un fantástico trabajo y te han dado un generoso regalo, y sin embargo, ninguna de tus cabezas se ve entusiasmada.

—Tu también Chabo —dijo Colette—. Puedo ver a través de tu pelaje que no pareces muy entusiasmada.

—Creo que esta es una oportunidad que tendremos que rechazar —dijo Violet, y sus hermanos asintieron con la cabeza.

—¿*Qué?* —dijo Esmé abruptamente.

—No es nada personal —añadió Klaus rápidamente, aunque no querer trabajar para el Conde Olaf era lo más personal en este mundo para él—. Parece muy excitante trabajar en un grupo teatral, y el Conde Olaf parece una tremenda persona.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Kevin.

—Bien —dijo Violet—, no me siento muy cómoda de tener que arrojar a Madame Lulu a los leones.

—Como su otra cabeza, estoy de acuerdo —dijo Klaus—, y Chabo también.

—Apuesto a que sólo está medio de acuerdo —dijo Hugo—. Apuesto a que su mitad lobo no puede esperar ver como es devorada.

Sunny movió la cabeza y gruñó tan dócilmente como pudo, y Violet la levantó y la colocó sobre la mesa.



—Simplemente no me parece correcto —dijo Violet—. Madame Lulu no es una de las personas más agradables que conozco, pero no estoy segura de que merezca ser devorada.

Esmé le dio a la mayor de los Baudelaire una gran falsa sonrisa, y se inclinó hacia los hermanos para acariciarles sus cabezas nuevamente.

—Que no se preocupen tus cabezas de si merece ser devorada o no —dijo, y entonces le sonrió a Chabo—. Tú no mereces ser mitad lobo, ¿verdad? —preguntó—, en este mundo la gente no siempre tiene lo que se merece.

—Me sigue pareciendo algo demasiado perverso —dijo Klaus.

—A mí no me lo parece —dijo Hugo—. Se trata de darle a la gente lo que quiere, justo como Lulu dice.

—¿Por qué no lo consultan con la almohada? —sugirió Esmé, y se levantó de la silla—. Justamente después del show de mañana, el Conde Olaf se dirigirá hacia el norte a las Montañas Mortmain para atender asuntos importantes, y si Madame Lulu ya ha sido devorada para entonces, podrán acompañarnos. Podrán decidir por la mañana si quieren ser valientes miembros de un grupo de teatro, o cobardes fenómenos en un destartado carnaval.

—No necesito consultarlo con la almohada —dijo Kevin.

—Ni yo —dijo Colette—. Puedo decidirlo en este momento.

—Sí —dijo Hugo de acuerdo—. Quiero unirme al Conde Olaf.

—Me alegras escuchar eso —dijo Esmé—. Tal vez puedan convencer a sus compañeros de trabajo de unirse a ustedes para que se unan a mi para que se unan a él —miró desdeñosamente a los tres niños mientras abría la puerta de la caravana. La puesta de sol del hinterlands hacía tiempo que había terminado, y no había ni un rastro de aquella luz azul cayendo sobre el carnaval—. Piénsenlo bien, Beverly y Elliot, y Chabo, también —dijo—. Tal vez pueda ser algo perverso arrojar a Madame Lulu en una fosa llena de leones carnívoros —Esmé dio un paso hacia fuera, y estaba tan oscuro que la novia de Olaf parecía un fantasma con un largo y blanco vestido, y con una falsa cabeza extra—. Pero si no se unen a nosotros, ¿A donde más pueden ir? —preguntó. Los huérfanos Baudelaire no tenían una respuesta para la terrible pregunta de Esmé Miseria, pero Esmé les dio una, en forma de pregunta, con una larga y perversa risa—. Si no

optan por hacer algo perverso, ¿Qué demonios harán? — preguntó, y desapareció en la oscuridad.

## CAPÍTULO

### Nueve



*Lo* curioso de que te digan que lo consultes con la almohada —una frase que aquí significa, como estoy seguro sabes, “ir a la cama pensando en algo y llegar a una conclusión en la mañana”— es que generalmente no puedes hacerlo. Si estás pensando en un dilema, es probable que te la pases dando vueltas en la cama durante toda la noche, pensando en las terribles cosas que pueden suceder, tratando de imaginar que puedes hacer al respecto, y es muy poco probable que con esas circunstancias puedas dormir un poco. Justo ayer por la

noche, yo estaba preocupado por una decisión que implicaba un gotero, un codicioso vigilante nocturno, y una bandeja de flanes, y esta mañana estoy tan cansado que apenas puedo escribir estas palabras.

Y así fue también para los huérfanos Baudelaire esa noche, después de que Esmé Miseria les hubiera dicho que lo consultaran con la almohada, y que decidieran a la mañana siguiente si arrojarían o no a Madame Lulu a los leones y se unirían al grupo del Conde Olaf. Los niños, por supuesto, no tenían la intención de ser parte de una banda de villanos, o de arrojar a cualquier persona a una mortífera fosa. Pero Esmé también les había preguntado qué demonios harían si no decidían unirse a Olaf, y esta fue la pregunta que les hizo dar vueltas en sus hamacas, que particularmente son lugares incómodos para dar vueltas. Los Baudelaire esperaban que en lugar de unirse al Conde Olaf, pudieran viajar a través del hinterlands en un motorizado carro de montaña rusa inventado por Violet, acompañados de Madame Lulu, en su no disfrazada identidad de Olivia, junto con la librería de archivos que estaba debajo de la mesa de la carpa de adivinación, con la esperanza de encontrar a uno de los padres Baudelaire sano y salvo en la sed de V.F.D. en las

Montañas Mortmain. Pero este plan parecía tan complicado que los niños estaban preocupados acerca de todo lo que podría ir mal y arruinar el viaje. Violet pensaba en el dispositivo de relámpagos que tenía planeado convertir en una correa de ventilador, y estaba preocupada de que no se lograra la torsión adecuada para mover los carros en la dirección que necesitaban. Klaus estaba preocupado de que la biblioteca de archivos no contuviera las indicaciones necesarias para llegar a la sede, y de que se perdieran en las montañas, las cuales se rumoraban eran enormes, confusas, y llenas de animales salvajes. A Sunny le preocupaba que no pudieran encontrar nada que comer en el hinterlands. Y los tres Baudelaire estaban preocupados de que Madame Lulu no cumpliera con su promesa, y de que le revelara sus disfraces al Conde Olaf cuando éste fuera a preguntarle acerca del paradero de los hermanos a la mañana siguiente. Los hermanos estuvieron preocupados acerca de todas estas cosas durante toda la noche, y a pesar de que en mi caso el chef de postres logró encontrar mi habitación en el hotel y golpeó a mi ventana justo antes del amanecer, la conclusión a la que los huérfanos Baudelaire habían llegado cuando amaneció y lo habían consultado con la almohada, fue que

no habían llegado a ninguna conclusión, sino que su plan era riesgoso, y eso era en lo único en lo que podían pensar.

Cuando los primeros rayos de sol pasaron través de las ventanas sobre las plantas en las macetas, los Baudelaire bajaron tranquilamente de sus hamacas. Hugo, Colette, y Kevin habían dicho que estaban dispuestos a unirse al grupo del Conde Olaf y no necesitaron consultarlo con la almohada, y como sucede a menudo con las personas que no tienen que consultar nada con sus almohadas, los compañeros de trabajo de los niños estaban durmiendo plácidamente y no despertaron cuando los hermanos dejaron la caravana para ir a trabajar en su plan.

El Conde Olaf y su grupo habían cavado la fosa de los leones junto a las ruinas de la montaña rusa muy cerca de ella, por lo que los niños tuvieron que caminar alrededor del borde para llegar a los carros cubiertos de hiedra. La fosa no era muy profunda, pero si con paredes lo suficientemente altas para que nadie pudiera salir si era arrojado dentro, y no era muy grande, por lo que todos los leones estaban tan apretados como lo habían estado en el remolque. Al igual que los compañeros de trabajo de los Baudelaire, los leones no tenían mucho que consultar con la almohada, y seguían

dormitando bajo el sol de la mañana. Profundamente dormidos, los leones no tenían un aspecto particularmente feroz. Algunos tenían las melenas enredadas, como si nadie los hubiera cepillado por un largo tiempo, y a veces algunas de sus piernas se movían, como si estuvieran soñando con días mejores. En sus espaldas y vientres tenían varias cicatrices de los horribles latigazos que el Conde Olaf les había dado, lo que hizo que los Baudelaire se sintieran mal de sólo mirarlos, y la mayoría de los leones estaban muy pero muy delgados, como si no hubieran degustado una buena comida en mucho tiempo.

—Siento pena por ellos —dijo Violet, mirando a un león que era tan delgado que todas sus costillas eran visibles—. Si Madame Lulu tiene razón, estos leones una vez fueron nobles criaturas, y ahora se encuentran en estas miserables condiciones por la manera en la que el Conde Olaf los ha tratado.

—Se ven muy solitarios —dijo Klaus, mirando hacia abajo a la fosa con una expresión triste—. Tal vez sean huérfanos también.

—Pero quizás tengan un progenitor sobreviviente —dijo Violet—, en algún lugar de las Montañas Mortmain.



—Edasurc —dijo Sunny, lo que significaba algo así como “Tal vez algún día podamos rescatar a estos leones”.

—Por el momento, necesitamos rescatarnos a nosotros mismos —dijo Violet con un suspiro—. Klaus, veamos si podemos desentrañar la hiedra del carrito de delante. Probablemente necesitemos dos carros, uno para pasajeros y otro para la biblioteca de archivos, por eso, Sunny, ve si puedes quitarle la hiedra a ese otro.

—Fácil —dijo Sunny, mostrando los dientes.

—Todas las caravanas están sobre ruedas —dijo Klaus—. ¿No sería más fácil enganchar una de las caravanas al dispositivo de relámpagos?

—Una caravana es demasiado grande —respondió Violet—. Si quisieras mover una caravana, tendrías que engancharla a un automóvil, o a varios caballos. Tendremos suerte si puedo reconstruir los motores de los carros. Madame Lulu dijo que estaban oxidados.

—Parece que estamos albergando nuestras esperanzas en un arriesgado plan —dijo Klaus, quitando unas ramas de hiedra con el brazo que podía utilizar—. Pero supongo que no debe de ser tan arriesgado como otras cosas que hemos hecho, como robar un barco de vela.

—O subir por el hueco de un ascensor —dijo Violet.

—Whaque —dijo Sunny, con su boca llena de plantas, y sus hermanos sabían que quería decir algo así como “O fingiendo ser cirujanos”.

—De hecho —dijo Violet—, tal vez este plan no sea tan arriesgado después de todo. Miren los ejes de este carro.

—¿Ejes? —preguntó Klaus.

—Las varillas que sostienen las ruedas —explicó, señalando a la parte inferior del carro—. Están en perfectas condiciones. Esa es una buena noticia, porque necesitamos que esas ruedas nos lleven por un largo camino —la mayor de los Baudelaire levantó la vista y miró hacia el horizonte. Hacia el este, el sol estaba saliendo, y pronto sus rayos se reflejarían en los espejos colocados en la carpa de adivinación, pero hacia el norte, se podían ver las Montañas Mortmain elevándose en extrañas formas cuadradas, más parecidas a una escalera que a una cadena de montañas, con parches de nieve en los lugares más altos, con los escalones cubiertos por una espesa niebla gris—. Nos llevará mucho tiempo subir hasta ahí —dijo—, y no creo que haya muchas tiendas de reparación en el camino.

—Me pregunto qué encontraremos allí —dijo Klaus—. Nunca he estado en ninguna sede de ningún tipo.

—Ni yo —dijo Violet—. Klaus, inclínate hacia abajo conmigo para poder ver el motor de este carro.

—Si supiéramos más acerca de V.F.D. —dijo Klaus—, sabríamos que esperar. ¿Cómo se encuentra el motor?

—No está demasiado mal —dijo Violet—. Algunos de los pistones están totalmente oxidados, pero creo que puedo remplazarlos con estos pestillos a los lados del carro, y el dispositivo de relámpagos nos proveerá la correa del ventilador. Pero necesitaremos algo más... algo así como cuerdas o alambres, para poder conectar los dos carros.

—¿Hiedra? —sugirió Sunny.

—Buena idea, Sunny —dijo Violet—. Los tallos de la hiedra son lo suficientemente sólidos. Si arrancarás las hojas de varias tallos sería de gran ayuda.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Klaus.

—Ayúdame a voltear el carro de cabeza —dijo Violet—, pero ten mucho cuidado con donde pones tus pies. No queremos caer en la fosa.

—No quiero que *nadie* caiga en la fosa —dijo Klaus—. No crees que los demás vayan a arrojar a Madame Lulu con los leones, ¿verdad?

—No si terminamos esto a tiempo —dijo Violet sombríamente—. Ve si puedes ayudarme a doblar el pestillo para que entre en esa ranura, Klaus. No, no... para el *otro* lado. Tan sólo espero que Esmé no arroje a nadie cuando hayamos escapado.

—Probablemente lo hará —dijo Klaus, peleando con el pestillo—. No puedo entender por qué Hugo, Colette, y Kevin quiere unirse a personas que hacen tales cosas.

—Me imagino que sólo están felices de que todos los traten como personas normales —dijo Violet, y lanzó un vistazo a la fosa. Uno de los leones bostezó, estirando sus garras, y abriendo uno de sus adormilados ojos, pero no pareció interesado en los tres niños que trabajaban en las proximidades—. Tal vez esa es la razón por la que el Hombre con Ganchos en vez de Manos trabaja para el Conde Olaf, o el hombre calvo con la nariz larga. Tal vez cuando trataban de encontrar trabajo en algún otro lugar, todos se burlaban de ellos.

—O quizás simplemente les gusta cometer crímenes —dijo Klaus.

—También es una posibilidad —dijo Violet, y luego frunció el ceño hacia el fondo del carro—. Me gustaría tener el kit de herramientas de nuestra madre —dijo—. Ella tenía esa pequeña llave inglesa que siempre me gustó, sería perfecta para este trabajo.

—Ella probablemente te ayudaría mejor que yo —dijo Klaus—. No le encuentro ni pies ni cabeza a lo que estás haciendo.

—Lo estás haciendo bien —dijo Violet—, sobre todo si tomamos en cuenta que estamos dentro de la misma camisa. ¿Cómo vas con los tallos de hiedra, Sunny?

—Lesoint —contestó Sunny, lo que significaba algo así como “Ya casi termino”.

—Buen trabajo —dijo Violet, mirando hacia el sol—. No estoy segura de cuánto tiempo nos queda. El Conde Olaf probablemente ya está dentro de la carpa de adivinación, preguntándole a la bola de cristal sobre nuestro paradero. Espero que Madame Lulu mantenga su promesa, y que no le de lo que él quiere. ¿Me pasas esa pieza de metal del suelo,

Klaus? Parece ser que solía ser parte de los rieles, pero voy a utilizarlo para hacer un volante.

—Espero que Madame Lulu pueda darnos lo que nosotros queremos —dijo Klaus, pasándole la pieza a su hermana—. Me gustaría poder averiguar si uno de nuestros padres sobrevivió al incendio sin tener que pasear por una cadena de montañas.

—A mi también —dijo Violet—. Pero incluso haciéndolo podríamos no encontrarlos. Podrían estar aquí, en el hinterlands, buscándonos.

—¿Recuerdas la estación de tren? —dijo Klaus y Violet asintió con la cabeza.

—Esoobac —dijo Sunny, pasándoles los tallos de hiedra. Por “Esoobac” ella quería decir algo así como “Yo no lo recuerdo”, aunque no había manera de que pudiera hacerlo, ya que la Baudelaire más joven aún no había nacido en la época que sus hermanos estaban recordando. La familia Baudelaire había decidido salir de la ciudad y pasar el fin de semana en un viñedo, una palabra que aquí significa “una especie de granja donde se cultivan uvas para hacer vino”. Este viñedo era famoso por tener uvas que olían deliciosamente, y era muy agradable hacer picnics en los

campos, mientras la fragancia se esparcía en el aire y los famosos burros del viñedo, quienes eran los que ayudaban a cargar las fanegas de uvas en los tiempos de cosecha, dormían a la sombra de las vides. Para llegar al viñedo, los Baudelaire tenían que tomar, no sólo uno, sino dos trenes, haciendo cambio de trenes en una concurrida estación no muy alejada de Paltryville, y en el día que Violet y Klaus estaban recordando, los niños se habían separados de sus padres accidentalmente, debido a la prisa de la multitud en el cambio de trenes. Violet y Klaus, quienes eran bastante pequeños, decidieron buscar a sus padres en la fila de tiendas fuera de la estación, y pronto el zapatero, herrero, deshollinador, y técnico en computación de las tiendas estaban ayudando a los dos niños asustados a encontrar a sus padres. En breve la familia Baudelaire había sido reunida de nuevo, pero el padre de los niños les enseñó una lección muy seria.

—Si nos pierden —dijo—, quédense donde están.

—Sí —dijo su madre de acuerdo—. No vayan deambulando buscándonos. *Nosotros* iremos y *los* encontraremos.

En ese momento, Violet y Klaus aceptaron la lección solemnemente, pero los tiempos habían cambiado. Cuando los padres Baudelaire habían dicho “Si nos pierden”, se estaban refiriendo a las situaciones en las que a veces los niños se podrían encontrar al perderlos de vista a causa de una multitud, como había ocurrido ese día en la estación de tren, donde almorcé hace apenas unas semanas y entrevisté al hijo del zapatero para que me contara lo que había sucedido. No se referían a la manera en la que los Baudelaire los habían perdido en ese momento, en un mortífero incendio que parecía haber cobrado por lo menos una de sus vidas. Hay veces en las que si te quedas quieto lo que quieres irá a ti, y hay momentos para salir al mundo y encontrar las cosas por tu cuenta. Al igual que los huérfanos Baudelaire, me he encontrado en lugares donde haberme quedado habría resultado peligrosamente tonto, y tontamente peligroso. Me he quedado en tiendas departamentales, y he visto cosas escritas sobre etiquetas de precios que decían que debía irme de ahí inmediatamente, pero con diferentes prendas de vestir. He estado sentado en un aeropuerto, y escuchado a un altavoz decirme que debía irme más tarde ese mismo día, pero en otro vuelo. Y he estado parado al lado de la montaña



rusa del Carnaval Caligari, y he descubierto cosas que los Baudelaire no pudieron haber sabido aquella tranquila mañana. He visto los carros, todos fundidos juntos y cubiertos de cenizas, y he echado un vistazo en la fosa excavada por el Conde Olaf y sus secuaces y he visto todos los huesos quemados tendidos en un montón, y he caminado a través de los trozos de espejo y cristal donde la carpa de adivinación estuvo alguna vez, y toda esta investigación siempre me lleva a la misma conclusión, y si de alguna manera pudiera retroceder en el tiempo, con la misma facilidad con la que puedo quitarme el disfraz que estoy utilizando en este momento, caminaría alrededor de la fosa y les diría a los huérfanos Baudelaire los resultados de mis descubrimientos. Pero por supuesto, no puedo hacerlo. Sólo puedo cumplir con mi sagrada obligación y escribir esta historia lo mejor que pueda, hasta la última palabra.

—Worf —dijo Sunny, cuando los mayores Baudelaire habían terminado de contarle acerca de la estación de tren. Por “worf” ella quería decir algo así como “No creo que debamos quedarnos en este lugar. Creo que debemos irnos ahora mismo”.

—Aún no podemos irnos —dijo Violet—. El volante está listo, y los carros están firmemente conectados entre sí, pero sin la correa del ventilador, el motor no funcionará. Será mejor que vayamos a la carpa de adivinación y desmantelemos el dispositivo de relámpagos.

—¿Olaf? —preguntó Sunny.

—Ojalá Madame Lulu ya se haya deshecho del Conde Olaf —dijo Violet—, de lo contrario todo saldrá mal. Tenemos que terminar nuestro invento antes de que el show comience, de lo contrario todo el mundo podría vernos subir a los carros e irnos.

Hubo un ligero gruñido proveniente de la fosa, y los niños vieron que la mayoría de los leones ya estaban despiertos y miraban malhumorados a su alrededor. Algunos trataban de caminar en su estrecho alojamiento, pero sólo conseguían ponerse en el camino de otros leones, lo que hacía que se irritaran más.

—Los leones parecen hambrientos —dijo Klaus—. Me pregunto si ya casi es hora del show.



—Aklec —dijo Sunny, lo que significaba algo así como “Andando”, y los Baudelaire se alejaron de la montaña rusa y fueron hacia la carpa de adivinación. Mientras los niños caminaban a través del carnaval, vieron que algunos visitantes ya habían llegado, y algunos de ellos se reían de los hermanos mientras seguían su camino.

—¡Miren! —dijo un hombre, señalando a los Baudelaire con sorna—. ¡Fenómenos! Asegurémonos de ir al show de los leones más tarde... uno de ellos podría ser devorado.

—Oh, eso espero —dijo su compañero—. No he hecho todo el camino hasta el hinterlands por nada.

—La mujer de la boletería me dijo que una periodista de *El Diario Punctilio* estará aquí para informar a los lectores quién será devorado —dijo otro hombre, quien llevaba una camiseta CARNAVAL CALIGARI que aparentemente había comprado en la caravana de regalos.

—¡*El Diario Punctilio*! —gritó la mujer que estaba con él—. ¡Qué emocionante! He estado leyendo acerca de los asesinos Baudelaire por semanas. ¡Me encanta la violencia!

—¿A quién no? —le preguntó el hombre—. Especialmente cuando está combinado con ver comer torpemente a los demás.

Justo cuando los Baudelaire se disponían a entrar en la carpa de adivinación, un hombre se acercó a ellos y les impidió el paso. Los niños miraron hacía arriba y vieron una barbilla llena de granos, y reconocieron al grosero miembro de la audiencia en la Casa de los Fenómenos.

—Miren a quien tenemos aquí —dijo—. Es Chabo la Bebé Lobo y Beverly y Elliot, el fenómeno de dos cabezas.

—Es un placer verlo de nuevo —dijo Violet rápidamente. Ella intentó caminar alrededor de él, pero la agarró de la camisa que compartía con su hermano, y tuvo que detenerse para que la camisa no se rompiera y revelara su disfraz.

—¿Qué hay acerca de tú otra cabeza? —le preguntó el hombre con granos sarcásticamente—. ¿No cree que sea un placer verme de nuevo?

—Por supuesto —dijo Klaus—, pero tenemos un poco de prisa, así que si nos disculpa...

—Yo no disculpo a los fenómenos —dijo él—. No existe ninguna disculpa para ellos. ¿Por qué no usas un costal sobre tú otra cabeza? Así parecerías normal.

—¡Grr! —dijo Sunny, acercando sus dientes a las rodillas del hombre.

—Por favor déjenos en paz, señor —dijo Violet—. Chabo es muy protectora con nosotros, y tal vez lo muerda si se acerca demasiado.

—Apuesto a que Chabo no se compara con ese montón de feroces leones —dijo el hombre—. No puedo esperar a que comience el show, y tampoco mi madre.

—Así es, querido —dijo una mujer que estaba cerca. Ella se inclinó para darle un gran beso al hombre con granos, y los Baudelaire notaron que los granos parecían venir de familia—. ¿Cuánto falta para que comience el show, fenómenos?

—¡El show comienza en este momento!

El hombre con los granos y su madre se dieron la vuelta para ver quien había hablado, pero los Baudelaire no tenían que mirar para saber que había sido el Conde Olaf el que había dado el anuncio. El villano se encontraba de pie junto a la entrada de la carpa de adivinación con un látigo en la

mano y con un perverso brillo en sus ojos, ambos de los cuales los hermanos reconocieron. El látigo, por supuesto, era el que el Conde Olaf había utilizado para irritar a los leones y volverlos feroz, escena que los Baudelaire habían visto el día anterior, y el brillo en sus ojos era algo que habían visto más veces de las que podían contar. Era el tipo brillo que aparece en los ojos de alguien que está apunto de contar un chiste, pero cuando Olaf miraba a las personas de esa manera normalmente significaba que uno de sus planes estaba funcionando brillantemente.

—¡El show comienza en este momento! —anunció nuevamente a las personas que se estaban reuniendo a su alrededor—. Acaban de hacerme una adivinación, y he obtenido lo que quiero —el Conde Olaf apuntó con su látigo hacia la carpa de adivinación, y luego se dio la vuelta y señaló a los disfrazados Baudelaire mientras le sonreía a la multitud—. Ahora, señoras y señores, ha llegado el momento de que vayamos a la fosa de los leones para que podamos darles a ustedes lo que quieren.



## PÍTULO

# Diez

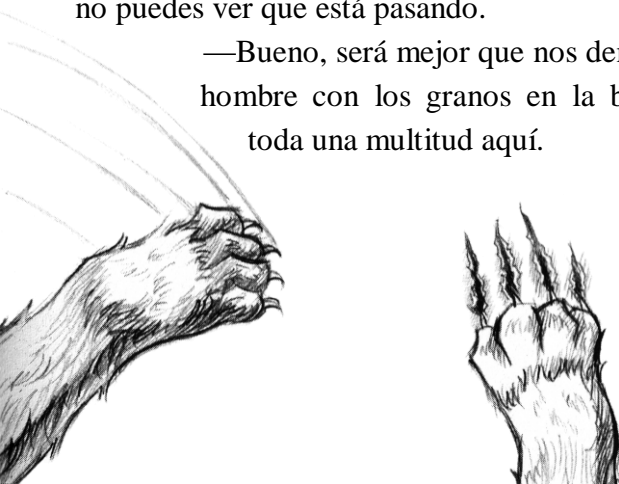
C

A

—¡Iré a la fosa en esté instante! —gritó una mujer en la multitud—. ¡Quiero tener una buena vista del show!

—Yo también —dijo un hombre de pie junto a ella—. No tiene sentido ver como unos leones devoran a alguien si no puedes ver que está pasando.

—Bueno, será mejor que nos demos prisa —dijo el hombre con los granos en la barbilla—. Ya hay toda una multitud aquí.





Los huérfanos Baudelaire miraron a su alrededor y vieron que el hombre con los granos estaba diciendo la verdad.

La noticia de la nueva atracción del Carnaval Caligari debía de haberse extendido mucho más allá del hinterlands, porque había muchos más visitantes que el día anterior, y parecía que cada minuto llegaban más y más.

—Yo los conduciré a la fosa —anunció el Conde Olaf—. Después de todo, el show de leones fue idea mía, por lo tanto yo debo ir al frente.

—¿Fue su idea? —le preguntó una mujer que los niños reconocieron de su estancia en el Hospital Heimlich. Llevaba un traje gris, y masticaba chicle mientras hablaba por un pequeño micrófono, y los hermanos recordaron que era una reportera de *El Diario Punctilio*—. Me encantaría escribir acerca de esto en el periódico. ¿Cuál es su nombre?

—¡Conde Olaf! —dijo el Conde Olaf orgullosamente.

—Ya imagino el titular: «EL CONDE OLAF TIENE LA IDEA DEL SHOW DE LEONES» —dijo la reportera—. ¡Esperen a que lectores de *El Diario Punctilio* lean esto!

—Esperen un minuto —dijo alguien—. Pensé que el Conde Olaf había sido asesinado por aquellos tres niños.

—Aquel era el Conde Omar —respondió la reportera—. Se del tema. He estado escribiendo acerca de los Baudelaire para *El Diario Punctilio*. El Conde Omar fue asesinado por los tres niños Baudelaire, que aún andan sueltos.

—Bueno, si alguien los encuentra —dijo alguien entre la multitud—, *arrójenlos* a la fosa de los leones.

—Una excelente idea —respondió el Conde Olaf—, pero entretanto, los leones tendrán una deliciosa comida de fenómeno. ¡Síganme todos, para una tarde de violencia y de comer torpemente!

—¡Hurra! —gritaron varios miembros de la multitud, mientras Olaf hacía una reverencia y comenzaba a dirigir al publico en dirección de la arruinada montaña rusa donde los leones estaban esperando.

—Vengan conmigo, fenómenos —ordenó el Conde Olaf, señalando a los Baudelaire—. Mis ayudantes llevarán a los demás. Queremos que todos ustedes, los fenómenos, estén presentes para la ceremonia de selección.

—Yo llevarlos con migo, mi Olaf —dijo Madame Lulu en su disfrazado acento, saliendo de la carpa de adivinación. Cuando vio a los Baudelaire, sus ojos se abrieron, y rápidamente puso sus manos detrás de su espalda—. Tú

dirigir multitud a fosa, por favor, y dar entrevista a diario en el camino.

—Oh, sí —dijo la reportera—. Ya imagino el titular: «ENTREVISTA EXCLUSIVA CON EL CONDE OLAF, QUE NO ES EL CONDE OMAR, QUIEN ESTÁ MUERTO». ¡Esperen a que lectores de *El Diario Punctilio* lean esto!

—Será muy excitante para la gente leer un artículo sobre mi —dijo el Conde Olaf—. Muy bien, caminaré con la reportera, Lulu. Pero date prisa con los fenómenos.

—Sí, mi Olaf —dijo Madame Lulu—. Venir conmigo, personas monstruosas, por favor.

Lulu extendió sus manos para tomar las de los Baudelaire, como si fuera su madre ayudándolos a cruzar la calle, en lugar de una falsa adivina conduciéndolos a una fosa de leones. Los niños pudieron ver que una de las palmas de Madame de Lulu tenía una extraña mancha de suciedad, mientras la otra mano permanecía extrañamente cerrada. Los niños no querían tomar sus manos y caminar hacia el show de leones, pero había tanta gente reunida alrededor, esperando impacientemente la violencia, que parecía que no tenían otra opción. Sunny tomó la mano derecha de Lulu y

Violet la izquierda, y caminaron torpemente juntos en dirección a la arruinada montaña rusa.

—Olivi... —comenzó a decir Klaus, pero luego miró a su alrededor a la multitud y se dio cuenta de que sería una locura llamarla por su verdadero nombre—. Quiero decir, Madame Lulu —se corrigió a si mismo, y luego se inclinó junto a Violet para poder susurrar tan bajo como pudo—. Caminemos tan lentamente como podamos. Quizá podamos encontrar una forma de regresar a la carpa y dismantelar el dispositivo de relámpagos.

Madame Lulu no respondió, sino que simplemente movió la cabeza ligeramente para indicar que no era un buen momento para hablar de esos asuntos.

—Correa ventilador —Sunny le recordó, susurrando tan bajo como pudo, pero Madame Lulu solo movió la cabeza.

—Mantuviste tu promesa, ¿Verdad? —murmuró Klaus, apenas por encima de un susurro, pero Madame Lulu seguía mirando hacia adelante como si no lo hubiese escuchado. Klaus le dio un codazo a su hermana mayor por dentro de la camisa que estaban compartiendo—. Violet —dijo, atreviéndose apenas a utilizar su nombre real—, pregúntale a Madame Lulu si puede caminar más lentamente.

Violet miró brevemente a Klaus, y luego volteó su cabeza para encontrarse con los ojos de Sunny. Los Baudelaire más jóvenes vieron como su hermana movía levemente la cabeza, al igual que lo había hecho Madame Lulu, y luego miraron hacia abajo, donde ella sostenía la mano de la adivina. Entre dos de los dedos de la mano de Violet, Klaus y Sunny pudieron ver la punta de un pequeño pedazo de caucho, que reconocieron inmediatamente. Esa era la parte del dispositivo de relámpagos de Madame Lulu que se asemejaba a una correa de ventilador... precisamente lo que Violet necesitaba para transformar los carros de la montaña rusa en un invento que pudiera llevar a los Baudelaire fuera del hinterlands y hacia arriba por las Montañas Mortmain. Pero en lugar de sentirse esperanzados al mirar el crucial objeto en la mano de Violet, los tres Baudelaire tuvieron una sensación que era todo menos agradable.

Si alguna vez has experimentado algo que se siente extrañamente familiar, como si la misma cosa ya te hubiese sucedido antes, entonces estás experimentando lo que los franceses llaman “*déjà vu*”. Como muchas expresiones francesas —“*ennui*” que es un termino elegante de decir

totalmente aburrido, o “la petite mort”, que describe la sensación de que una parte de ti ha muerto— “dépjà vu” se refiere a algo que no suele ser muy agradable, y no fue muy agradable para los huérfanos Baudelaire llegar a la fosa de los leones y experimentar la nauseabunda sensación de un dépjà vu. Cuando los niños vivieron en el Hospital Heimlich, se encontraron a si mismos en un quirófano, rodeados por una multitud muy ansiosa por ver algo violento, como una intervención quirúrgica efectuada sobre alguien. Cuando los niños vivieron en V.F.D., se encontraron a si mismos en una llanura, rodeados por una multitud muy ansiosa por ver algo violento, como quemar a alguien en la hoguera. Y ahora, mientras Madame Lulu soltaba sus manos, los niños observaron la enorme y extrañamente familiar multitud junto a la arruinada montaña rusa rodeándolos. Una vez más, había personas ansiosas por ver algo violento. Una vez más, los Baudelaire temían por sus vidas. Y una vez más, todo era culpa del Conde Olaf. Los hermanos miraron por encima de la multitud que estaba junto a la montaña rusa, hacia los dos carros que Violet había adaptado. Todo lo que la invención necesitaba era la correa del ventilador, y los niños podrían continuar su búsqueda de uno de los padres Baudelaire, pero

mientras Violet, Klaus y Sunny miraban más allá de la fosa a los dos pequeños carros que estaban unidos con hiedra y modificados para viajar a través del hinterlands, sintieron la nauseabunda sensación de un déjà vu y se preguntaron si habría otro infeliz final esperándolos.

—¡Bienvenidos, señoras y señores, a la tarde más excitante de sus vidas!

Anunció el Conde Olaf, y restallo su látigo dentro del pozo. El látigo era lo suficientemente largo para golpear a los inquietos leones, quienes rugían obedientemente y crujían sus dientes por el hambre.

—Estos leones carnívoros están listos para devorar a un fenómeno —dijo—. Pero, ¿Qué fenómeno será?

La multitud se apartó, y el Hombre con Ganchos en vez de Manos entró, liderando a los compañeros de trabajo de los Baudelaire, haciéndolos caminar en una sola línea hacia el borde de la fosa donde los Baudelaire se encontraban. Como era de esperarse, Hugo, Colette, y Kevin habían recibido la orden de llevar sus vestimentas de fenómenos en lugar de los regalos que Esmé les había dado, y les dieron una pequeña sonrisa a los Baudelaire y miraron nerviosamente a los hambrientos leones. Una vez que los compañeros de trabajo

de los niños tomaron sus lugares, los otros camaradas del Conde Olaf surgieron de la multitud. Esmé Miseria llevaba un traje rallado y un parasol, que es una pequeña sombrilla que se utiliza para proteger los ojos del sol, y le sonrió a la multitud y se sentó en una pequeña silla comprada por el secuaz calvo de Olaf, quien sostenía un largo y plano trozo de madera que puso sobre el borde de la fosa, de modo que quedara suspendido sobre los leones como el trampolín de una piscina. Por último, las dos mujeres empolvadas dieron un paso hacia adelante, sosteniendo una pequeña caja de madera con un agujero en la tapa.

—Estoy tan contento, este será mi último día usando esta ropa —murmuro Hugo a los Baudelaire, apuntando a su estrecho abrigo—. Piénsenlo... pronto seré miembro del grupo del Conde Olaf, y nunca tendré que verme como un fenómeno otra vez.

—A menos que seas arrojado a los leones —Klaus no pudo evitar responder.

—¿Estás bromeando? —le susurró Hugo de vuelta—. Si soy elegido, arrojaré a Madame Lulu a la fosa, como me dijo Esmé.



—Miren detenidamente a todos estos fenómenos —dijo el Conde Olaf, mientras varias personas del público se reían—. Observen la divertida espalda de Hugo. Piensen en lo tonto que es que Colette pueda doblar su cuerpo en todo tipo posiciones extrañas. Carcajéense de los absurdos y ambidiestros brazos y piernas de Kevin. Búrlense de Beverly y Elliot, el fenómeno de dos cabezas. Y ríanse tan fuerte que apenas puedan respirar de Chabo la Bebé Lobo.

La multitud estalló en risas, señalando y riéndose de las personas que creían eran más hilarantes.

—¡Miren los ridículos dientes de Chabo! —gritó una mujer que tenía teñido su cabello con varios colores a la vez—. ¡Se ve como una verdadera idiota!

—¡Yo pienso que Kevin es el más divertido! —respondió su esposo, quien tenía teñido su cabello para combinar con ella—. Espero que lo arrojen a la fosa. Será divertido ver como intenta defenderse con ambas manos y pies.

—¡Yo espero que sea el fenómeno con los ganchos! —dijo una mujer a espalda de los Baudelaire—. ¡Esto hará las cosas incluso más violentas!

—Yo *no soy* un fenómeno —gruñó el Hombre con Ganchos en vez de Manos impacientemente—. Soy un empleado del Conde Olaf.

—Oh, lo siento —respondió la mujer—. En ese caso, espero que sea ese hombre con granos en la barbilla.

—¡Yo soy un miembro de la audiencia! —gritó el hombre—. No soy un fenómeno. Sólo tengo algunos problemas en la piel.

—En ese caso, ¿Qué me dicen de esa mujer que lleva ese traje tan estúpido? —preguntó la mujer—. ¿O del sujeto que tiene una sola ceja?

—Yo soy la novia del Conde Olaf —dijo Esmé—, y mi traje es muy *in*, no estúpido.

—Bueno, no me importa quién es un fenómeno y quién no —dijo alguien entre la multitud—. Lo único que quiero es ver como alguien es devorado por los leones.

—Lo verás —le prometió el Conde Olaf—. La ceremonia de selección comenzará en este momento. Los nombres de todos los fenómenos han sido escritos en pequeños trozos de papel y se han colocado en la caja que estas dos encantadoras damas llevan consigo.

Las dos mujeres empolvadas levantaron la caja de madera e hicieron una reverencia a la audiencia, mientras Esmé les fruncía el ceño.

—A mí no me parece que sean particularmente encantadoras —dijo, pero muy poca gente la escuchó sobre los vítores de la multitud.

—Meteré mi mano dentro de la caja —dijo el Conde Olaf—, y sacaré un trozo de papel, y leeré el nombre del fenómeno en voz alta. Luego ese fenómeno caminará por la plancha de madera y saltará a la fosa, y todos veremos como él es devorado por los leones.

—O ella —dijo Esmé. Miró a Madame Lulu y luego a los Baudelaire y a sus compañeros de trabajo. Bajó su parasol por un momento, levantó sus dos manos con largas uñas e hizo un pequeño movimiento de empuje para recordarles su plan.

—O ella —dijo el Conde Olaf, mirando curiosamente el movimiento de Esmé—. Ahora, ¿Tienen alguna pregunta antes de que comencemos?

—¿Por qué serás tú el que elegirá el nombre? —preguntó el hombre con granos.

—Porque todo esto fue mi idea —dijo el Conde Olaf.

—¿Tengo una pregunta? —preguntó la mujer con el cabello teñido—. ¿Esto es legal?

—Oh, deja de ser aguafiestas —dijo su esposo—. Tú querías venir a ver a gente ser devorada por leones, así que te traje. Si te la vas a pasar haciendo un montón de preguntas complicadas puedes irte a esperarme en el coche.

—Por favor continúe —dijo la reportera de *El Diario Punctilio*.

—Lo haré —dijo el Conde Olaf, y les dio una vez más unos latigazos a los leones antes de meter su mano en la caja de madera. Dándole a los niños y a sus compañeros de trabajo una cruel sonrisa, movió su mano alrededor del interior de la caja durante bastante tiempo antes de sacar un pequeño trozo de papel que tenía muchos dobleces. La multitud se inclinó hacia adelante para ver mejor, y los Baudelaire se pararon de puntillas para poder ver por encima de todas las cabezas de los adultos que los rodeaban. Pero el Conde Olaf no desdobló el trozo de papel inmediatamente. En vez de eso, lo levantó tan alto como pudo y le dio al público una gran sonrisa—. Desdoblaré el trozo de papel muy lentamente —anunció—, para aumentar el suspenso.

—¡Qué inteligente! —dijo la reportera, mascando su chicle con emoción—. Ya imagino el titular: «EL CONDE OLAF AUMENTA EL SUSPENSO».

—Aprendí como asombrar a las multitudes trabajando extensamente como un famoso actor —dijo el Conde Olaf, sonriéndole a la reportera, mientras seguía sosteniendo el trozo de papel—. Asegúrate de grabarlo todo.

—Lo haré —dijo la reportera sin aliento, y puso su micrófono cerca de la boca de Olaf.

—Señoras y señores —gritó el Conde Olaf—. ¡Ahora estoy desdoblando el primer doblez en el trozo de papel!

—¡Vaya! —gritaron varios miembros de la audiencia—. ¡Hurra por el primer doblez!

—¡Sólo quedan cinco dobleces más! —dijo Olaf—. Sólo cinco dobleces más, y sabremos que fenómeno será arrojado a los leones.

—¡Esto es tan emocionante! —gritó el hombre con el cabello teñido—. ¡Creo que hasta me podría desmayar!

—Simplemente no te desmayes en la fosa —dijo su esposa.

—¡Ahora estoy desdoblando el segundo doblez en el trozo de papel! —anunció el Conde Olaf—. ¡Ahora sólo quedan cuatro dobleces más!

Los leones rugieron impacientemente, como si estuvieran cansados de todas esas tonterías con los trozos de papel, pero el público estaba tan animado por el aumento del suspenso que no le prestaron atención a las feroces bestias en la fosa, mirando sólo al Conde Olaf, quien sonreía y mandaba besos a los visitantes del carnaval. Los Baudelaire, sin embargo, ya no estaban mirando por encima de las cabezas de la multitud para poder ver a Olaf hacer su numerito, una frase que aquí significa “aumentar el suspenso desdoblando lentamente un trozo de papel donde estaba escrito el nombre de quien se suponía debería saltar a la fosa de los leones”. Estaban aprovechando el hecho de que nadie los observaba, y se acercaron los unos a los otros tanto como pudieron para poder hablar sin ser escuchados.

—¿Crees que podríamos caminar sigilosamente alrededor de la fosa hasta los carros de la montaña rusa? —murmuró Klaus a su hermana.

—Creo que está demasiado concurrido —respondió Violet—. ¿Crees que podríamos conseguir que los leones no devoren a nadie?

—Creo que están demasiado hambrientos —dijo Klaus, entrecerrando los ojos para ver a las hambrientas bestias—. Leí un libro sobre grandes felinos que decía que cuando tienen hambre, comen prácticamente cualquier cosa.

—¿Hay algo más que hayas leído sobre leones que pueda ayudarnos? —preguntó Violet.

—No lo creo —respondió Klaus—. ¿Hay algo más que puedas inventar con esa correa del ventilador que pueda ayudarnos?

—No lo creo —respondió Violet, con una voz muy tenue por el miedo.

—¡Déjà vu! —le dijo Sunny a sus hermanos. Ella quería decirles algo así como “Debemos encontrar algo que nos pueda ayudar. Ya hemos escapado antes de una multitud sedienta de sangre”.

—Sunny tiene razón —dijo Klaus—. Cuando vivimos en el Hospital Heimlich, aprendimos como entretener a una multitud, cuando pospusimos el plan de Olaf de llevarte a cirugía.

—Y cuando vivimos en la Villa de la Fabulosa Desbandada —dijo Violet—, aprendimos sobre la psicología de las masas, cuando vimos a todos los habitantes tan disgustados que no podían pensar con claridad. Pero, ¿Qué podemos hacer con esta multitud? ¿Qué podemos hacer en este momento?

—¡Ambos! —murmuró Sunny, y entonces gruñó con rapidez en caso de que alguien la estuviera escuchando.

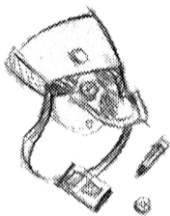
—¡He desdoblado el trozo de papel de nuevo! —gritó el Conde Olaf, y no creo que tenga que explicarte que aún faltaban tres dobleces, o que la multitud se animaba cada vez más, como si él estuvieran haciendo algo muy valiente o muy noble. Probablemente no tenga que decirte que anunció los tres dobleces restantes como si fueran eventos muy emocionantes, y que la multitud se animaba cada vez más, esperando con ansias la violencia y el comer torpemente que pronto llegarían, y probablemente ni siquiera tenga que decirte lo que estaba escrito en el trozo de papel, porque si has leído este miserable libro hasta este punto entonces conoces muy bien a los huérfanos Baudelaire y sabes qué tipo de monstruosa suerte tienen. Una persona con suerte normal llegaría a un carnaval bajo las circunstancias más



cómodas, como en un autobús de dos pisos o en la espalda de un elefante, y probablemente se la pasaría bien disfrutando de todas las cosas que un carnaval tiene para ofrecer, volviendo a casa feliz y satisfecha al final del día. Pero los Baudelaire habían llegado al Carnaval Caligari en el maletero de un automóvil, y se habían visto obligados a ponerse unos incómodos disfraces, a tomar parte de un humillante show, y a ponerse a si mismos en peligrosas circunstancias, y, como si su monstruosa suerte no fuera suficiente, ni siquiera habían encontrado la información que esperaban encontrar. Por lo tanto, es probable que no te sorprenda saber que el nombre de Hugo no era el que estaba escrito en el trozo de papel que el Conde Olaf tenía en la mano, o el nombre de Colette, o el nombre de Kevin, quien estaba apretando sus dos manos igualmente hábiles por el nerviosismo a medida que Olaf finalmente desdoblaba el trozo de papel por completo. Tampoco te sorprenderá saber que cuando el Conde Olaf anunció el nombre escrito sobre el trozo de papel, los ojos de toda la multitud cayeron sobre los disfrazados niños. Pero, aunque posiblemente no estés sorprendido por el anuncio del Conde Olaf, tal vez podrías estarlo por el anuncio que uno de los hermanos hizo

inmediatamente después—. Señoras y señores —anunció el Conde Olaf—. Beverly y Elliot, el fenómeno de dos cabezas, será arrojado a los leones hoy.

—Señoras y señores —anunció Violet Baudelaire—, estamos muy emocionados de haber sido elegidos.



## CAPÍTULO

### Once



*Hay* un escritor que conozco que, al igual que yo, hay muchas personas que consideran muerto. Su nombre es William Shakespeare, y ha escrito cuatro tipos obras de teatro: comedias, romances, dramas históricos y tragedias. Las comedias, por supuesto, son historias en las que la gente cuenta chistes y tropieza con cosas, y los romances son



historias en las que la gente se enamora y probablemente se casa. Los dramas históricos relatan acontecimientos ocurridos realmente, al igual que mi historia de los huérfanos Baudelaire, y las tragedias son historias que comienzan generalmente de una manera bastante feliz para luego, de forma constante, empeorar gradualmente, hasta que todos los personajes están muertos, heridos, o con algún otro inconveniente. Generalmente no es muy divertido ver una tragedia, tanto si eres de la audiencia o uno de los personajes, y entre todas las tragedias de Shakespeare, posiblemente el ejemplo menos divertido es *El Rey Lear*, que narra la historia de un rey que se vuelve loco mientras sus hijas asesinan a una y otra persona sólo por altera sus nervios. Hacia el final de la obra, uno de los personajes de Shakespeare comenta “No tardarán los hombres en devorarse unos a otros como los monstruos del océano”, una frase que aquí significa “Qué triste es que las personas terminen lastimándose las unas a las otras como si fueran feroces monstruos del mar”, y cuando el personaje termina de pronuncia estas infelices palabras, el público de la obra de Shakespeare por lo general llora o suspira, o promete recordarse a si mismo que tienen que ver una comedia la

próxima vez. Lamento tener que comunicarte que la historia de los huérfanos Baudelaire ha llegado a tal punto que es apropiado tomar prestada la deprimente frase del Sr. Shakespeare para describir cómo se sentían los huérfanos Baudelaire mientras se dirigían a la multitud reunida al borde de la fosa de los leones e intentaban continuar la historia en la que se encontraban sin convertirla en una tragedia, cuando parecía que todo el mundo estaba ansioso por lastimarse mutuamente. El Conde Olaf y sus secuaces estaban ansiosos por ver a Violet y Klaus saltar a sus carnívoras muertes, de modo que el Carnaval Caligari se volviera más popular, y Madame Lulu siguiera haciéndole adivinaciones a Olaf. Esmé Miseria estaba ansiosa de ver a Madame Lulu caer en la fosa, para poder obtener toda la atención de Olaf, y los compañeros de trabajo de los Baudelaire estaban dispuestos a ayudarla, porque así podrían unirse al grupo de Olaf. La reportera de *El Diario Punctilio* y los demás miembros de la audiencia estaban ansiosos por ver violencia y ver a alguien comer torpemente, por lo que su visita al carnaval abría valido la pena, y los leones estaban ansiosos por comer, después de haber sido azotados y privados de alimentos durante tanto tiempo. Parecía que cada uno de los seres

humanos reunidos cerca de la montaña rusa esa tarde estaba ansioso por que ocurriera algo terrible, y los niños se sentían terriblemente mal mientras Violet y Klaus caminaban hacia la tabla y fingían estar ansiosos por saltar.

—Gracias, Conde Olaf, por haberme elegido a mí y a mi otra cabeza para ser las primeras víctimas en el show de los leones —dijo Klaus solemnemente en su agudo tono de voz.

—Mmm, no hay de que —contestó el Conde Olaf, mirándolos un poco sorprendido—. Ahora, salta a la fosa para que podamos ver a los leones devorándote.

—¡Y háganlo rápido! —gritó el hombre con los granos en la barbilla—. ¡Quiero que mi visita al carnaval haya valido la pena!

—En lugar de ver a un fenómeno saltar a la fosa —dijo Violet, pensando con rapidez—. ¿No les encantaría empujar a un fenómeno a la fosa? Eso sería mucho más violento.

—¡Grr! —gruñó la disfrazada Sunny, de acuerdo.

—Ese es un buen punto —dijo pensativamente una de las mujeres empolvadas.

—¡Oh, sí! —gritó la mujer con el cabello teñido—. ¡Quiero ver que empujen al fenómeno de dos cabezas con los leones!

—Estoy de acuerdo —dijo Esmé, viendo a los dos mayores Baudelaire y luego a Madame Lulu—. Me gustaría ver cómo alguien es arrojado a la fosa.

La multitud gritó y aplaudió, y Sunny vio como sus dos hermanos daban un paso hacia la tabla que se cernía sobre la fosa donde los leones esperaban hambrientos. Hay personas aburridas que dicen que si alguna vez te encuentras en una situación difícil, debes parar y averiguar qué es lo correcto, pero los tres hermanos ya sabían que lo correcto era correr a los carros de la montaña rusa, instalar la correa del ventilador, y escapar del hinterlands junto a Madame Lulu y su biblioteca de archivos, después de explicarle con calma a la multitud que derramar sangre no era una forma adecuada de entretenimiento y que el Conde Olaf y su grupo debían ser arrestados en ese mismo instante. Pero hay veces en este harum-scarum mundo que averiguar que es lo correcto es muy sencillo, pero hacer lo correcto es simplemente imposible, y entonces debes hacer algo más. Los tres Baudelaire estaban de pie en sus disfraces en medio de una

multitud deseosa de violencia y de comer torpemente, sabían que no podían hacer lo correcto, pero pensaron que podían tratar de hacer que la multitud se pusiera tan frenéticamente como les fuera posible, para así poder escapar en medio de la confusión. Violet, Klaus y Sunny no estaban seguros de que utilizar las técnicas del entretenimiento y la psicología de las masas fuera lo correcto, pero los huérfanos Baudelaire no podían pensar en nada más, y si era o no lo correcto, su plan parecía estar funcionando.

—¡Esto es absolutamente emocionante! —exclamó la reportera con entusiasmo—. Ya imagino el titular: «FENÓMENOS SON EMPUJADOS EN FOSA DE LEONES» ¡Esperen a que lectores de *El Diario Punctilio* lean esto!

Sunny gruñó tan fuerte como pudo, y con uno de sus dedos señaló al Conde Olaf.

—Lo que Chabo está tratando decir en su lenguaje mitad lobo —dijo Klaus—, es que el Conde Olaf debería ser la persona que nos empuje en la fosa. Después de todo, el show de leones fue su idea.

—¡Es cierto! —dijo el hombre con los granos—. ¡Veamos como Olaf empuja a Beverly y Elliot en la fosa!



El Conde Olaf miró a los Baudelaire con el ceño fruncido, luego le dirigió una sonrisa a la multitud, mostrando algunos de sus sucios dientes.

—Me siento profundamente honrado de que me lo pidan —dijo, inclinándose ligeramente—, pero me temo que no sería apropiado en este momento.

—¿Por qué no? —preguntó la mujer con el cabello teñido.

El Conde Olaf hizo una pausa, y, a continuación, emitió un breve sonido chillón como el disfrazado gruñido de Sunny.

—Soy alérgico a los gatos —explicó—. ¿Lo ven? Ya estoy estornudando y ni siquiera me he acercado a la tabla.

—Sus alergias no le molestaron cuando azotaba a los leones —dijo Violet.

—Eso es verdad —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos—. Ni siquiera sabía que fuera alérgico, Olaf.

El Conde Olaf fulminó con la mirada a su secuaz.

—Señoras y señores —comenzó, pero la multitud estaba harta de los discursos del villano.

—¡Empuja a los fenómenos, Olaf! —gritó alguien, y todos aplaudieron. El Conde Olaf frunció el ceño, pero tomó

la mano de Klaus y llevó a los dos mayores Baudelaire a la tabla. Pero, mientras la muchedumbre vitoreaba en torno a ellos y los leones rugían debajo de ellos, los Baudelaire pudieron ver que al igual que ellos el Conde Olaf no estaba tan ansioso de acercarse a los leones.

—Arrojar a la gente en fosas en realidad no es mi trabajo —dijo el Conde Olaf nerviosamente a la multitud—. Yo soy más un actor.

—Tengo una idea —dijo Esmé de repente, con una falsa voz dulce—. Madame Lulu, ¿Por qué no caminas por la tabla y arrojas a los fenómenos a su muerte?

—Ese no ser en realidad trabajo de mí, por favor —protestó Madame Lulu, mirando nerviosamente a los niños—. Yo ser adivina, no lanzadora de fenómenos.

—No seas tan modesta, Madame Lulu —dijo el Conde Olaf con una sonrisa—. A pesar de que el show de leones fue idea mía, tú eres la persona más importante aquí en el carnaval. Toma mi lugar en la tabla, para que podamos ver como alguien es empujado a su muerte.

—¡Qué ofrecimiento tan lindo! —gritó la reportera—. ¡Es usted una persona muy generosa, Conde Olaf!

—¡Veamos como Madame Lulu empuja a Beverly y Elliot en la fosa! —gritó el hombre con granos, y todos aplaudieron nuevamente. Mientras la psicología de las masas comenzaba a tomar fuerza, parecía que la multitud era más y más manipulable mientras más excitaba estaba, y le dieron a la adivina una serie de calurosos aplausos cuando nerviosamente tomó el lugar del Conde Olaf en la tabla. El trozo de madera se tambaleó por un momento debido al peso de tantas personas de pie sobre el, y los Baudelaire mayores tuvieron que luchar por mantener el equilibrio. La multitud emitió un grito ahogado de emoción, y luego señaló su decepción al ver que los dos niños disfrazados no habían caído.

—¡Esto es tan emocionante! —gritó la reportera—. ¡Tal vez Lulu caiga también!

—Sí —refunfuñó Esmé—. ¡Quizás lo haga!

—¡No me importa quien caiga! —anunció el hombre con granos. Estaba tan frustrado por la demora de la violencia y del comer torpemente, que tiró su bebida fría a la fosa, salpicando a varios leones quienes rugieron irritados—. Para mí, una mujer con un turbante es tan monstruosa como una persona de dos cabezas. ¡No soy prejuicioso!

—¡Yo tampoco! —dijo de acuerdo alguien que llevaba una gorra con las palabras CARNAVAL CALIGARI impresas en ella—. ¡Estoy demasiado ansioso de que por fin comience el espectáculo! ¡Espero que Madame Lulu sea lo suficientemente valiente como para empujar a los fenómenos!

—¡No importa si es valiente o no! —contestó el hombre calvo con una carcajada—. Todo el mundo siempre hace lo que se espera de ellos. ¿Qué otra opción tiene?

Violet y Klaus habían llegado al final de la tabla, y pensaron tan intensamente como pudieron para poder contestar la pregunta del hombre calvo.

Debajo de ellos estaba rugiendo una masa de leones hambrientos, quienes se habían reunido tan cerca los unos de los otros por debajo de la tabla de madera que parecían más una masa de agitadas garras y bocas abiertas, y alrededor de ellos estaba rugiendo una multitud de personas que los miraban con ansiosas sonrisas en sus caras. Los Baudelaire habían conseguido que la multitud se volviera más y más frenética, pero aún no habían encontrado la oportunidad de escapar en la confusión, y ahora parecía que esa oportunidad nunca tocaría a su puerta. Con dificultad, Violet volteó su

cabeza para ver a su hermano, y Klaus la miró también, y Sunny pudo ver como los ojos de sus hermanos se llenaban de lágrimas.

—Quizás nuestra suerte se ha acabado —dijo ella.

—¡Deja de susurrar entre tus cabezas! —ordenó el Conde Olaf con una terrible voz—. Madame Lulu, empújalos en este instante.

—¡Estamos aumentando el suspenso! —gritó Klaus, respondiéndole desesperadamente.

—El suspenso ya ha aumentado lo suficiente —replicó el hombre con granos en la barbilla con impaciencia—. ¡Estoy cansado de todo éste entretenimiento!

—¡Yo también! —gritó la mujer con el cabello teñido.

—¡Yo también! —gritó alguien que estaba cerca—. ¡Olaf, golpea a Lulu con el látigo! ¡Tal vez así deje de entretenerse y perder el tiempo!

—Solo un momento, por favor —dijo Madame Lulu, y dio otro paso hacia Violet y Klaus. La tabla se tambaleó nuevamente, y los leones rugieron, con la esperanza de que su comida estuviera a punto de llegar. Madame Lulu miró a los Baudelaire mayores desesperadamente y los niños vieron

como ligeramente se encogía de hombros por debajo de su reluciente túnica.

—¡Ya es suficiente! —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos, y dio un paso hacia adelante con impaciencia—. ¡Los empujaré por mi cuenta! ¡Supongo que en este lugar soy la única persona lo suficientemente valiente para hacerlo!

—¡Oh, no! —dijo Hugo—. Yo también soy lo suficientemente valiente, y por lo tanto también Colette y Kevin.

—¿Fenómenos que son valientes? —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos—. ¡No seas ridículo!

—Nosotros *somos* valientes —insistió Hugo—. ¡Conde Olaf, se lo demostraremos, y entonces podrá emplearnos!

—¿Emplearlos? —preguntó el Conde Olaf frunciendo el ceño.

—¡Qué maravillosa idea! —exclamó Esmé, como si la idea no hubiera sido suya.

—Sí —dijo Colette—. Nos gustaría encontrar algo que hacer, y esto parece una maravillosa oportunidad.

Kevin dio un paso hacia adelante y extendió sus dos manos.

—Yo sé que soy un fenómeno —le dijo a Olaf—, pero creo que podría ser tan útil como el Hombre con Ganchos en vez de Manos, o el hombre calvo.

—¿Qué? —dijo bruscamente el hombre calvo—. ¿Un fenómeno como tú, tan útil como yo? ¡No seas ridículo!

—Puedo ser útil —insistió Kevin—. Sólo observen.

—¡Basta ya de todas esas discusiones! —dijo el hombre con granos, malhumorado—. No vine hasta este carnaval para escuchar a la gente hablar de sus problemas de trabajo.

—Usted nos está distrayendo a mí y a mí otra cabeza —dijo Violet en su disfrazada voz grave—. Alejémonos de la tabla y todos podremos discutir este asunto con calma.

—¡No quiero discutir ningún asunto con calma! —gritó la mujer con el cabello teñido—. ¡Eso puedo hacerlo en casa!

—¡Sí! —dijo de acuerdo la reportera de *El Diario Punctilio*—. ¡«PERSONAS DISCUTEN ASUNTOS CON CALMA» es un titular muy aburrido! ¡Alguien tire a alguien más dentro de la fosa de los leones, y todos nosotros conseguiremos lo que queremos!

—¡Madame Lulu lo hará, por favor! —anunció Madame Lulu con una resonante voz, y agarró a Violet y

Klaus por la camisa. Los Baudelaire la miraron y vieron como una lágrima aparecía en uno de sus ojos, y se inclinó para hablar con ellos—. Lo siento, Baudelaires —murmuró en voz baja, sin rastros de su acento, y bajó hasta la mano de Violet y tomó la correa del ventilador.

Sunny estaba tan molesta que se había olvidado de gruñir.

—¡Trenceth! —gritó ella, lo que significaba algo así como “¡Debería avergonzarse de usted misma!”, pero si la falsa adivina estaba avergonzada de sí misma, no lo parecía.

—Madame Lulu siempre decir tu siempre deber dar a la gente lo que quiere —dijo solemnemente con su disfrazada voz—. ¡Ella los empujará, por favor, y lo hará ahora!

—¡No sea ridícula! —dijo Hugo, avanzando con mucho entusiasmo—. ¡Yo lo haré!

—¡Ahora eres tú el ridículo! —dijo Colette, contorsionando su cuerpo en dirección a Lulu—. ¡Yo lo haré!

—¡No, yo lo haré! —gritó Kevin—. ¡Con las dos manos!



—¡Yo lo haré! —gritó el hombre calvo, bloqueando el camino de Kevin—. ¡No quiero a un fenómeno como tú como compañero de trabajo!

—¡Yo lo haré! —gritó el Hombre con Ganchos en vez de Manos.

—¡Yo lo haré! —gritó una de las mujeres empolvadas.

—¡Yo lo haré! —gritó la otra.

—¡Yo enviaré a alguien más para que lo haga! —gritó Esmé Miseria.

El Conde Olaf desenrolló su látigo y lo hizo restallar sobre las cabezas de la multitud con un fuerte *¡snap!* que hizo a todos encogerse, una palabra que aquí significa “temblar y agacharse y esperar no ser azotados”.

—*¡Silencio!* —ordenó, con un terrible rugido—. Todos ustedes deberían avergonzarse de ustedes mismos. ¡Están discutiendo como un montón de niños! ¡Yo quiero ver como alguien es devorado por los leones en este mismo instante, y todo aquel que tenga el coraje de obedecer mis órdenes recibirá una recompensa especial!

Este discurso, por supuesto, era sólo el ejemplo más reciente de la tediosa filosofía del Conde Olaf acerca de una mula tozuda moviéndose en la dirección deseada si tiene una

zanahoria delante y un palo detrás, pero la oferta de una recompensa especial hizo que finalmente la multitud se volviera tan frenética como era posible. En un momento, la multitud de visitantes del carnaval se había convertido en una multitud de voluntarios, los cuales avanzaron ansiosos al poder finalmente arrojar a alguien con los leones. Hugo se lanzó hacia adelante para empujar a Madame Lulu, pero chocó contra la caja que las mujeres empolvadas sostenían, y los tres cayeron en un montón cerca del borde de la fosa. El Hombre con Ganchos en vez de Manos se lanzó hacia adelante para empujar a Violet y Klaus, pero su gancho se enganchó al cable del micrófono de la reportera y quedó irremediablemente enredado. Colette contorsionó sus brazos para agarrar los tobillos de Lulu, pero agarró el tobillo de Esmé Miseria por accidente, y sus manos quedaron trenzadas alrededor de uno de los zapatos a la moda de Esmé. La mujer con el cabello teñido decidió hacer un intento, y se inclinó hacia delante para empujar a los Baudelaire mayores, pero ellos se hicieron a un lado y la mujer cayó encima de su marido, quien accidentalmente abofeteó al hombre con los granos en la barbilla, y los tres visitantes del carnaval comenzaron a discutir ruidosamente. Algunas personas que

se encontraban cerca decidieron unirse a la discusión, y se aglomeraron para gritarse los unos a los otros a la cara. No mucho después del anuncio del Conde Olaf, los Baudelaire se encontraron en medio de una furiosa masa de seres humanos, quienes se encontraban alrededor de los niños, gritando, empujándose y devorándose los unos a los otros como los monstruos del océano, mientras los leones rugían furiosamente en la fosa.

Pero entonces los hermanos escucharon otro sonido proveniente de la fosa, un horrible sonido de algo crujiendo y desgarrándose, que era mucho peor que el rugido de las bestias. La multitud detuvo su discusión para ver que era lo que causaba tal ruido, pero los Baudelaire no estaban interesados en ver nada más, y se apartaron del terrible sonido, aferrándose los unos a los otros con los ojos cerrados tan apretadamente como les fue posible. Incluso en esa posición los niños podían escuchar los terribles, terribles sonidos provenientes de la fosa, aun por encima de las risas y aplausos de los visitantes del carnaval mientras se reunían al borde de la fosa para ver qué era lo que estaba ocurriendo, y por lo tanto los tres jóvenes se apartaron del disturbio, y, con sus ojos aún cerrados, se perdieron en la confusión, pasando

a través de todas las personas que aplaudían hasta que estuvieron en el claro, una frase que aquí significa “lo suficientemente lejos de la montaña rusa como para no ver o escuchar nada de lo que estaba pasando”.

Pero los huérfanos Baudelaire, por supuesto, podían imaginar que es lo que estaba ocurriendo, al igual que yo me lo imagino, incluso aunque no haya estado ahí esa tarde y sólo haya leído descripciones de lo que sucedió en la fosa. El artículo en *El Diario Punctilio* dice que fue Madame Lulu quien cayó en primer lugar, pero los artículos periodísticos a menudo son imprecisos, por lo que es imposible saber si es cierto. Quizás fue ella la que cayó en primer lugar, y el hombre calvo quien cayó después, o quizás Lulu logró empujar al hombre calvo mientras trataba de escapar de él, sólo para resbalar y unirse a él en la fosa unos instantes después. O tal vez estas dos personas seguían luchando cuando la tabla se tambaleó una vez más, haciéndolos caer al mismo tiempo para ser luego capturados por los leones. Es probable que nunca sepa que fue lo que ocurrió, así como probablemente nunca sepa a donde fue a aparar la correa del ventilador, sin importar cuántas veces vuelva al Carnaval Caligari para buscarla. Primero pensé que Madame Lulu

pudo haber dejado caer la correa del ventilador en el suelo al lado de la fosa, pero he buscado en toda la zona con una pala y una linterna y no he encontrado rastros de ella, y ninguno de los visitantes del carnaval, cuyos hogares he registrado, parecen habérsela llevado a casa como un recuerdo. Entonces pensé que tal vez la correa del ventilador había sido arrojada en el aire durante el disturbio, y que quizás acabó en los rieles de la montaña rusa, pero he subido y recorrido cada centímetro sin resultados. Y hay, por supuesto, la posibilidad de que haya sido quemada, pero los dispositivos de relámpagos generalmente están hechos de un cierto tipo de caucho que es difícil de quemar, por lo tanto esa posibilidad parece remota. Y, por lo tanto, debo admitir que no sé con certeza donde está la correa del ventilador, al igual que no se si fue el hombre calvo o Madame Lulu quien cayó en primer lugar, y tal vez sea información que nunca conoceré. Pero me imagino que esa pequeña tira de caucho acabó en el mismo lugar que la mujer que la extrajo del dispositivo de relámpagos y se la entregó a los huérfanos Baudelaire, sólo para arrebatárselas en el último minuto, y en el mismo lugar que el secuaz de Olaf, quien había estado tan ansioso por obtener una recompensa especial. Si cierro los

ojos, al igual que los huérfanos Baudelaire cerraron los suyos al pasar a través de aquella catastrófica desdicha, puedo imaginar que la correa del ventilador, al igual que el hombre calvo y mi ex socia Olivia, cayó en la fosa que Olaf y sus secuaces habían cavado, acabando así en las entrañas de la bestia.

A detailed black and white illustration of a hand holding a flaming torch. The hand is on the left, wearing a ruffled sleeve, and the torch extends diagonally upwards to the right. The flame is large and dynamic, with several tongues of fire reaching towards the top right corner of the page. The title 'CAPÍTULO Doce' is superimposed on the upper part of the torch's flame.

## CAPÍTULO

## Doce

*Cuando* los huérfanos Baudelaire finalmente abrieron sus ojos, se encontraron a sí mismos en la entrada de la carpa de adivinación de Madame de Lulu, frente a las iniciales de V.F.D. quienes miraban fijamente a los hermanos. La mayor parte de los visitantes del carnaval se habían acercado a la fosa de los leones para ver el show, por lo que los hermanos estaban solos en el atardecer que se desvanecía, y una vez más no había nadie alrededor observándolos mientras se encontraban parados delante de la carpa, temblando y llorando silenciosamente. La última vez que habían estado parados durante tanto tiempo frente a la entrada de la carpa, los elementos decorativos parecieron cambiar ante sus ojos hasta que distinguieron que no era una pintura de un ojo lo

que estaba ahí, sino la insignia de una organización que podría ayudarlos. Ahora estaban de pie mirándola nuevamente, esperando que algo cambiara ante sus ojos hasta que descubrieran que era lo que debían hacer. Pero nada parecía cambiar, sin importar que tan intensamente lo esperaran. El carnaval se mantuvo en silencio, y la tarde siguió tornándose hacia el atardecer, y la insignia sobre la carpa seguía fija y mirando a los sollozantes Baudelaire.

—Me pregunto dónde estará la correa del ventilador —dijo Violet finalmente. Su voz era tenue y casi ronca, pero sus lágrimas habían cesado—. Me pregunto si cayó al suelo, o si fue arrojada a los rieles de la montaña rusa, o si acabó...

—¿Cómo puedes pensar en la correa del ventilador en un momento como éste? —preguntó Klaus, aunque su voz no estaba enfadada. Al igual que su hermana, todavía estaba temblando dentro de la camisa que ambos compartían, y se sentía muy cansado, como suele suceder después de un largo llanto.

—No quiero pensar en nada más —dijo Violet—. No quiero pensar en Madame Lulu ni en los leones, y no quiero pensar en el Conde Olaf y la multitud, y no quiero pensar si hicimos o no lo correcto.



—Correcto —dijo Sunny gentilmente.

—Estoy de acuerdo —dijo Klaus—. Hicimos todo lo que pudimos.

—No estoy tan segura —respondió Violet—. Tuve la correa del ventilador en mi mano. Era todo lo que necesitábamos para terminar la invención y escapar de este terrible lugar.

—No pudiste haber terminado la invención —dijo Klaus—. Estábamos rodeados por una multitud de gente que quería ver a alguien ser arrojado a los leones. No es nuestra culpa que ella cayera en nuestro lugar.

—Y calvo —agregó Sunny.

—Pero hicimos que la multitud se volviera aún más frenética —dijo Violet—. En primer lugar, retrasamos el show entreteniendo a la gente, y luego utilizamos la psicología de las masas para incitarlos a tirar a alguien en la fosa.

—Fue el Conde Olaf quien ideó todo ese espantoso plan —dijo Klaus—. Lo que le sucedió a Madame Lulu fue su culpa, no la nuestra.

—Prometimos llevarla con nosotros —insistió Violet—. Madame Lulu mantuvo su promesa y no le dijo al Conde

Olaf quiénes éramos, pero nosotros no mantuvimos la nuestra.

—Lo intentamos —dijo Klaus—. Intentamos mantener nuestra promesa.

—Intentarlo no fue suficiente —dijo Violet—. ¿Vamos a *intentar* encontrar a uno de nuestros padres? ¿Vamos a *intentar* derrotar al Conde Olaf?

—Sí —dijo Sunny firmemente, poniendo sus brazos alrededor de la pierna de Violet. La mayor de los Baudelaire miró hacia abajo a su hermana y a sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó ella—. Pensábamos que podríamos disfrazarnos y alejarnos de nuestros problemas, pero estamos peor que cuando empezamos. No sabemos lo qué significa V.F.D. No sabemos dónde está el archivo Snicket. Y no sabemos si uno de nuestros padres sigue realmente con vida.

—Quizás haya algunas cosas que no sabemos —dijo Klaus—, pero eso no significa que debemos darnos por vencidos. Podemos averiguar lo que necesitamos saber. Podemos averiguar cualquier cosa.

Violet sonrió a través de sus lágrimas.

—Hablas como un investigador —dijo.

El Baudelaire de en medio buscó dentro de su bolsillo y sacó sus anteojos.

—Yo *soy* un investigador —dijo, y fue hacia la entrada de la carpa—. Pongámonos manos a la obra.

—¡Ghede! —dijo Sunny, lo que significaba algo así como “¡Casi me olvidaba de la biblioteca de archivos!” y siguió a sus hermanos a través del telón, que servía como entrada, al interior de la carpa.

Tan pronto como los huérfanos Baudelaire entraron, vieron que Madame Lulu había hecho bastantes preparativos para su fuga con los niños, y se les hizo muy triste pensar que ella jamás volvería a la carpa de adivinación para recoger las cosas que había esperando llevar consigo. Su kit de disfraces estaba empaquetado nuevamente, y esperando al lado de la puerta para que ella lo tomara. Había una caja de cartón junto al armario, llena de comida que podrían haberse comido en el camino. Y sobre la mesa, al lado de la remplazada bola de cristal de Madame Lulu y de varias partes del dispositivo de relámpagos que ella había desmantelado, había un gran trozo de papel que estaba muy

roto y que se veía muy antiguo, y los Baudelaire vieron que probablemente podría serles de ayuda.

—Es un mapa —dijo Violet—. Es un mapa de las Montañas Mortmain. Ella debió haberlo tenido entre sus papeles.

Klaus se puso sus anteojos y examinó detenidamente el mapa.

—Debe hacer mucho frío en las montañas en esta época del año —dijo—. No me había dado cuenta de que fueran tan altas.

—No importa que tan altas sean —dijo Violet—. ¿Puedes encontrar la sede que Lulu mencionó?

—Vamos a ver —dijo Klaus—. Hay una estrella junto al Paso Plath, pero la leyenda dice que una estrella indica un campamento.

—¿Leyenda? —preguntó Sunny.

—Este cuadro en la esquina del mapa se llama leyenda —explicó Klaus—. ¿Lo Ves? Quien hizo el mapa explica lo que significa cada símbolo, para evitar así que el mapa no sea demasiado complicado.

—Hay un rectángulo negro aquí en las Cordilleras Richter —dijo—. ¿Lo Ven? ¿Allí al Este?

—Un rectángulo negro indica un área de hibernación —dijo Klaus—. Debe de haber bastantes osos en las Mortmain Montañas. Miren, hay cinco áreas de hibernación al lado de los Manantiales Mudos, y un gran grupo de ellas en la parte superior del Pico Penuria.

—Y aquí —dijo Violet—, en el Valle del Fortín Desembocado, donde parece que Madame Lulu derramó café.

—¡Valle del Fortín Desembocado! —dijo Klaus.

—¡V.F.D.! —gritó Sunny.

Los Baudelaire examinaron juntos ese punto del mapa. El Valle del Fortín Desembocado estaba en lo alto de las Montañas Mortmain, donde debería hacer muy frío. La Corriente Afligida comenzaba allí, y seguía su camino hasta llegar al mar por sinuosas curvas a través del hinterlands, y el mapa mostraba muchas, muchas áreas de hibernación a lo largo del camino. Había una pequeña mancha marrón en el centro del valle, donde cuatro lagunas en las montañas se reunían y donde probablemente Lulu había derramado café, pero no había un símbolo claro en el mapa para indicar una sede o cualquier otra cosa.

—¿Crees que eso signifique algo? —preguntó Violet—. ¿O sólo es una coincidencia, al igual que todos los V.F.D. que hemos encontrado?

—Yo pensaba que la V en V.F.D. significaba “voluntaria” —dijo Klaus—. Eso es lo que estaba escrito en una de las páginas de los cuadernos de notas de los Quagmire, y es lo que Jacques Snicket dijo.

—¿Winnow? —preguntó Sunny, lo que significaba algo así como “Pero ¿Dónde más podría estar la sede? No hay otra marca en el mapa”.

—Bueno, si V.F.D. es una organización secreta —dijo Violet—, quizás no pondría la sede en un mapa.

—O podría haberlo hecho, con un código secreto —dijo Klaus, y se inclinó para darle un buen vistazo a la mancha—. Quizás esa no sea simplemente una mancha —dijo—. Quizás sea un código secreto. Tal vez Madame Lulu derramó un poco de café aquí a propósito, para que nadie más que ella pudiera encontrar la sede.

—Supongo que tendremos que viajar hasta allí —dijo Violet con un suspiro—, y descubrirlo.

—¿Cómo viajaremos hasta allí? —dijo Klaus—. No sabemos dónde está la correa del ventilador.

—Es posible que no tengamos algunas cosas —respondió Violet—, pero eso no significa que debamos darnos por vencidos. Puedo construir algo más.

—Hablas como una inventora —dijo.

Violet sonrió y sacó su cinta para el cabello de su bolsillo.

—Yo *soy* una inventora —dijo—. Echare un vistazo alrededor para ver si encuentro alguna otra cosa que podamos utilizar. Klaus, tu mira bajo la mesa en la biblioteca de archivos.

—Pero será mejor si antes nos quitamos la ropa que estamos compartiendo —dijo Klaus—, o no podremos hacer dos cosas al mismo tiempo.

—Ingredi —dijo Sunny, lo que significaba algo así como “Mientras tanto, revisaré todos estos alimentos y me aseguraré de que tengamos todo lo que necesitamos para el viaje”.

—Buena idea —dijo Violet—. Será mejor que nos demos prisa antes de que alguien nos encuentre.

—¡Así que aquí están! —dijo una voz desde la entrada de la carpa, y los Baudelaire dieron un salto. Por temor a ser reconocidos y arruinar su disfraz, Violet guardó rápidamente

de nuevo la cinta en su bolsillo, y Klaus se quitó las gafas. El Conde Olaf y Esmé Miseria estaban de pie junto a la entrada de la carpa, con sus brazos uno alrededor del otro, cansados pero felices, como si fueran dos padres que acaban de llegar a casa después de un largo día de trabajo, y no un cruel villano y su intrigante novia que acaban de entrar a la carpa de adivinación después de una tarde de violencia. Esmé Miseria se encontraba sosteniendo un pequeño ramo de flores que su novio aparentemente le había regalado, y el Conde Olaf estaba sosteniendo una antorcha en llamas, que brillaba tanto como sus perversos ojos—. He estado buscándolos por todos lados —dijo—. ¿Qué están haciendo aquí?

—Hemos decidido dejar que todos los fenómenos se unan a nosotros —dijo Esmé—, aunque ustedes no hayan sido muy valientes en la fosa de los leones.

—Es una oferta muy amable de su parte —dijo Violet rápidamente—, pero no creo que quiera a cobardes como nosotros en su grupo.

—Si quiero —dijo el Conde Olaf, con una sonrisa—. Perdimos algunos asistentes, y siempre es bueno tener un par de repuesto. Le ofrecí a la mujer que se encarga de la



caravana de regalos que se uniera a nosotros, pero estaba demasiado preocupada por sus preciosas figuritas como para darse cuenta de la oportunidad que tocaba a su puerta.

—Además —dijo Esmé, acariciando el pelo de Olaf—, no tienen otra opción. Vamos a incendiar este carnaval para eliminar toda evidencia de que estuvimos aquí. La mayoría de las carpas ya están en llamas, y los visitantes y trabajadores del carnaval están corriendo para salvar sus vidas. Si no se unen a nosotros, ¿donde irán?

Los Baudelaire se miraron entre sí con consternación.

—Supongo que tiene razón —dijo Klaus.

—Por supuesto que la tenemos —dijo Esmé—. Ahora salgamos de aquí y ayúdenos a terminar de arreglar el maletero.

—Esperen un minuto —dijo el Conde Olaf, y caminó hacia la mesa—. ¿Qué es esto? —preguntó—. Parece ser un mapa.

—*Es un mapa* —admitió Klaus suspirando, deseando haberlo escondido en sus bolsillos—. Un mapa de las Montañas Mortmain.

—¿Las Montañas Mortmain? —dijo el Conde Olaf, examinando ansiosamente el mapa—. ¡Pero miren, aquí es a

donde nos dirigimos! ¡Lulu dijo que si uno de los padres se encontraba con vida, estaría oculto allí! ¿El mapa mostrará donde se encuentra alguna sede de cualquier tipo?

—Creo que estos rectángulos negros son para indicar la ubicación de sedes —dijo Esmé, mirando por encima del hombro de Olaf—. Soy muy buena leyendo mapas.

—No, representa campamentos —dijo Olaf, mirando la leyenda, pero luego su rostro estalló en una sonrisa—. Esperen un minuto —dijo, y apuntó hacia la mancha que los Baudelaire habían estado examinando—. No había visto esto desde hace mucho tiempo —dijo, acariciando su flacucha barbilla.

—¿Una pequeña mancha marrón? —preguntó Esmé—. Es la que viste esta mañana.

—Esto es una mancha codificada —explicó el Conde Olaf—. Me enseñaron a utilizarla en los mapas cuando era niño. Es para marcar un lugar secreto sin que los demás lo noten.

—A excepción de un rompedor genio como tú —dijo Esmé—. Supongo que nos dirigiremos hacia el Valle del Fortín Desembocado.

—V.F.D. —dijo el Conde Olaf, y se carcajeó—. Muy adecuado. Bien, vámonos. ¿Hay algo más aquí que sea de utilidad?

Los Baudelaire miraron rápidamente hacia la mesa, donde la biblioteca de archivos estaba oculta. Debajo del mantel negro decorado con estrellas plateadas estaba toda la información crucial que Madame Lulu había reunido para darles a los visitantes lo que querían. Los niños ya sabían que todo tipo de secretos importantes podían encontrarse reunidos ahí, y temblaron al pensar en que es lo que haría el Conde Olaf si descubría todos esos secretos.

—No —dijo Klaus finalmente—. No hay nada más que sea de utilidad.

El Conde Olaf frunció el ceño y se inclinó para poner su rostro frente al de Klaus. Incluso sin sus anteojos, el Baudelaire de en medio pudo ver que Olaf no había lavado su única ceja desde hacia bastante tiempo, y pudo oler su aliento mientras hablaba.

—Me parece que me estás mintiendo —dijo el villano, y sacudió la antorcha en llamas frente al rostro de Klaus.

—Mi otra cabeza dice la verdad —dijo Violet.

—Entonces, ¿Qué está haciendo esa comida allí? —preguntó el Conde Olaf, apuntando a la caja de cartón—. ¿No creen que la comida sería algo de mucha utilidad para un largo viaje?

Los Baudelaire suspiraron de alivio.

—¡Grr! —gruñó Sunny.

—Chabo lo felicita por su inteligencia —dijo Klaus—, y nosotros también lo hacemos. No habíamos notado aquella caja.

—Es por eso que yo soy el jefe —dijo el Conde Olaf—. Porque soy inteligente y tengo una buena vista —rio desagradablemente, y puso la antorcha en la mano de Klaus—. Ahora —dijo—, quiero que incendies esta carpa, y luego que lleves al auto la caja de alimentos. Chabo, ven conmigo. Estoy seguro de que encontrare algo para que le hinques los dientes.

—Grr —dijo Sunny dubitativa.

—Chabo preferiría quedarse con nosotros —dijo Violet.

—Me importa un carajo lo que Chabo prefiera —gruñó Olaf y tomó a la Baudelaire más joven como si fuese una sandía—. Y ahora, a trabajar.

El Conde Olaf y Esmé Miseria salieron de la carpa con Chabo, dejando a los Baudelaire mayores con la antorcha en llamas.

—Será mejor que tomemos la caja primero —dijo Klaus—, e incendiar la caravana desde el exterior. De lo contrario estaremos rodeados en llamas en un instante.

—¿En realidad seguiremos las ordenes de Olaf? —preguntó Violet, mirando la mesa nuevamente—. La biblioteca de archivos podría tener las respuestas a todas nuestras preguntas.

—No creo que tengamos elección —dijo Klaus—. Olaf está incendiando todo el carnaval, e irnos con él es nuestra única oportunidad de llegar a las Montañas Mortmain. No tienes tiempo para inventar nada, y yo no tengo tiempo para echarle un vistazo a la biblioteca.

—Podríamos buscar a alguno de los otros empleados del carnaval —dijo Violet—, y preguntarles si quieren ayudarnos.

—Todos piensan que somos fenómenos o asesinos —dijo Klaus—. Y a vez también yo lo pienso.

—Si nos unimos al Conde Olaf —dijo Violet—, seremos incluso más monstruosos y asesinos.

—Pero si no nos unimos a él —preguntó Klaus—, ¿A dónde más podemos ir?

—No lo sé —dijo Violet tristemente—, pero esto no puede ser lo correcto, ¿Verdad?

—Tal vez sea algo más parecido a harum-scarum —dijo Klaus—, como Olivia dijo.

—Quizás lo sea —dijo Violet, caminando torpemente con su hermano hacia la caja de cartón y recogiénola. Klaus llevaba la antorcha, y los dos Baudelaire salieron de la carpa de adivinación por última vez.

Tan pronto como dieron su primer paso hacia afuera, aun vistiendo el mismo par de pantalones, parecía como si la noche ya hubiese caído, aunque el cielo fuera negro y no azul como la famosa puesta de sol del hinterlands. Pero luego, Violet y Klaus se dieron cuenta de que el cielo estaba lleno de humo. Miraron alrededor y vieron que muchas de las carpas y caravanas ya estaban en llamas, como el Conde Olaf había dicho, y que las llamas subían ondulantemente hacia el negro cielo lleno de humo. Alrededor de ellos, el último de los visitantes del carnaval se apresuraba a escapar del último acto criminal de Olaf, y en la lejanía los hermanos

podían escuchar los desesperados rugidos de los horrorizados leones que aún seguían atrapados en la fosa.

—¡Este no es el tipo de violencia que me gusta! —gritó el hombre con granos en la barbilla, tosiendo por el humo a medida que corría—. ¡Prefiero cuando otras personas están en peligro!

—¡Yo también! —dijo la reportera de *El Diario Punctilio*, corriendo al lado de él—. ¡Olaf me dijo que los Baudelaire eran los responsables! ¡Ya imagino el titular: «LOS BAUDELAIRE CONTINUÁN CON SU VIDA CRIMINAL »!

—¿Qué tipo de niños harían una cosa tan terrible? —preguntó el hombre con granos en la barbilla, pero Violet y Klaus no pudieron escuchar la respuesta al escuchar la voz del Conde Olaf.

—¡Date prisa, fenómeno de dos cabezas! —les gritó desde una esquina—. ¡Si no vienen aquí inmediatamente nos iremos sin ustedes!

—¡Grr! —gruñó Sunny frenéticamente, y ante el sonido de la disfrazada voz de su hermana, los Baudelaire lanzaron la antorcha en llamas sobre la carpa de adivinación, y corrieron en dirección a la voz de Olaf sin mirar atrás, a

pesar de que no hubiera habido ninguna diferencia si lo hubieran hecho. Había mucho humo y llamas a su alrededor, por lo que mirar una carpa en llamas no hubiera hecho que el carnaval se viera diferente. La única diferencia es que ellos sabían que esa parte del incendio era parte de su propia cosecha, una frase que aquí significa “algo que había ocurrido debido a su participación en el acto criminal de Olaf”, y aunque ni Violet ni Klaus lo vieron con sus propios ojos, sus corazones lo sabían, y dudo que lo hayan olvidado alguna vez.

Cuando los Baudelaire dieron vuelta en la esquina, vieron que todos los demás secuaces de Olaf ya estaban esperándolos en el largo y negro automóvil, que se encontraba estacionado frente a la caravana de los fenómenos. Hugo, Colette, y Kevin estaban amontonados en el asiento trasero, con las dos mujeres empolvadas, mientras que Esmé Miseria estaba sentada en el asiento delantero, con Sunny sobre su regazo. El Hombre con Ganchos en vez de Manos tomó la caja que los Baudelaire mayores llevaban en las manos y la metió al maletero del auto mientras el Conde Olaf señalaba la caravana con su látigo, que parecía mucho más corto y desgastado de los bordes.



—Ustedes dos viajará en eso —dijo él—. Vamos a engancharla al automóvil y a remolcarla.

—¿No hay lugar en el coche? —preguntó Violet nerviosamente.

—No seas ridícula —dijo el Hombre con Ganchos en vez de Manos con una sonrisa despectiva—. Somos demasiado. Menos mal que Colette es una contorsionista, así puede curvarse en forma de pelota para acurrucarse junto a nuestros pies.

—Chabo mordió mi látigo para que pueda utilizarse como una cuerda de conexión —dijo el Conde Olaf—. Sólo ataré la caravana al coche con un doble nudo corredizo, y luego nos iremos lejos de aquí hacia la puesta de sol.

—Discúlpeme —dijo Violet—, pero yo conozco un nudo llamado lengua del diablo que creo puede funcionar mejor.

—Y si recuerdo el mapa correctamente —dijo Klaus—, debemos viajar por el este hasta que encontremos la Corriente Afligida, por lo que deberíamos ir por *ese* camino, en dirección opuesta a la puesta de sol.

—Sí, sí, sí —dijo el Conde Olaf rápidamente—. Eso es lo que quería decir. Atalo por tu cuenta si quieres. Yo iré a encender el motor.

Olaf le tiró la cuerda a Klaus mientras el Hombre con Ganchos en vez de Manos buscaba dentro del maletero, sacando un par de walkie-talkies que les recordó a los niños la época en la que vivieron en la casa de Olaf.

—Tomen uno —dijo, poniendo uno sobre la mano de Violet—, así podremos estar en contacto contigo por si necesitamos decirte algo.

—Date prisa —gritó el Conde Olaf, tomando el otro walkie-talkie—. El aire se llena de humo.

El villano y su secuaz entraron en el automóvil, y Violet y Klaus se arrodillaron para atar la caravana.

—No puedo creer que esté usando este nudo para ayudar al Conde Olaf —dijo—. Tengo la sensación de que estoy utilizando mis habilidades inventivas para participar en algo perverso.

—Todos estamos participando —dijo Klaus con tristeza—. Sunny utilizó sus dientes para convertir este látigo en una cuerda de conexión, y yo utilicé mis habilidades con los mapas para decirle a Olaf que dirección tomar.

—Por lo menos nosotros también iremos —dijo Violet—, y quizás uno de nuestros padres este esperándonos. Ya está. Está atada. Entremos en la caravana.

—Me gustaría poder viajar con Sunny —dijo Klaus.

—A mi también —dijo Violet—. No estamos yendo a las Montañas Mortmain del modo en el que queríamos, pero estamos yendo, y eso es lo que cuenta.

—Eso espero —dijo Klaus, y él y su hermana entraron a la caravana de los fenómenos y cerraron la puerta. El Conde Olaf puso en marcha el motor del coche, y la caravana comenzó a oscilar suavemente hacia atrás y hacia delante mientras el automóvil se alejaba del carnaval. Una de las hamacas se balanceaba por encima de los dos hermanos, y el perchero con ropa crujió junto a ellos, pero el nudo que Violet había atado rápidamente se mantuvo firme, y los dos vehículos comenzaron a viajar en la dirección que Klaus había señalado.

—Es mejor que nos pongamos cómodos —dijo Violet—. Vamos a estar viajando por un largo tiempo.

—Toda la noche por lo menos —dijo Klaus—, y probablemente gran parte del día de mañana. Espero que se detengan y compartan la comida con nosotros.

—Quizás podamos hacer algo de chocolate caliente más tarde —dijo Violet.

—Con canela —dijo Klaus, sonriendo mientras pensaba en la receta de Sunny—. Pero, ¿Qué haremos mientras tanto?

Violet suspiró, y ella y su hermano se sentaron en una silla para que pudiera apoyar la cabeza sobre la mesa, que temblaba ligeramente mientras la caravana se alejaba del hinterlands. La mayor de los Baudelaire puso el walkie-talkie junto al juego de dominó.

—Sólo nos sentaremos —dijo—, y pensaremos.

Klaus asintió con la cabeza y los dos Baudelaire estuvieron sentados y pensando por el resto de la tarde, mientras el automóvil los llevaba cada vez más y más lejos del carnaval en llamas. Violet intentó imaginar como podría ser la sede de V.F.D., y esperaba que uno de sus padres estuviera allí. Klaus intentó imaginar acerca de que hablaban Olaf y su grupo, y espera que Sunny no estuviera demasiado asustada. Y los dos Baudelaire pensaron acerca de todo lo que les había sucedido en el Carnaval Caligari, y se preguntaron si habían hecho lo correcto. Ellos se habían disfrazado con el fin de encontrar las respuestas a sus preguntas, y ahora esas respuestas se estaban quemando bajo

la mesa de Madame Lulu, mientras la biblioteca de archivos desaparecía en el humo. También habían alentado a sus compañeros de trabajo a buscar un empleo en algún otro lugar donde no los consideraran fenómenos, y ahora se habían unido al malvado grupo del Conde Olaf. Y le habían prometido a Madame Lulu que la llevarían con ellos, para que así ella pudiera llevarlos hasta V.F.D. y lograra convertirse una vez más en una persona noble, pero había caído en la fosa de los leones y se había convertido en un aperitivo. Violet y Klaus pensaron en todos los problemas en los que se encontraban, y se preguntaron si sólo era mala suerte, o si algunas veces había sido parte de su propia cosecha. Esos no eran los pensamientos más agradables en el mundo, pero aun así se sentían bien por poder sentarse y pensar en ellos, en lugar de esconderse, mentir e idear planes frenéticamente. Era muy tranquilo estar sentado y pensar en la caravana de los fenómenos, incluso cuando la caravana se inclinó un poco al llegar al principio de las Montañas Mortmain y comenzó a subir. Era tan tranquilo estar sentado y pensar, que Violet y Klaus sintieron como si estuvieran despertando de un largo sueño cuando la voz del Conde Olaf los llamó por el walkie-talkie.

—¿Están ahí? —preguntó Olaf—. ¡Presiona el botón rojo y háblame!

Violet se frotó los ojos, tomó el walkie-talkie, y lo sostuvo de una manera para que su hermano pudiera escuchar.

—Aquí estamos —dijo.

—Muy bien —contestó el Conde Olaf—, porque quería contarles una cosa más que me dijo Madame Lulu.

—¿Qué le dijo? —preguntó Klaus.

Hubo una pausa, y los dos niños pudieron escuchar crueles risas provenientes del pequeño dispositivo en manos de Violet.

—¡Me dijo que ustedes eran los Baudelaire! —dijo el Conde Olaf gritando triunfalmente—. Me dijo que ustedes, los tres mocosos, me habían seguido hasta aquí, engañándome con furtivos disfraces. ¡Pero soy demasiado inteligente para ustedes!

Olaf comenzó a reír de nuevo, pero, además de su risa, los dos hermanos pudieron escuchar un ruido que les hizo sentirse tan tambaleantes como la caravana. Era Sunny, quien lloraba asustada.

—¡No la lastimes! —gritó Violet—. ¡No te atrevas a lastimarla!

—¿Lastimarla? —gruñó el Conde Olaf—. ¡Pero, ni siquiera soñaría con lastimarla! Después de todo, necesito a un huérfano para robar la fortuna. ¡En primer lugar me aseguraré que ambos de sus padres están muertos, y entonces usaré a Sunny para volverme muy, muy rico! No, yo no me preocuparía por esta imbécil dentuda... aún no. ¡Si yo fuera ustedes, me preocuparía de mí mismo! ¡Díganle adiós a su hermana, Mocosolaires!

—Pero estamos atados juntos —dijo Klaus—. Nuestra caravana se encuentra enganchada a tu auto.

—Miren por la ventana —dijo el Conde Olaf, y apagó el walkie-talkie. Violet y Klaus se miraron entre sí, y luego se pusieron de pie y abrieron la cortina de la ventana. La cortina se abrió como si estuvieran viendo una obra de teatro, y si yo fuera tu pretendería que esto es una obra de teatro, en lugar de un libro —quizás una tragedia, escrita por William Shakespeare— para que así puedas irte a casa y ocultarte debajo de un sofá, porque, como recordarás, hay cierta expresión que, lamento tener que decirlo, debe ser utilizada tres veces antes de que esta historia termine, y es en

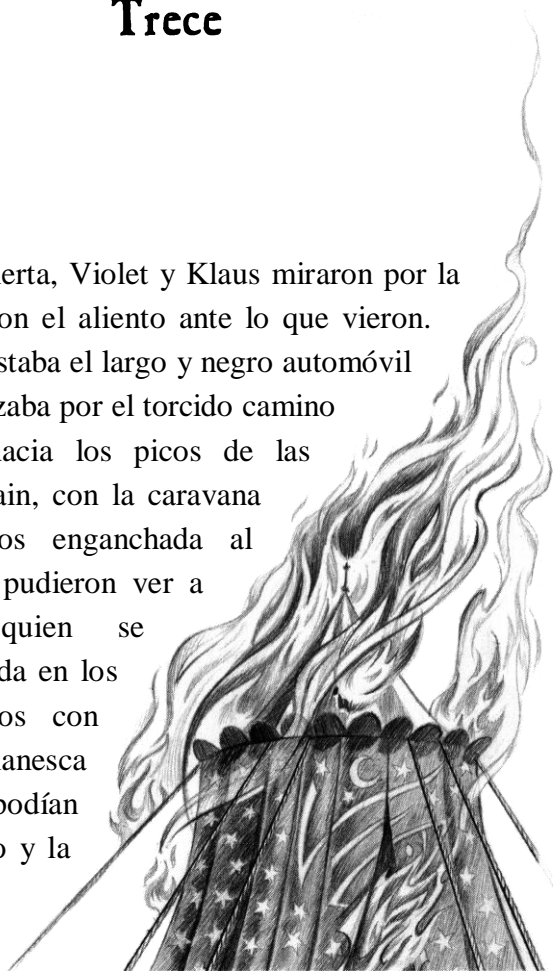
el decimotercer capítulo cuando esta expresión se utilizará por tercera vez. El capítulo es muy corto, porque el final de esta historia sucedió tan rápidamente que no se necesitan muchas palabras para describirlo, pero el capítulo contiene la expresión “en las entrañas de la bestia” por tercera vez —ya que esta vez no cuenta—, y sería muy sabio de tu parte huir antes de que el capítulo comience.



## CAPÍTULO

# Trece

*Con* la cortina abierta, Violet y Klaus miraron por la ventana y perdieron el aliento ante lo que vieron. Delante de ellos estaba el largo y negro automóvil de Olaf, que avanzaba por el torcido camino mientras subía hacia los picos de las Montañas Mortmain, con la caravana de los fenómenos enganchada al parachoques. No pudieron ver a su hermana, quien se encontraba atrapada en los asientos delanteros con Olaf y su villanesca novia, pero se podían imaginar el miedo y la



desesperación que ella sentía. Pero los Baudelaire mayores también vieron algo que les hizo sentir miedo y desesperación, y fue algo que nunca hubieran podido imaginar.

Hugo estaba asomándose por la ventana trasera del automóvil, con su joroba oculta dentro del gran abrigo que Esmé Miseria le había regalado, y sostenía firmemente los tobillos de Colette. La contorsionista había torcido su cuerpo, alrededor de la parte trasera del vehículo, de manera que su cabeza estaba recostada en medio del maletero, entre dos de los agujeros de balas que habían proporcionado de oxígeno a los Baudelaire en su camino al Carnaval Caligari. Al igual que su compañero de trabajo, Colette también estaba sosteniendo firmemente los tobillos de alguien más... los ambidiestros tobillos de Kevin, de modo que los tres ex empleados de Madame de Lulu formaban una especie de cadena humana. Al final de la cadena estaban las manos de Kevin, las cuales sostenían un cuchillo largo y afilado. Kevin miró a Violet y Klaus, dándoles una sonrisa triunfal, y bajó el cuchillo tan fuerte como pudo sobre el nudo que Violet había atado.

La lengua del diablo es un nudo muy fuerte, y normalmente tomaría algo de tiempo para que un cuchillo pudiera cortarlo, incluso siendo muy filoso, pero la idéntica fuerza en los dos brazos de Kevin hizo que el cuchillo cayera con una monstruosa fuerza, en lugar de con normalidad, y en un instante el nudo se partió en dos.

—*¡No!* —gritó Violet.

—*¡Sunny!* —gritó Klaus.

Con la caravana desenganchada, los dos vehículos comenzaron a ir en direcciones opuestas. El auto del Conde Olaf continuó su camino cuesta arriba por la montaña, pero sin nada que tirara de ella, la caravana comenzó a deslizarse hacia abajo, de la misma manera en la que una toronja se deslizaría hacia abajo si la dejaras caer de una escalera, y no había manera de que Violet o Klaus pudieran dirigir o detener la caravana desde el interior. Los Baudelaire gritaron una vez más, tres de ellos, Violet y Klaus solos en la ruidosa caravana, y Sunny en el coche repleto de villanos, mientras los dos vehículos viajaban más y más lejos el uno del otro; pero incluso aunque el Conde Olaf se acercaba cada vez más y más a lo que quería y los Baudelaire mayores se alejaban cada vez más y más, parecía que los tres hermanos

terminarían en el mismo lugar. Incluso cuando el automóvil del Conde Olaf se deslizó fuera de la vista, y la caravana comenzó a deslizarse hacia abajo sobre el camino, a los huérfanos Baudelaire les pareció que todos ellos estaban deslizándose hacia las entrañas de la bestia, y en ese momento, lamento decirlo, tenían mucha, mucha razón.





## LEMONY SNICKET

publicó su primer libro en 1999 y no ha tenido una buena noche de sueño desde entonces. Alguna vez recibió varios premios distinguidos, pero ahora es fugitivo de varias prisiones indistinguibles. Al principio de su vida, el Sr. Snicket aprendió a retapizar muebles, una habilidad que resultó ser mucho más importante de lo que cualquiera hubiera imaginado.

Visítalo en el sitio Web [www.lemonysnicket.com](http://www.lemonysnicket.com)

## BRETT HELQUIST

nació en Ganado, Arizona; creció en Orem, Utah. Estudió mucho para convertirse en ilustrador, pero no ha podido evitar preguntarse si pudo haber elegido una profesión un poco más segura, como ser pirata. A pesar de los riesgos, sigue traduciendo las extrañas pruebas de Lemony Snicket en inusuales imágenes.



A mi querido e itor,

Espero que puedas leer est . El clima aquí es tan frío que la tinta de la cinta de mi máquina de escribir de vez en cuando

. Aquí en el Valle del Fortín  
, las heladas han  
y los resultados son bastante

Como mis enemigos se acercan, simplemente no es seguro poner todo el manuscrito completo de los Baudelaire , Titulado LA PENDIENTE RESBALADIZA, en

En lugar de eso pondré cada uno de los trece capít en diferentes lugares.

" El mundo aqu  
Ella le dará una llave, que

el primer capítulo, así como una rara fotografía de un enjambre de para ayudar al Sr. Helquist con sus ilustraciones. BAJO NINGUNA CIRCUNSTANCIA DEBERÁS

trice.  
Recuerda q tima esperanza de que finalmente las historias de los contadas al

C d is r t s,

L m ny ick t

De todas las personas del mundo que arrastran vidas miserables — y estoy seguro de que conocéis unas cuantas— los jóvenes Baudelaire se llevan la palma, frase que aquí significa que les han pasado más cosas horribles que a nadie... ¿Pero quiénes son estos desgraciados?



### **VIOLET BAUDELAIRE**

Tiene catorce años y es una de las más grandes inventoras de su tiempo. Si la ves con el pelo atado con una cinta, significa que los engranajes y las palancas de su creativo cerebro están funcionando a toda velocidad.



### **KLAUS BAUDELAIRE**

El segundo, tiene gafas, él puede dar la impresión de que es un gran amante de los libros. Impresión absolutamente correcta. Todo su conocimiento es utilizado, a menudo, para la elaboración de planes con la intención de detener las malvadas intenciones del Conde Olaf.



### **SUNNY BAUDELAIRE**

Es la más joven de los tres, quien aún es un bebé. Sin embargo, cualquiera de sus cuatro afilados dientes pueden entrar en acción tan rápido como sea posible.



Y este es su archienemigo:

### **EL CONDE OLAF,**

Un hombre repugnante, pérfido y malvado, es mejor decir lo menos posible de él.



*Estimado lector:*

La palabra "carnívoro", que aparece en el título de este libro, significa "comedor de carne", y una vez que has leído una palabra tan sangrienta, no hay ninguna razón para seguir leyendo nada más. Este carnívoro volumen contiene tal angustiante historia que consumir cualquier parte de su contenido hará que se te revuelva el estómago, incluso más que con la comida más desequilibrada.

Para evitar causar molestias, lo mejor es que no mencione ninguno de los desconcertantes ingredientes de esta historia, sobre todo un mapa confuso, una persona ambidiestra, una multitud incontrolable, una tabla de madera, y a Chabo la Bebé Lobo.

Desafortunadamente para mí, todo mi tiempo está relleno con la investigación y el registro de las desagradables y desencantadas vidas de los huérfanos Baudelaire. Sin embargo, tu tiempo podría estar relleno de mejor manera con algo más apetecible, como comer tus vegetales, o dárselos de comer a alguien más.

*Con todos mis respetos,*

*Lemony Snicket*

Lemony Snicket



ISBN 0-06-441012-9



9 780064 410120